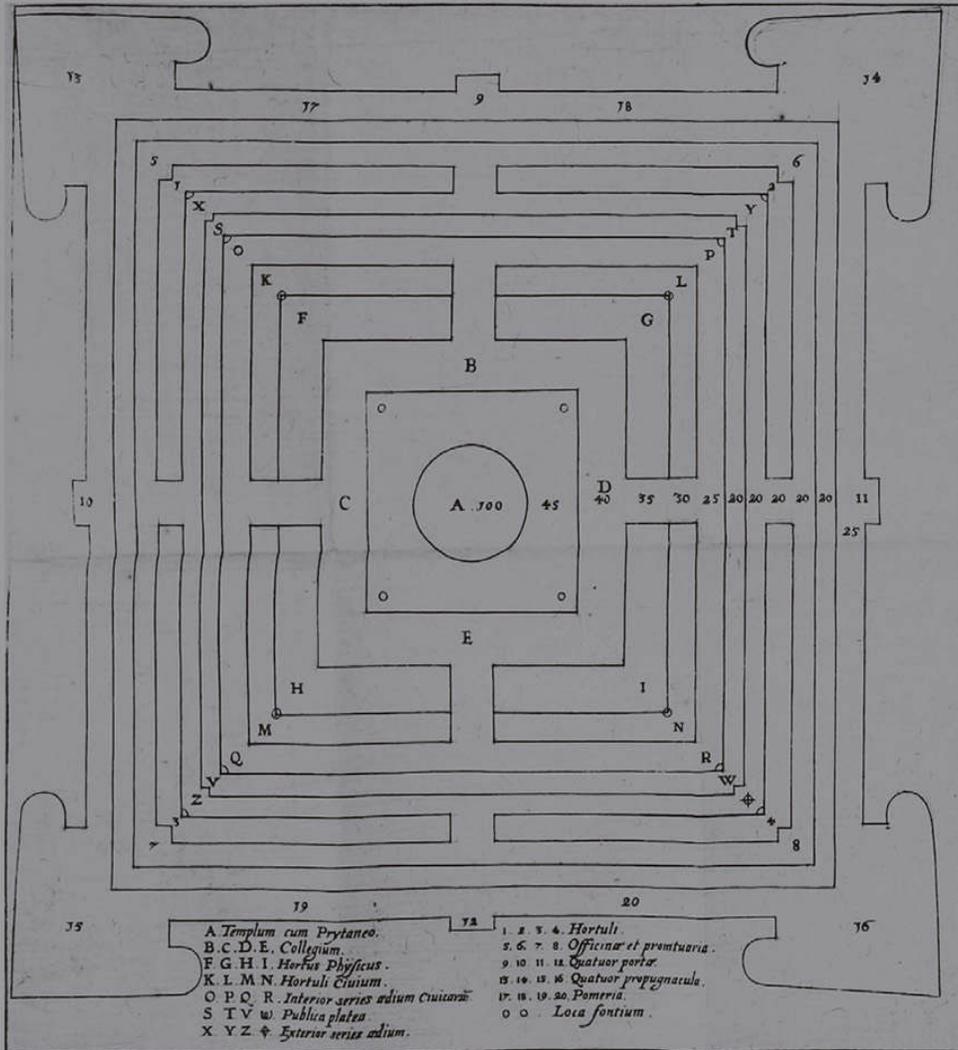


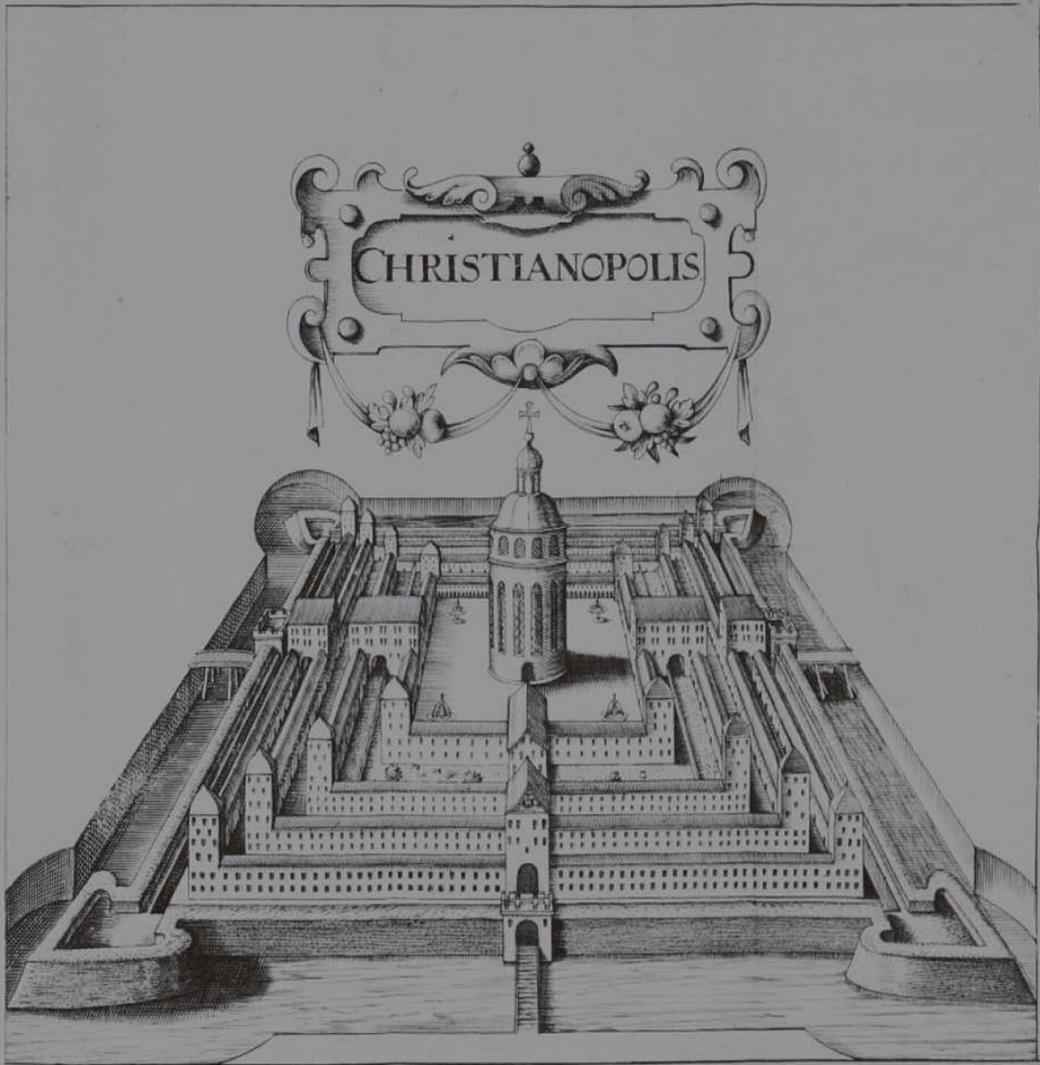
CRISTIANÓPOLIS

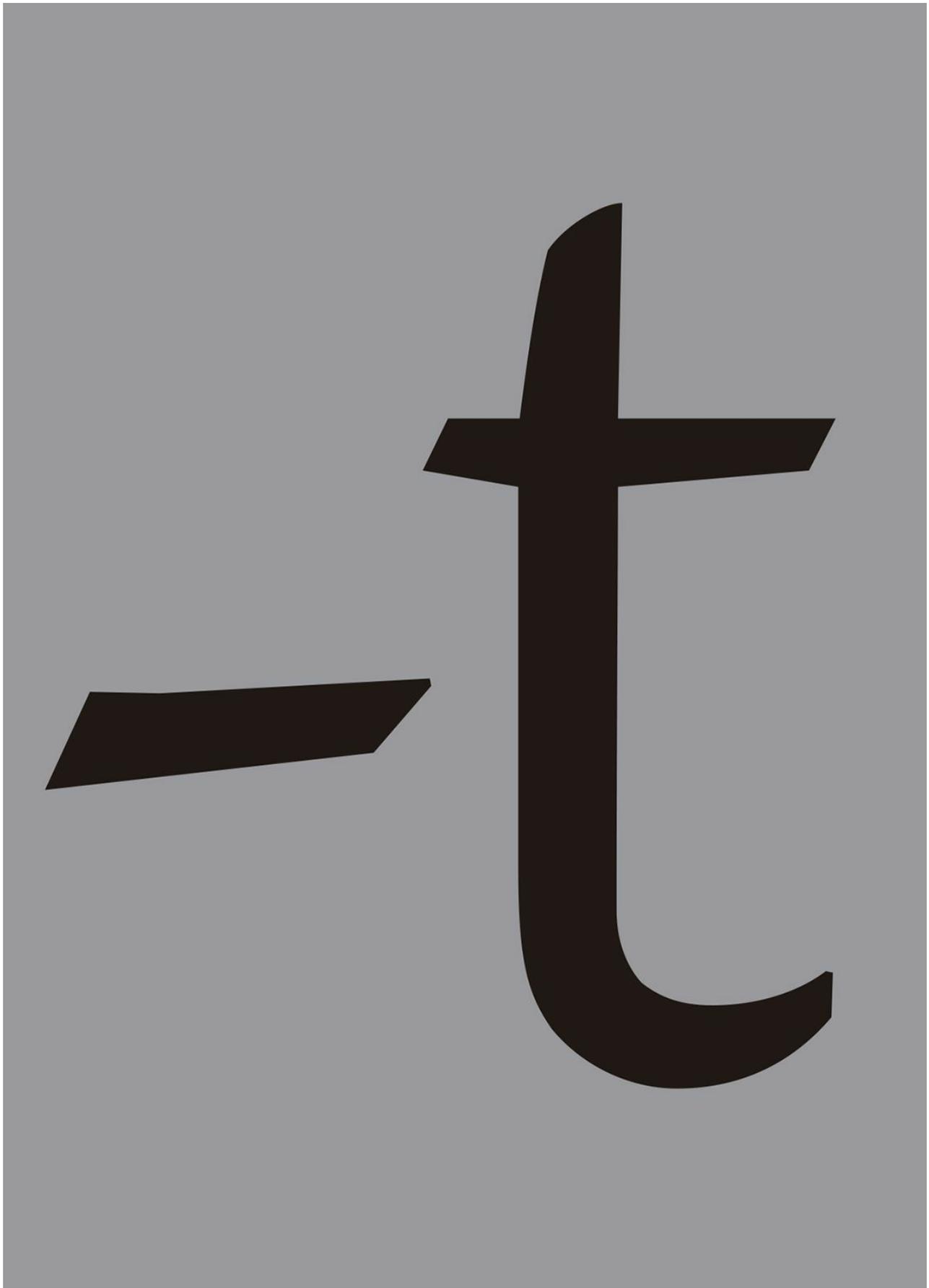
JOHANN
VALENTIN
ANDREÄ



PRÓLOGO | RAYMUNDO MIER G.
EPÍLOGO | ARMANDO GONZÁLEZ TORRES
IMÁGENES | ULISES MORA







CRISTIANÓPOLIS

Serie
—topías

JOHANN VALENTIN ANDREÄ

CRISTIANÓPOLIS



Primera edición, 2017

Primera edición electrónica, 2017

Título original: *Reipublicae Christianopolitanae descriptio*

Coordinación, curaduría editorial y edición: Roger Bartra y Gerardo Villadelángel

Diseño editorial: Joseph Estavillo / La Jaula Abierta

D. R. © 2017, Raymundo Mier G., Armando González Torres y Ulises Mora

D. R. © 2017, La Jaula Abierta

Consejo editorial: Roger Bartra y Gerardo Villadelángel

Tonalá 319-5; 06760 Ciudad de México

Tel. 5264-8808

D. R. © 2017, Centro de Investigación y Docencia Económicas, A. C.

Carretera México-Toluca, 3655; 01210 Ciudad de México

Tels. (55) 5727 9827 y 5727 9800

D. R. © 2017, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

Comentarios:

editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672



www.fondodeculturaeconomica.com

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-5218-8 (mobi)

Hecho en México - *Made in Mexico*

VERSIÓN
ARÍ
BARTRA

PRÓLOGO
RAYMUNDO
MIER G.

EPÍLOGO
ARMANDO
GONZÁLEZ
TORRES

IMÁGENES
ULISES
MORA



ÍNDICE

PRÓLOGO. *Cristianópolis: la utopía como purificación y trayecto hacia la virtud,*
Raymundo Mier G.

BIBLIOGRAFÍA

CRISTIANÓPOLIS

Al respetable y muy honorable señor John Arndt, padre reverendo en Cristo
Salve, lector cristiano

SOBRE EL ESTADO DE CRISTIANÓPOLIS

- I. Motivo del viaje y naufragio
- II. Arrojado a la isla de Cafar Salama
- III. Origen de Cristianópolis
- IV. Examen primero del extranjero, que inquiera sobre su parecer y costumbres
- V. Examen segundo, sobre su persona
- VI. Examen tercero, sobre su nivel de cultura
- VII. Descripción de la ciudad
- VIII. Las actividades agrícolas y la cría de animales
- IX. Los molinos y las panaderías
- X. Los mataderos y las despensas
- XI. Los metales y los minerales
- XII. Las viviendas
- XIII. Las labores mecánicas
- XIV. Las plegarias públicas
- XV. La comida
- XVI. Las ocupaciones
- XVII. Las vacaciones
- XVIII. Las recompensas
- XIX. Los castigos
- XX. La nobleza
- XXI. Los oficiales
- XXII. Las obras públicas
- XXIII. Las casas
- XXIV. Los enseres domésticos
- XXV. El alumbrado nocturno
- XXVI. El colegio
- XXVII. El triunvirato
- XXVIII. La religión

- XXIX. La organización del Estado
- XXX. El pastor o presbítero
- XXXI. La conciencia
- XXXII. El cura o diácono
- XXXIII. El juez
- XXXIV. El entendimiento
- XXXV. La medida
- XXXVI. El consejero de erudición
- XXXVII. La verdad
- XXXVIII. La lengua
- XXXIX. La biblioteca
- XL. El arsenal
- XLI. Los archivos
- XLII. La imprenta
- XLIII. El erario
- XLIV. El laboratorio
- XLV. La farmacia
- XLVI. La anatomía
- XLVII. El auditorio de ciencias naturales
- XLVIII. Las pinturas
- XLIX. Los instrumentos matemáticos
- L. El auditorio de las matemáticas
- LI. Las aulas de enseñanza
- LII. Los maestros
- LIII. Los alumnos
- LIV. Las características de la enseñanza
- LV. La gramática: primera aula
- LVI. La oratoria
- LVII. Los distintos idiomas
- LVIII. La lógica: segunda aula
- LIX. La metafísica
- LX. La teosofía
- LXI. La aritmética: tercera aula
- LXII. La geometría
- LXIII. Los números místicos
- LXIV. La música: cuarta aula
- LXV. Los instrumentos musicales
- LXVI. El coro
- LXVII. La astronomía: quinta aula
- LXVIII. La astrología
- LXIX. El cielo de los cristianos
- LXX. Las ciencias naturales: sexta aula

- LXXI. La historia
- LXXII. La historia de la Iglesia
- LXXIII. La ética: séptima aula
- LXXIV. El gobierno
- LXXV. La pobreza cristiana
- LXXVI. La teología: octava aula
- LXXVII. La práctica de la teología
- LXXVIII. Las profecías
- LXXIX. La medicina
- LXXX. La jurisprudencia
- LXXXI. Los aposentos de los jóvenes
- LXXXII. El templo
- LXXXIII. La vocación
- LXXXIV. Las prédicas
- LXXXV. La salmodia sagrada
- LXXXVI. Los sacramentos
- LXXXVII. La absolución y la excomunión
- LXXXVIII. El matrimonio
- LXXXIX. Las mujeres
 - XC. El parto
 - XCI. La viudez
 - XCII. La sala del concejo
 - XCIII. Los concejales
 - XCIV. Los huertos
 - XCV. El agua
 - XCVI. Los ancianos
 - XCVII. Los extranjeros y los pobres
 - XCVIII. Los enfermos
 - XCIX. La muerte
 - C. La sepultura

EPÍLOGO. *Cristianópolis: la ficción extrema como poderoso paradigma*, Armando González Torres

ACERCA DEL AUTOR Y LOS COLABORADORES

PRÓLOGO

CRISTIANÓPOLIS: LA UTOPIÍA COMO PURIFICACIÓN Y TRAYECTO HACIA LA VIRTUD

Raymundo Mier G.

La aparición de la obra de Tomás Moro, *Utopía (Utopia)*, señala un singular punto de inflexión en la expresión estética, política, religiosa y cultural de Occidente. Traza un umbral de la modernidad que ilumina de manera oblicua la radical transformación surgida del quebrantamiento del régimen instituido de las creencias, la fractura de las pretensiones integradoras del cristianismo, las tensiones irresolubles que conducen al quebrantamiento de los regímenes dogmáticos. Anuncia también el eclipse de los fervores teológicos de la creencia. Vislumbra el derrumbe de sus apuntalamientos sociales. Responde a la amenaza dogmática y la intolerancia latente en todo régimen instituido de culto, dominado por la pasión teológica. Enfrenta a la imposición de los sometimientos, a los gestos de las tiranías amparadas en la legitimidad sombría de la revelación. Emerge de los escombros derivados de una diseminación de la herejía, propia de la descomposición de las manifestaciones opresivas de la religiosidad colectiva.

El periodo entre los siglos XVI y XVII alienta el pensamiento utópico de manera privilegiada, propio de los momentos históricos crepusculares, los puntos de inflexión en los procesos de civilización, las líneas de sombra en la consolidación de patrones de vida y pensamiento colectivos. Se dan condiciones para expresar la violencia y la vacuidad de la polaridad social creciente entre los privilegios exorbitantes, las vertientes cortesanas de la supremacía política y la violencia de la usura de una casta en el ejercicio del poder. La utopía plasma la visión contrastante de una sociedad que responde al engendramiento de la disgregación social derivada de los desequilibrios drásticos de la acumulación de la riqueza, la degradación de la producción artesanal, la iniquidad en los patrones de tenencia de la tierra y los regímenes de explotación. Responde con la creación de identidades ficticias, con la invención de territorios y tiempos inauditos, al derrumbe de las identidades derivadas de un régimen dogmático integral, la degradación social derivada de las guerras prolongadas en el eclipse de los horizontes de vida, la diáspora interpretativa de los dogmas, las creencias desgarradas entre la indiferencia y la

intolerancia. Asume con la fuerza de la ironía, incluso el sarcasmo o la fantasmagoría a la multiplicación de herejías, sectas, visiones y arrebatos milenaristas. Las utopías renacentistas anticipan y consolidan el derrumbe decisivo de la integración del mundo cristiano. La Reforma y su fuerza de implantación y diseminación se expresarán más tarde de manera equívoca en secuelas del concilio de Trento que conjugan, en el mundo católico, la intolerancia hacia la heterodoxia y las derivaciones interpretativas de los dogmas instituidos, con una creciente vigencia de la sospecha, la incertidumbre, la vacilación apuntaladas en formas de sometimiento instituidas como régimen de poder espiritual y la gestión consagrada de los privilegios.

No obstante, ya en los siglos XVI y XVII las fisuras de la creencia disipaban formas sutiles de transformación de la mirada, de la certeza, que se expresaron en una multiplicidad de quebrantamientos en el trayecto histórico, social y político de las colectividades. Lucien Febvre lo resume en una breve estampa: “Los teólogos disputan, los príncipes siguen ahora a éste, luego a aquél, con apenas algunos meses de distancia; los fieles profundamente desconcertados, profesando casi todas las opiniones sin concordar en ninguna, una masa rural a medias salvaje y entregada a las supersticiones, elementos discordantes de una situación confusa”.¹ No sólo los dogmas y los sustentos institucionales de la liturgia, sino incluso las raíces de la creencia, los soportes del propio destino de los sujetos —su salvación o su condena— fueron arrastrados a una condición limítrofe, a zonas de penumbra que se propagaban sobre todas las formas del vínculo y a los regímenes de dependencia y de reciprocidad.

La secuela de las fracturas decisivas que surgieron del Renacimiento, capaz de involucrar a su vez innumerables derrumbes —institucionales e históricos—, se vislumbraba en los lenguajes y las formas de la escritura, en las invenciones y fantasías que emergieron entonces: la rabia iluminadora de las “herejías” inherentes a las visiones de Giordano Bruno, las ficciones desafiantes de Marguerite de Navarre, la risotada sin medida y la ironía carnavalesca en la invención de Rabelais, la observación reservada e implacable de los límites de la certidumbre y la creencia en Montaigne, y la resonancia perturbadora y elusiva de la “tolerancia” de Erasmo a la estupidez y los arrebatos de la corrupción, marcan el eclipse de la fijeza de la creencia y dan expresión narrativa a esa era en la que se multiplican los naufragios, pero también se atestiguan las metamorfosis radicales de las formas de vida, de los vínculos entre los sujetos y el ejercicio y las estrategias del poder.

La *Utopía* de Moro revela líneas de fuerza cardinales de estas metamorfosis imaginadas desde un desengaño y un desaliento ante el eclipse del futuro, engendrado por las facetas de la tiranía y la rapacidad, formas heterogéneas de degradación y sometimiento que se habrán de expresar como las formas negativas de virtudes expresadas en las exigencias de la religiosidad. Si Moro anticipa la fractura de la Reforma

o las manifestaciones religiosas equívocas del erasmismo, más tarde la imaginación utópica y radical de Tommaso Campanella o las invenciones de Bacon, con la entronización de las nuevas aproximaciones al conocimiento del mundo, o la creación utópica, luterana, de Johann Valentin Andreaë, exhiben ya la atmósfera de oscuridad y desencanto que engendran los fervores de la utopía y anticipan ya un vuelco constitutivo de la modernidad. Acaso las nuevas inclinaciones de la modernidad se plasman de manera más patente en la singular “utopía” de Bacon *Nueva Atlántida* (*New Atlantis*), que expresa la radical transfiguración del sentido y la relevancia social y política de las exploraciones radicales del conocimiento de la naturaleza, su posibilidad de incidir en la mutación de las prácticas colectivas y la conformación del destino social, la vocación creciente de la observación del cosmos, las revelaciones propias de la astrología y de los saberes prácticos.

Así, los siglos XVI y XVII despliegan, a la luz de esas condiciones históricas de quebrantamiento social, la mutación de las formas expresivas de la creencia: a una insistencia crepuscular en la revelación divina por las Escrituras se enlaza la exigencia de una comprensión del universo, la lectura del cosmos como texto en el que se despliega la Verdad del plan de Dios, y que se expresa en el dominio ético con la figura ejemplar de Cristo, el Libro de la Vida. Ciencia y Dogma se conjugan en un régimen disyuntivo, se enlazan sin extinguir una potencial discordia que no sólo se implanta en el dominio del saber, sino que se inscribe en el dominio de los valores y las finalidades, y en los gérmenes de las vastas estructuras gubernamentales de la gestión política moderna. Esta construcción imaginaria de tiempos, espacios, cuerpos, formas de vida, confiere a la escritura política una fisonomía propia: a partir de *Utopía*, de Moro, se despliega un régimen a la vez narrativo y reflexivo, una incitación a la sobriedad y la contención de sí, y una crítica a las prácticas de usura, acumulación y desmesura social.

El género de la “utopía” acoge una escritura como síntesis de desencanto y de ironía, conjuga la exaltación y el silencio, su tejido de alusiones y ejercicios alegóricos señala una alianza insólita entre el reclamo de una pedagogía de la ética, la crítica de la gestión política y la celebración de las expresiones colectivas del deseo y la expresión de la disposición al advenimiento de la virtud. Comparte con la novela un régimen de historicidad fundado en un distanciamiento al mismo tiempo irónico y autorreflexivo, un dominio de una ficción arraigada en un análisis de las formas de vida, que confiere a los relatos y crónicas una calidad hasta entonces inaudita, una reinención inquietante de una pretensión de verdad y un acento sobre la relevancia de la experiencia vivida. La creación de utopías supone una puesta en juego de un espectro heterogéneo de tensiones que configuran el texto: una imaginación del espacio y del tiempo, una mirada tocada por el desencanto y una experiencia del habitar como un acontecimiento del deseo, afán de virtud como una invención de sí mismo —ante lo que existe y ante las visiones de un

futuro inaccesible, fallido— y teleología de la fraternidad, una exaltación de la austeridad en conjugación con una búsqueda de la satisfacción y la plenitud, una apertura de las potencialidades del cuerpo que se alía a un vértigo ante los límites de lo posible, una transfiguración de la nostalgia en una restauración conjetural, reflexiva, una meditación luminosa de lo perdido. Es también, y de manera perturbadora, un juicio ambivalente de la imaginación sobre la condición histórica del existir propio y colectivo.

La utopía surge de esa tensión advertida por Bloch entre lo que se extingue y lo que aún no emerge, entre lo inaceptable en la convivencia y lo imposible de la virtud plena. Esta imposibilidad señala su propia condición histórica y pauta el horizonte de su escritura.

La utopía señala asimismo un punto de inflexión en la concepción de la historicidad. Explora las consecuencias de asumir la expectativa de la historia inhumana como una creación del hombre, un modelo ahistórico de la historicidad, un modo de vida en los linderos de la historia, aunque sometido a los tiempos y las instituciones sociales, sustentado en la invención de formas de gestión y de gobierno. Compromete una transformación de la experiencia del tiempo como devenir y como nostalgia de un paraíso a la vez imposible y perdido, inimaginable e ineludible. La escritura utópica fue capaz de involucrar en un mismo orden la exigencia de claridad sobre el pasado y la restauración de una Arcadia fabulosa y quimérica, un extrañamiento y un desaliento del presente, y un vértigo sobre la posibilidad, sobre la realización potencial de lo por venir. Esa historicidad compromete también un modelo plenamente humano ante la finitud de la existencia y ante la experiencia radical de la extinción de la vida.

La utopía no puede emerger sino de un gesto a la vez de intimidad y de extrañamiento ante la muerte: la meditación sobre el destino como una interrogación y como modo de darse de la finitud. Esa interrogación sobre el destino suscita a su vez una forma narrativa privilegiada: la ironía que señala el dualismo plenamente humano y la ansiedad ante lo inasequible de la redención; la utopía se mueve en las inmediaciones de la tragedia. De ahí su transformación ineludible en distopía o en antiutopía, en desesperanza y en derrumbe. Con la *Utopía* de Moro, la historicidad de la utopía es la de la aparición misma de una historicidad del destino, una incidencia inasible de lo fatal, la evidencia de la fragilidad humana, de la bajeza de la institución en la celebración de lo divino. Moro ante la fragilidad del papado, amenazado por el envilecimiento y las vicisitudes del poder humano.

La utopía surge de un extrañamiento de la propia historia, de las propias raíces, de los hábitos que dan forma a la vida de individuos y colectividades. Y ese extrañamiento la acerca a la herejía. No han sido pocos los utopistas que han sufrido la exclusión, el exilio, la expulsión, la tortura o la muerte por las incitaciones derivadas de la mera imaginación de lo irreconocible. La herejía se enlaza y se confunde con el desencanto, con la

desolación, incluso con la desesperación, pero se ampara en las imaginaciones de la espera, de la interrogación, de la promesa. Repudio de la condición corrupta en la trama de la historia, y de su vocación de redención. A un tiempo en los confines de la historia y en su raíz, en su periferia y en su fundamento.

Pero el juego de invención inherente a la utopía le confiere un resplandor poético en los pliegues de sus recursos alegóricos, la insistencia de las metáforas, los espejismos de la geometría o los vértigos de las simetrías. La utopía pone en juego la paradoja de la clausura sin límites, de la liberación enclaustrada, de la emancipación en el aislamiento, de la hospitalidad excluyente, de la tolerancia intransigente. Ese mundo sólo puede encontrar su expresión en la ironía. La geometría de territorios y lugares del habitar surge como alegoría de la concordia, la regularidad, la voluntad de rigor en la vocación comprensiva de las taxonomías: clasificación de espacios y tiempos, de cuerpos y vestimentas, de conocimientos y hábitos, de creencias y cultos, de docilidades y aperturas, de placeres y virtudes, de exclusiones y rechazos. Más allá del rechazo de lo vigente, o la referencia irónica inherente a la imaginación utópica, aparece una peculiar inversión: la aspiración a la virtud como una forma virulenta de la crítica. Esta colindancia de la virtud y la violencia da cabida a la concurrencia de la tiranía y la creación de horizontes, de la crítica y el desaliento, de la fantasía de la plenitud y el placer como rostro de la convivencia, y suscita un vértigo capaz de movilizar o de inhibir las potencias de la acción colectiva.

*

Cristianópolis (Christianopolis), publicada en latín en 1619, conjuga las más relevantes facetas de la escritura de las célebres expresiones del género utópico, *Utopía* de Moro, *La Ciudad del Sol (La Città del Sole)* de Campanella y *Nueva Atlántida* de Bacon. Las tópicos del desencanto, el viaje, el naufragio, la visión de ese habitar inaudito, la epifanía, se preservan y se transfiguran en la mirada de la exigencia histórica del proyecto luterano de Andreä. Como Moro, asume el espíritu erasmiano de una exaltación de la ironía y la sátira, y los giros crípticos propios de un régimen de la imaginación que conjuga los tonos alegóricos con las referencias rigurosas y penetrantes a las oscuridades y la degradación de la vida de sus contemporáneos. Como las utopías derivadas de la crisis de la Reforma, la de Campanella y la de Bacon, asume la presencia constitutiva de lo divino, pero exaltada de manera particular por Andreä y expresada en el ordenamiento cristocéntrico de la ficción utópica. *Cristianópolis* combina la exaltación de la fuerza reveladora del Libro con la exigencia de una lectura y una compenetración con el otro enigmático libro, el de la Naturaleza.

A diferencia de las otras utopías, la de Andreä es menos la relación de un régimen ideal de ordenamiento de la vida colectiva, menos la presentación de un orden inspirado

en el espíritu geométrico de una pretensión de perfección destinada a la consecución de la plenitud en la tierra, que el relato de una experiencia de ascenso en la espiritualidad del viajero, Cosmoxenus. Es la crónica del acceso a un trayecto de purificación, a las rutas y los estadios de una iluminación progresiva; es la descripción de los pasajes hacia la plenitud espiritual. Es más el relato iniciático a la iluminación de la creencia, a un mismo tiempo, como una aspiración y como un imperativo.

Cristianópolis no es sólo un advenimiento. Supone también ya una preparación, una disposición a la virtud. El ingreso a *Cristianópolis* no es sólo el desenlace de una epifanía: la incorporación del viajero a la ciudad reclama un estado previo de pureza, la exhibición de una pureza que anticipa la fertilidad de la estancia: es preciso dar testimonio de la voluntad a la convivencia armónica. Vida y moral deben exhibir un rechazo de la miseria espiritual —ni envidia, ni arrogancia, ni indiferencia, ni impostura, ni bajeza—. Es preciso mostrar la evidencia de una vida fundada en el rechazo del mal y la barbarie, una vida asentada en la serenidad, la modestia, la contención del lenguaje, su relevancia, la quietud de la mirada. Pero también un dominio de sí, una vocación de servicio y el deseo de una comprensión integral de la revelación divina —Padre, Cristo, el Espíritu Santo— en la armonía del universo, el dominio de la naturaleza, el cálculo de la astronomía y las enseñanzas de las Escrituras. El dualismo de la exigencia teológica y el conocimiento estricto del mundo y, en particular, la disposición al saber profundo de la naturaleza acentúan el relieve de la faceta pedagógica, tanto en la composición de la ficción como en la orientación práctica de la vida de los lectores.

La vocación pedagógica de *Cristianópolis* entrelaza, como condición de la virtud, una devoción a la ciencia, una compenetración con el compromiso purificador del trabajo, una exaltación de la destreza, la precisión, el conocimiento técnico y la dedicación de la actividad artesanal. Cada acción se destina a la satisfacción integral y justa, sin excesos pero sin falta, de las necesidades colectivas. La agricultura y la artesanía se integran con los reclamos de proyectos públicos, sometidos a la intervención medida de un orden jurídico y una educación asentados sobre la potencia derivada de una convicción que sustenta la reforma de la humanidad. Los afanes colectivos tienen como horizonte en *Cristianópolis* la concordia colectiva, la paz, la erradicación del hambre y la miseria, la cancelación del estado de guerra de linajes, el repudio de la masacre insistente de los pueblos vecinos que dominaba la experiencia cotidiana. Era la búsqueda de la integridad de la vida comunitaria. Pero el sentido de esta utopía no era la perfección, imposible para la condición humana. *Cristianópolis* no supone el fin de la historia, no es la culminación de las satisfacciones ni la plenitud inalterable de la concordia. Es un trayecto abierto, no exento de desalientos y de conflictos. La virtud ahí es el impulso permanente a un reino de la plenitud y la dicha como modelo, como horizonte no menos imposible.

En *Cristianópolis* el territorio, como en otras expresiones utópicas, delinea los ámbitos de la experiencia humana y su entrelazamiento a la luz de la exigencia de purificación: la satisfacción de las necesidades, el abastecimiento de todos aquellos recursos indispensables para la vida cotidiana —muebles, diversas clases de alimentos, vestimenta, ordenamiento urbano—; las actividades, oficios, modos de vínculo, patrones de comportamiento, son todas expresiones de esta búsqueda de la virtud: cada modo de organización, de la estratificación de los grupos y las pautas de sus alianzas, las condiciones de regulación de las actitudes están destinados a sustentar los afanes de lo virtuoso; los saberes profundos sobre la naturaleza y el cosmos, y las capacidades que supone su ejercicio adecuado —conciencia, conocimiento, comprensión, vocación—, están destinados a sustentar los marcos éticos y la relevancia de sus momentos vitales y sus experiencias cardinales —nacimiento, juventud, enfermedad, envejecimiento, muerte, sepultura—, los fundamentos, condiciones y facetas de los actos de culto y las expresiones colectivas de la creencia. El texto de Andreã señala cada aspecto de estas taxonomías con un juego de precisiones minuciosas, exhaustivas, respondiendo al requerimiento del relato testimonial, sometido a la exigencia de fidelidad y de verdad.

Recorrer *Cristianópolis* supone un movimiento de iluminación. Arrojado de la vida cotidiana, presa de un hartazgo y una aflicción y un desconsuelo por lo vivido, “errando como un extranjero en la tierra, abrumada mi paciencia por la tiranía, la sofística y la hipocresía, buscando a cierto hombre y sin encontrar lo que más buscaba, cuando tomé la decisión de embarcarme en un viaje por el Mar Académico, a pesar del daño que éste ya me había infligido en muchas otras ocasiones”.² Arrojado a una aventura marítima en la nave de la Fantasía, hasta el naufragio y la epifanía, el espíritu experimenta una transfiguración que lleva de los espectros negativos de la infamia y la ignominia a las fabulaciones de la virtud como imperativo y como preparación para una muerte en plenitud, para un ascenso a la redención. El tránsito se expresa como un deseo modelado sobre el cuerpo virtuoso, desde la imagen de lo imposible hasta la imagen del cuerpo disciplinado en su paso hacia la gracia, desde la imposibilidad de la virtud a su imperativo. Se va de un tiempo y un espacio agravantes a un tiempo y un espacio capaces de acoger el cuerpo purificado por el régimen de la tragedia. Alegoría-descripción; realismo y fabulación; pedagogía y deslumbramiento; meditación y arrebató; desolación y júbilo; nostalgia y vislumbre; contemplación y fantasmagoría; serenidad y furor; rigor y extravío; contención y exaltación.

La escritura confiere al relato de la utopía un lugar singular: ahonda hasta los límites el desarraigo, su profunda historicidad se disloca. Luminosa y áspera, corrosiva y exultante, irónica y sombría, la utopía expresa una nostalgia de lo imposible, las reminiscencias de lo no vivido, las figuraciones contradictorias del deseo —restauración de una plenitud primordial antes de la catástrofe de la pérdida, y la realización de una

satisfacción intemporal en la extinción de la experiencia vital de los límites, del derrumbe y la hecatombe—. La utopía conjuga, así, la vocación imposible de un retorno al pasado, momento originario de una armonía fantasmal y anhelo quimérico de una extinción de la iniquidad presente, y la vislumbre inaprensible, la iluminación vertiginosa de una primacía de la virtud.

No obstante, *Cristianópolis* no era la realización de una fantasmagoría paradisiaca. En ella la búsqueda de la armonía era incesante pero inacabada, precaria, parcial, apuntalada en los frutos de un conocimiento de los astros, el clima, la agricultura, el trabajo organizado, poniendo en juego una disciplina y una destreza destinadas a la obtención medida y calculada, aunque siempre insuficiente, de los bienes naturales. La experiencia de ese orden insólito era sólo la vía para encontrar en la pureza de la espiritualidad el gozo íntimo de la divinidad. Esa armonía de *Cristianópolis*, esa compenetración en el universo de una fe irrestricta fortalecida en la lectura del libro de la Naturaleza, el libro de la Vida (Cristo) y el libro de lo Divino. Para Andreã, la vida en Cristo se cifra en un precepto singular: la necesidad de cooperación, que “concilia a Dios con los hombres, y une a los hombres unos con otros, para que abriguen pensamientos piadosos, realicen obras de bondad, conozcan la verdad y mueran al fin dichosos de alcanzar la vida eterna”.³ La felicidad humana, marcada por la imperfección, como preludio y condición del acceso a la felicidad inconmensurable, el bien y la verdad insondable de Dios. Así, *Cristianópolis* no se ofrecía como un proyecto realizable. Tampoco como un imperativo o una condición para la salvación o la pureza. Irrealizable, rechazaba todo reclamo, toda intransigencia para adoptar sus pautas y sus ordenamientos como una condición ineludible para la consecución de la virtud. Se ofrecía esencialmente como un modelo, como un paradigma, capaz de orientar la conducta de los hombres, como una preparación, un camino y una vía de tránsito hacia la verdadera plenitud, la perfección absoluta que no puede encontrarse sino en la participación en lo sagrado.

La visión de Andreã se inscribe en la confluencia de las tensiones narrativas surgidas de la vocación política de la figuración utópica, que oscilaban entre el misticismo y las entelequias de la alquimia, las corrientes secretas de las revelaciones herméticas, las aspiraciones de cohesión y concordia, la exaltación ante las certezas colectivas de la memoria y de las expectativas compartidas de un destino.

Ciudad de México,
diciembre de 2015.

¹ Lucien Febvre, *Le problème de l'incroyance au XVI^e siècle*, París, Albin Michel, 2003, p. 253. (En español: *El problema de la incredulidad en el siglo XVI*, Madrid, Akal, 1993.)

² Felix Emil Held, *Johann Valentin Andreae's Christianopolis, An Ideal State of the Seventeenth Century*, Illinois, University of Illinois, 1914, p. 142. La citas empleadas en este y otros párrafos de la introducción se toman de la traducción del presente volumen, realizada por Arí Bartra. [E.]

³ *Ibid.*, p. 174.

BIBLIOGRAFÍA

- BACON, FRANCIS, *Selected Philosophical Works*, edición e introducción de Rose-Mary Sargent, Indianapolis, Hackett, 1999.
- BLOCH, ERNST, *The Utopian Function of Art and Literature*, Cambridge, MIT Press, 1988.
- BRUCE, SUSAN (ed.), *Three Early Modern Utopias. Utopia, New Atlantis, and The Isle of Pines*, Oxford, Oxford University Press, 2008.
- CAMPANELLA, TOMMASO, *The City of the Sun: A Poetical Dialogue*, ed. bilingüe, traducción e introducción de Daniel Donno, Berkeley, University of California Press, 1981.
- CAREY, JOHN, *The Faber Book of Utopias*, Londres, Faber and Faber, 1999.
- CLAEYS, GREGORY, *The Cambridge Companion to Utopian Literature*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- FEBVRE, LUCIEN, *Le problème de l'incroyance au XVI^e siècle*, París, Albin Michel, 2003. (En español: *El problema de la incredulidad en el siglo XVI*, Madrid, Akal, 1993.)
- HELD, FELIX EMIL, *Johann Valentin Andreae's Christianopolis, An Ideal State of the Seventeenth Century*, Illinois, University of Illinois, 1914.
- MORE, THOMAS, *Utopia*, Londres, Penguin, 2003.
- , *Utopia*, 2^a ed., Nueva York, Norton Critical Edition, Norton, 1992.
- PAQUOT, THIERRY, *Utopies et utopistes*, París, La Découverte, 2007.
- RICOEUR, PAUL, *L'idéologie et l'utopie*, Seuil, París, 1997.



CRISTIANÓPOLIS

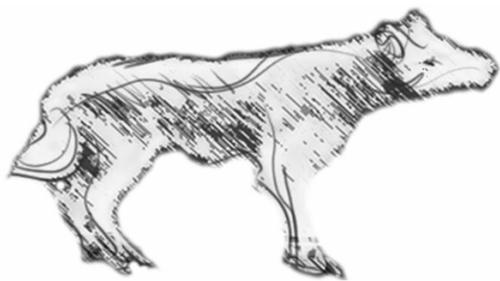


AL RESPETABLE Y MUY HONORABLE
SEÑOR JOHN ARNDT, PADRE REVERENDO
EN CRISTO

Este, nuestro nuevo Estado, te expresa su respeto y reconocimiento, porque siendo que la fuente de nuestra colonia es aquella Jerusalén que tú erigiste con fuerza y valentía contra el designio de los sofistas, no podemos sino remitirla por entero a ti, y darte las gracias por sus instituciones y leyes, rogándote sin embargo no tengas a menos expresarnos gentilmente cuanto consideres deba añadirse o modificarse en ellas. Así quiera Dios que en tu venerable ancianidad te halles entre numerosa gente que escuche y siga tus enseñanzas de lealtad, rectitud y erudición. Me despido de ti, reverendo padre en Cristo, con la esperanza de que me encomiendes a Dios mientras siga tus pasos.

1.º de enero de 1619. R.D.T.

Tu muy leal servidor,
JOH. VALENTIN ANDREÁ



SALVE, LECTOR CRISTIANO

Dos clases de hombres veo en la república. La primera es la de los que, más que aprobar las cosas que bajo ellos se rigen o que sobre ellos imperan, antes las tienen en altísima admiración y las defienden con ardor. La otra clase es la de aquellos que, si bien toleran los asuntos humanos, no vacilan en desear su mejora y aceptan ciertos cambios. Pero mientras que los de esta clase nunca son dados a provocar disturbios, pues son retraídos y sensatos y prefieren ceder en silencio, siendo tolerantes en la medida de lo posible, los de aquella otra clase, en su ceguera y desenfreno, agreden, atormentan y en no pocas ocasiones arrastran a sus conflictos a quienes osan quejarse en voz baja, muy a su pesar. Ejemplo clarísimo de lo anterior es el que nos diera el Anticristo, cuando abrumó a la iglesia de Cristo con sus malévolos lastres. Lo que sorprende es que hubiera quienes, sin aprobar quizá tales indignidades, aun así las toleraban. En cualquier caso se las consintió, y se perpetraron de un modo tan abominable que si alguno pedía un remedio a tan grandes males, por más moderado que fuese, se le castigaba y proscribía de la ley, sufriendo maldiciones sólo conocidas por Dios. Y así continuaron las cosas, hasta que la indignidad del caso encolerizó el espíritu de los hombres y los impulsó a restaurar la luz y dispersar las tinieblas. No está del todo claro cuál fue la causa, siendo todo tan opuesto a la razón. Porque si se debió a la ambición, que no admite correcciones de nadie, o a la avaricia, que prolifera entre los hombres; si se debió a una incapacidad del intelecto de distinguir entre el bien y el mal, o a que la gente se acostumbra a las cosas sin pensarlo y hace la vista gorda; aun si así fuera, nada de lo anterior se compara al arrojamiento con que nosotros mismos nos resistimos a la verdad más evidente y al bien más deseado. Y es por ello que muchos piensan, no sin razón, que Dios quiso enturbiar con tales tinieblas las mentes de los malvados, para impedirles que se avengan a la modestia del buen obrar, tan fácil de conseguir con medios moderados y tolerables, a fin de que, una vez atrapados en su vileza descarada, y revelándose lo indigno de seguir cediendo a sus deseos, se vean impulsados a perpetrar cosas peores, y así, al caer su máscara, pierdan toda su autoridad ante la gente.

De tal guisa procedió nuestro héroe el Doctor Lutero: cuando los hombres dejaron de escuchar sus plegarias y sus lágrimas, comenzó a respirar amenazas a través de la palabra de Dios. Al no alcanzar nada con la sumisión, comenzó a erguirse en alto. Tras soportar durante largo tiempo el asedio, comenzó a batirse de frente contra el poder enemigo; y lo hizo con tal éxito que NOS LLENAMOS DE JÚBILO mientras ellos rechinan los dientes. Me inclino a pensar que este es un drama que se repetirá en nuestros días. La luz de una religión más pura ha brillado sobre nosotros, y es conforme a ella que se ha regido la

administración de los asuntos públicos y se ha restaurado el esplendor de las letras y las artes; y nos otorgará, quizás, el triunfo definitivo sobre muchos de nuestros enemigos ya derrotados, como la superstición, el libertinaje y la indecencia.

Pero las ocultas añagazas del Diablo nos agobian, vacían nuestro júbilo de toda sustancia y lo convierten en poco más que un nombre. Pues aunque nuestros actos siguen el modelo de Cristo, cuyo nombre llevamos y confesamos, sucede que en nuestra infirme indulgencia los cristianos no nos diferenciamos en nada de los hombres mundanos. Y es así que en las iglesias, cortes y universidades, y ciertamente en todas partes, no faltan jamás la ambición, la avaricia, la gula, la lujuria, la envidia, la pereza y otros vicios que imperan asimismo sin ningún escrúpulo, abominables para Cristo, pero para nosotros fuente del mayor deleite. Por eso es fácil percatarnos de que el Diablo se regodea cuando, después de habernos birlado el núcleo, permite de buen grado que presumamos del cascarón y los restos; e igualmente fácil es apercibirnos de nuestra simplicidad, viendo que, por más que prestemos oído como hombres religiosos, pulcros y educados, acabamos contentándonos con las sombras de las cosas. Pero el impostor no engaña a todos, y menos aun a quienes llevan dentro una luz que viene de lo alto.

Un gran número de éstos, hombres de muy fervoroso espíritu, ha clamado ya en voz alta antes que nosotros, y seguirá haciéndolo en el futuro con el mismo celo. De entre todos ellos mencionaré tan sólo al Doctor John Gerhard, al Doctor John Arndt y al Doctor Mart. Moller, eruditos merecedores de mi mayor confianza y teólogos íntegros en sumo grado, si bien el último mantiene ciertas reservas respecto al tema de la Cena del Señor. Al observar que el mundo entero se sumía en disputas, cuyo estruendo casi impedía escuchar el espíritu de Cristo, fue grande su deseo de procurar una intermitencia de silencios, dedicada a la piedad y a permitir un respiro después de la lucha, a fin de conseguir una unión entre la erudición y la integridad en la que ambas se prestaran su esplendor mutuamente. Presentada con suma modestia, la petición provocó un gran enojo. Pues no estaban dispuestos los obispos de las iglesias a reconocer sus simonías, ni los líderes políticos sus fraudulencias, ni la universidad su ignorancia; y por consiguiente, las admoniciones que reclamaban devoción, entereza y letras dieron pie a las acusaciones de traición. Si hemos de creer a quienes rebatieron tales ideas, se verá que la iglesia está repleta de ventanas por las que cualquiera puede colarse cuando le venga en gana, y es un lugar donde se susurran las peores palabras; la república es un mercado donde se compran y venden los vicios; la academia, un laberinto donde deambular es un arte y un juego; y no hay nada que siendo derrochado en todas estas cosas no se convierta puramente en ganancia. Se alzaron defensores que ansiaban ser traicionados: las buenas personas habrían preferido reafirmar su honradez bajo palabra, pero hoy en día las personas malas detestan dar testimonio de sus vilezas en público. Porque el mundo en su pecado considera que la ocultación de sus actos es mejor que su elogio en público.

Los oficiantes de los sacrificios de la iglesia se enfurecían porque se les echaba en cara el descuido o incluso la falta de vocación, la dejadez de sus sermones, su erudición demasiado mundana. Y sin embargo los eclesiásticos reprueban estas cosas. Los avariciosos del mundo vociferaban porque nadie encomiaba la dureza de sus leyes, la licencia de sus costumbres, la acumulación de sus riquezas, su desprecio por la vida eterna. Y sin embargo su propia autoridad civil prohíbe todo esto. Los maestros letrados despotricaban en defensa de su propia ignorancia de las artes, su desconocimiento de los idiomas, la nimiedad de sus grados académicos, la enormidad de sus insaciables gastos; y lo hacían además oponiéndose a los más obvios propósitos de la erudición. Y así fue como, dejándose llevar por los deseos o los dictados de la ignorancia, la hipocresía usurpó con violencia y se arrogó la tutela de la religión, la tiranía hizo otro tanto con la de la autoridad civil, la sofistería con la de las letras, aduciendo, eso sí, toda suerte de razones. Pero esto no amedrentó a los campeones de Dios, ni a los que servían a una buena causa. De algunos de ellos se esperaba más ecuanimidad, erudición y sobre todo moderación, dado que conocían los asuntos del Estado y sus méritos eran incuestionables; pero si uno examina el mundo con un poco más de detenimiento, se dará cuenta de que nada resulta más insoportable a los impostores que la verdad y la rectitud. Y el odio en que las tienen es tal que, en la impotencia de su rabia y la incapacidad para dominarse, acaban arrancándose las máscaras, los embozos y envoltorios y salen desnudos a exhibir el secreto de su maldad. No hay hombre sensato que no experimente repugnancia al contemplar cómo pasan inadvertidas la gula en el interior de la iglesia y la moral disoluta en la plaza pública y las escuelas; los títulos vacíos y postizos; la dilapidación sin límites; y cómo todo esto llega incluso a elogiarse y exponerse en público. Es esta la razón, por otra parte, de que personas de quienes menos cabría esperarles resulten ser las más prontas a ceder y rendirse a la verdad, pues una vez se hallan atrapadas en sus propios errores, ya lo único que les queda es una impudencia infame y una verbosidad ordinaria con las que en vano intentarán exculparse. Con su innata cortesía, escuchan y aguantan las reprimendas, admiten sus faltas, la ofuscación de sus mentes, las invenciones diabólicas, los hábitos inveterados, su propia credulidad y otras muchas lacras semejantes, de todas las cuales desearían librarse.

Una cierta FRATERNIDAD, que los teólogos se han tomado en serio pero que para mí no es más que una chanza, ha presentado pruebas inequívocas de todo lo anterior. A la promesa de cosas espléndidas e insólitas para satisfacer los deseos del público curioso, que son los de la mayoría de la gente, añadió además la excepcional esperanza de corregir el actual estado corrompido de las cosas, e incluso de imitar los actos de Cristo. Huelga decir que al oír estas palabras reinó gran confusión entre los hombres, hubo enfrentamientos entre los eruditos e inquietud y conmoción entre los impostores y los estafadores. Sólo añadiré que algunos, con terror ciego, quisieron aferrarse a sus viejas y

anticuadas falsificaciones y defenderlas por la fuerza. Otros se apresuraron a abandonar la fortaleza de sus opiniones y, tras denunciar el yugo severo de su esclavitud, se lanzaron en pos de la libertad. Y, para acercarnos más al asunto que nos concierne, aun otros denunciaron los principios de la vida cristiana, tildándolos de herejía y fanatismo; y tampoco faltó quien abrazara su propia causa de todo corazón. Mientras estas personas debatían entre ellas y se amontonaban en los talleres, muchos pudieron tomarse el tiempo para analizar y sopesar estas cuestiones. Nos queda de todo ello un beneficio: y es que sabemos, o así nos lo ha parecido, que el mundo no está tan seguro de sus cosas como quisiera aparentar, ni se aferra tanto a sus opiniones que resulte imposible hacerlo cambiar de curso; y lo que es más importante: no están todos tan alejados de Cristo que, si se presenta la ocasión, no haya alguno dispuesto a aceptar sus normas y regir su vida de acuerdo con ellas.

Por lo demás, alabo gustosamente el juicio de cierto varón, dotado de las más altas cualidades de la piedad, la ética y el carácter, quien, al encontrarse con que los hombres se volvían indecisos y se dejaban en gran medida engatusar por los informes de la dicha HERMANDAD, respondió:

—Si nos parecen adecuadas esas reformas, ¿por qué no lo intentamos nosotros? No esperemos a que lo hagan ellos —con lo cual quería decir que nada nos impedía a nosotros aprender esas cosas de los evangelios y acometerlas siguiendo el loable ejemplo de otros devotos cristianos, si es que en verdad queríamos imitar la vida de Cristo y mejorar nuestras costumbres. Porque sin duda no querríamos cometer contra Cristo y su Palabra la injuria de pretender que es mejor aprender y emular el camino de la salvación recurriendo a una sociedad (si es que realmente existe tal) opaca, omnisciente tan sólo en su propio alarde, con un escudo cosido a modo de enseña y repleta de ceremonias fatuas, en vez de acudir a Él, que es el Camino, la Verdad y la Vida, cuyos preceptos son tan evidentes y fáciles de encontrar que para evitarlos tendríamos que recurrir a los mayores subterfugios y evasivas. Porque si bien nuestra conciencia insiste en que es legítimo lamentar la seguridad excesiva de la religión, la impureza de la vida y la futilidad del conocimiento, ¿acaso hay algo que nos impida expulsar el vicio, aunque sólo sea de nuestras propias vidas (si otros no lo desean para las suyas), plantar las virtudes y acercarnos más a nuestro Cristo, de quien tememos que se haya apartado por completo de nuestros asuntos?

Nada, ciertamente, nos niega este permiso ni a nosotros ni a Cristo, excepto el temor al juicio de los hombres, que aspira a conservar nuestras amistades y las costumbres cotidianas en nuestras vidas, así como la buena voluntad de los hombres hacia nuestras personas; y que, no obstante, al poco tiempo nos arroja a las vicisitudes del siglo para que nos aflijamos y para que, cuando está claro que ya es demasiado tarde, nos lamentemos de haber entregado nuestra confianza al mundo y no a Cristo. Debe

considerarse, pues, que la resolución más sabia es cuando, después de escuchar la Palabra de Dios y aceptarla, no se busca la aprobación de los hombres, ni de cualquier sociedad o grupo, sino que se actúa bajo los dictados de Dios y la conciencia humana, se avanza devotamente bajo la guía del Espíritu Santo y se soportan las críticas más injustas con la misma benevolencia con que se escucha el croar de las ranas, pues a fin de cuentas resulta patente que muy pocos osan atacar la piedad, la rectitud y la reputación abiertamente, prefiriendo desacreditar y mentir mediante circunloquios o forjarse para sí mismos algo a lo que más tarde puedan ladrar. Y así al principio oirás las palabras “fanático”, “alborotador” o “peligro para las letras”, y luego te culparán y te harán ver las heridas de una quimera o los combates de gladiadores ciegos. Pero si callas y confías en tu conciencia tranquila, obtendrás con ello la mayor dicha.

Ahora ya has visto, excelente lector, un claro ejemplo de esta seguridad cristiana, esta nueva REPÚBLICA que felizmente he dado en llamar CRISTIANÓPOLIS. Pues en vista de que nadie es afecto a que lo corrijan (ni lo soy yo mismo), he construido para mí esta ciudad en la que puedo ejercer una dictadura. Ponle este nombre a mi cuerpo insignificante y no irás muy errado. Pero dado que en casi todas partes las leyes son buenas pero la moral es dudosa, temo que sospeches otro tanto en lo que concierne a los ciudadanos de mi Estado. Sea como fuere, no es mi intención alabar a mis ciudadanos sino describirlos, así como revelar y comunicarte los estatutos que rigen sobre nuestras vidas. De otros temas aparte de éste no podría hablarte con la misma franqueza y libertad, no podría exponerte todos los hechos ni animarte a expresar tu propia opinión. Tanto si apruebas como si desapruebas, no recibirás de mí más que alabanzas, siempre y cuando me respondas con la misma sinceridad. Pero si me respondieres con un sofisma, nada hay más fácil para mí que soportar tus críticas adversas e ignorarte. Si nuestro Estado te place, nada se te negará; si lo rechazas, no estarás obligado a nada. Mis ciudadanos no malgastan sus riquezas, ni codician las tuyas. Aceptarán cuanto tengas a bien darles, y te darán de buen grado todo aquello que pidas. Nuestras leyes no obligan ni refrenan a nadie, antes persuaden: mantenerse firmes en la palabra de Dios y no sucumbir a Satanás. Por lo demás, cualquier hombre honrado puede ser consejero entre nosotros. Nuestra estructura no tiene artificio, sino mucha sencillez.

No lo hemos dicho todo. Quizá habremos dicho más de lo que puede soportar la gente malvada, y menos de lo que propondríamos a la gente honrada, aunque con frecuencia deseen saberlo.

Para concluir, permítaseme que describa lo nuestro como una diversión pública, puesto que igual comentario ha recibido, sin desdoro de su persona, el conocidísimo Tomás Moro. En lo que a mi obra se refiere, descartarla será más fácil, por cuanto carece de la seriedad e ingenio que abundan en aquel autor. Escribo para mis amigos, pues entre ellos son válidas mis bromas. Porque aun si yo lo quisiera, no osaría dirigir

mis escritos a los hombres más insignes, y si me atreviera, no podría hacerlo, y si ellos me lo permitieran, no lo querría yo hacer. Tal es el respeto que por ellos siento, tal la conciencia y admisión de mi falta de pericia. Dicho lo anterior, lea quien así lo desee, mas no olvide que entre amigos se pasan por alto muchas imperfecciones que no escapan al análisis crítico de los malintencionados. Si alguien duda de la veracidad de mi relato, absténgase de emitir su juicio en tanto no lleguen informes de los viajeros por mar y por tierra a corroborarlo. Pero si quieres tomar el curso más seguro (y si así lo permite el cielo y no se interpone la tierra ni se agitan las aguas, si te dejas guiar por Cristo en tu camino y tus compañeros te desean larga vida), lo mejor será que, embarcándote en la nave que lleva por distintivo el signo de Cáncer, arribes bajo buenos auspicios a Cristianópolis, donde tú mismo podrás investigar todas estas cosas detenidamente con el temor de Dios. Me despido así de ti, lector cristiano, y prepárate para el camino al cielo.





SOBRE EL ESTADO DE CRISTIANÓPOLIS

I MOTIVO DEL VIAJE Y NAUFRAGIO

Me hallaba errando como un extranjero en la tierra, abrumada mi paciencia por la tiranía, la sofística y la hipocresía, buscando a cierto hombre y sin encontrar lo que más buscaba, cuando tomé la decisión de embarcarme en un viaje por el Mar Académico, a pesar del daño que éste ya me había infligido en muchas otras ocasiones. Así que abordé la nave de la Fantasía, zarpé del puerto en compañía de muchas otras personas y expuse mi vida y mi persona a los mil peligros que acechan a quienes salen en busca del conocimiento. Por breve tiempo el mar se mostró favorable a nuestro viaje, mas no tardaron las tempestades de la envidia y la calumnia en atizar al Mar Etíope contra nosotros y acabar con toda esperanza de buen tiempo. El capitán y los remeros se esforzaban sobremanera, nuestras ansias de vivir resistían tenazmente, incluso la nave lograba hacer frente a los escollos, pero los embates del mar resultaron invencibles. No quedaba ninguna esperanza y ya sólo esperábamos la muerte, por necesidad más que por entereza de espíritu, cuando la embarcación finalmente cedió y nos hundimos. A unos se los tragó el mar, otros acabaron desperdigados a grandes distancias, y los que pudieron nadar o aferrarse a un madero fueron arrastrados a las diversas islas dispersas por estos mares. Muy pocos escaparon a la muerte: yo mismo, completamente solo, vine a dar a esta minúscula isla, que es poco más que un terruño.



II ARROJADO A LA ISLA DE CAFAR SALAMA

Todo en la isla me agradaba, todo, menos yo mismo. Y aunque parecía pequeña, en la isla había abundancia de cosas, y no se veía un solo palmo de tierra que no estuviera de alguna forma cultivado o aprovechado para el uso humano. No me negaré a revelar la ubicación de la isla, que averigüé un poco más tarde: se ubica en la zona del Antártico, a 10° del Polo Sur, 20° del círculo equinoccial y unos 12° por debajo del punto del tauro. No voy a extenderme en minucias. Posee la forma de un triángulo, con un perímetro de unas 30 millas. Abunda en granos y pastizales, la riegan ríos y arroyos, la adornan bosques y viñedos y está llena de animales: es como un mundo en miniatura. Se diría que aquí el cielo y la tierra han contraído nupcias y viven juntos en sempiterna armonía.

Bajo el sol matutino se estaba secando mi camión, la única prenda que me quedaba, cuando de pronto se acercó a mí un habitante de la isla, uno de sus numerosos vigías. Inquirió sobre mi condición con mucha amabilidad y, compadeciéndose de mi infortunio, me pidió que confiara en él y lo acompañase a la ciudad, cuyos habitantes me proveerían cuanto hubiere menester con su habitual consideración hacia los extranjeros y exiliados. Luego añadió:

—¡Dichoso de ti que has tenido la suerte, tras un naufragio tan tremendo, de llegar a esta tierra!



Yo sólo respondí:

—¡Gracias a Dios! ¡Gloria a Dios!

III ORIGEN DE CRISTIANÓPOLIS

A medida que nos acercábamos a la ciudad, quedé en sumo grado maravillado por su belleza, y es que no hay nada en todo el mundo que se le parezca o se le compare. Volviéndome hacia mi guía, le pregunté:

—¿Qué dicha ha establecido aquí su morada?

A lo que respondió:

—La misma que en el mundo suele caer en la desdicha, pues cuando el mundo persiguió con furia a la gente de bien y la expulsó de sus fronteras, la religión, también exiliada, se rodeó de aquellos de sus seguidores que consideraba más leales, y después de cruzar el mar y explorar varios lugares, por fin eligió esta tierra para asentar en ella a sus devotos. Más tarde construyó esta ciudad, que llamamos Cristianópolis, y quiso que fuera el hogar o, si lo prefieres, el bastión de la honradez y la excelencia. A punto estás de comprobar cuán generosa se muestra nuestra república con todos los necesitados. Si deseas recorrer la ciudad (pero entonces deberás apaciguar los ojos, cuidar la lengua y mantener el decoro) no sólo no se te impedirá hacerlo, sino que estará abierta para ti en todas sus diversas partes.

Respondíle entonces:

—¡Bendita la hora en que, después de contemplar con espanto y fatiga tantas visiones monstruosas, se me concede el privilegio de presenciar algo verdaderamente elegante y hermoso! No me opondré a baños, navajas y cepillos, con tal de que, una vez lavado, afeitado y aseado, se me permita entrar en las moradas prístinas de la verdad y la bondad. Pues harto conocido es, desde hace tiempo, el infortunio de mis errores y descarríos. ¡Ojalá algún día sea testigo de condiciones más buenas, más verdaderas, firmes y estables, de todo aquello que el mundo promete, pero que no cumple nunca ni en ninguna parte!

IV EXAMEN PRIMERO DEL EXTRANJERO, QUE INQUIERE SOBRE SU PARECER Y COSTUMBRES

Cuando nos acercamos a la puerta oriental, mi compañero me presentó al prefecto que se

encargaba de la guardia ese día, quien me saludó afablemente y me preguntó qué deseaba.

—Muchas cosas —le dije—, pues, como puedes ver, he sido expulsado del mar y de la tierra. Mas ahora que parece que Dios mismo me recibe, ¿por qué no habría de desear en abundancia aquello que me ha faltado toda la vida?

Sonriendo, el prefecto de la guardia me aconsejó que, puesto que no había nada indecoroso en la isla, no pretendiera yo parecerme a uno de esos hombres a quienes los ciudadanos de la comunidad no toleran y envían de vuelta a su lugar de origen, que son personas de la siguiente guisa: los pordioseros, merolicos y faranduleros, que se revuelcan en el ocio; los fisgones, que hurgan en los detalles frívolos de asuntos extraños, los fanáticos, que no tienen verdadera piedad; los artífices de menjunjes, que son la deshonra de la ciencia química; los impostores, que se hacen llamar HERMANDAD DE LOS ROSACRUCES, además de otras lacras semejantes que contaminan las letras y la verdadera cultura, suscitando siempre el recelo de esta ciudad. Di fe de mi pureza mediante un testimonio de lo más íntimo de mi conciencia, y prometí con muchas palabras que consagraría todas mis facultades al servicio de la verdad y la integridad; a lo cual respondió:

—Entonces nada obsta para que dispongas libremente de nuestros bienes y, lo que es más importante, de nosotros mismos.

Dicho esto, me tomó de la mano y me llevó a la casa de unos centinelas o vigías cerca de allí para agasajarme con sabrosos alimentos y bebidas.

V

EXAMEN SEGUNDO, SOBRE SU PERSONA

Vestido ya con otra indumentaria, que no era nada exótica, sino más bien holgada y cómoda, me dejó con unos acompañantes que me condujeron al segundo examinador. Éste parecía haber nacido para desentrañar los pensamientos más íntimos y privados de una persona. Respondió a mis saludos con mucha amabilidad y me hizo varias preguntas amistosas mientras observaba con gran agudeza mi porte y los rasgos de mi cara. Con una sonrisa, en vez de una expresión adusta, quiso saber sobre mi patria, mi edad, mi forma de vida, haciendo sus preguntas como casualmente. Tras intercambiar un par de cortesías, dijo:

—Querido amigo, no cabe duda que Dios te ha guiado hasta aquí para que juzgues si realmente es inevitable hacer siempre el mal y vivir según las costumbres de los bárbaros. Hoy mismo te demostraremos que no es así, como deberíamos demostrarlo a todas las personas. Y lo haremos con tanto mayor gusto cuanto que ni la naturaleza ni tu fortuna parecen serte adversas, antes al contrario, tu corazón se muestra favorable al influjo de

ambas. Si en verdad es Dios quien rige sobre ti, y estás por tanto libre de las seducciones de la carne, entonces no nos cabe la menor duda de que eres uno de los nuestros y lo serás por siempre.

Mientras decía esto, me pareció advertir que examinaba el sosiego de mi corazón, la modestia de mi rostro, el recato de mis palabras, la serenidad de mis ojos y mi porte en general, con tanta minuciosidad que se diría que podía escrutar también mis pensamientos, con tanta afabilidad que no podía ocultarle nada, con tanto respeto que sentí que le debía todo. Y cuando mi alma estaba ya completamente al descubierto y empezó a tocar el tema de las letras, me dijo:

—Te ruego seas indulgente, querido amigo, si mis palabras delatan mi poca erudición. No dejes que eso te desanime, pues en nuestra comunidad hallarás muchas personas con bastante más sabiduría y cultura.

Al mismo tiempo que esto decía, ordenó a un ayudante que me escoltara al tercer examinador. Se despidió con un apretón de manos y me instó a tener confianza. Mas yo pensaba para mis adentros: “¡Que el cielo me ampare! Si a esto le llaman palabras que delatan poca erudición, ¿qué será de mí?”





VI EXAMEN TERCERO, SOBRE SU NIVEL DE CULTURA

Pero cuando llegué a éste, su gentileza resultó no ser menor que la del anterior, porque, para decirlo de una vez por todas, la soberbia y la arrogancia han sido desterradas de este lugar. Aun así, en cuanto escuché hablar al hombre me sentí más avergonzado que nunca. Se esperaba de mí que “no supiera nada”, como Sócrates, pero en un sentido completamente distinto. ¡Cuánto me arrepentí de haber mencionado el tema de la literatura! Me preguntó, con palabras muy solícitas, eso sí, hasta qué punto había aprendido a dominarme y prestar ayuda a mis hermanos, a luchar contra el mundo, a aceptar la muerte y obedecer al Espíritu; qué progresos había hecho en la observación del cielo y de la tierra, en el escrutinio de la naturaleza, en los instrumentos de las artes, en la historia y el origen de las lenguas y en la armonía del mundo entero; cuál era mi relación con la sociedad eclesiástica, un compendio de las Escrituras, el reino del cielo, la escuela del Espíritu, la hermandad de Cristo, la familia de Dios. Quedé atónito al darme cuenta de lo poco que habían medrado en mí tantas cosas que se conceden con libertad y dadivosidad al hombre. Y entonces hice lo único que podía hacer bajo las circunstancias, que fue confesar con franqueza:

—De todas estas cosas, mi honorable señor, no sé nada ni nadie me ha instruido. Pero le aseguro bajo mi palabra que he debatido estas cuestiones en mi fuero interno, he deseado conocerlas e incluso las he acometido con firmeza.

A lo que él repuso, casi a gritos:

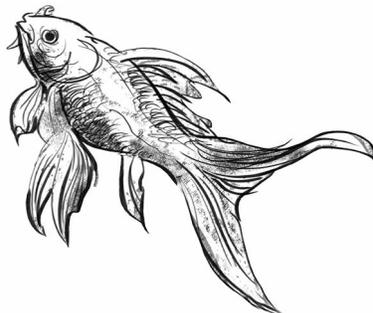
—¡Eres de los nuestros, tú, que nos traes una pizarra en blanco como lavada por el propio mar! Ya sólo nos resta rogar a Dios que inscriba en tu corazón con su estilete aquellas cosas que, en su sabiduría y bondad, juzgue saludables para ti. Y ahora saldrás a ver cómo es realmente nuestra ciudad en sus diversas partes. A tu regreso podrás decirnos qué otra cosa deseas que hagamos por ti que estemos dispuestos y preparados mentalmente a cumplir.

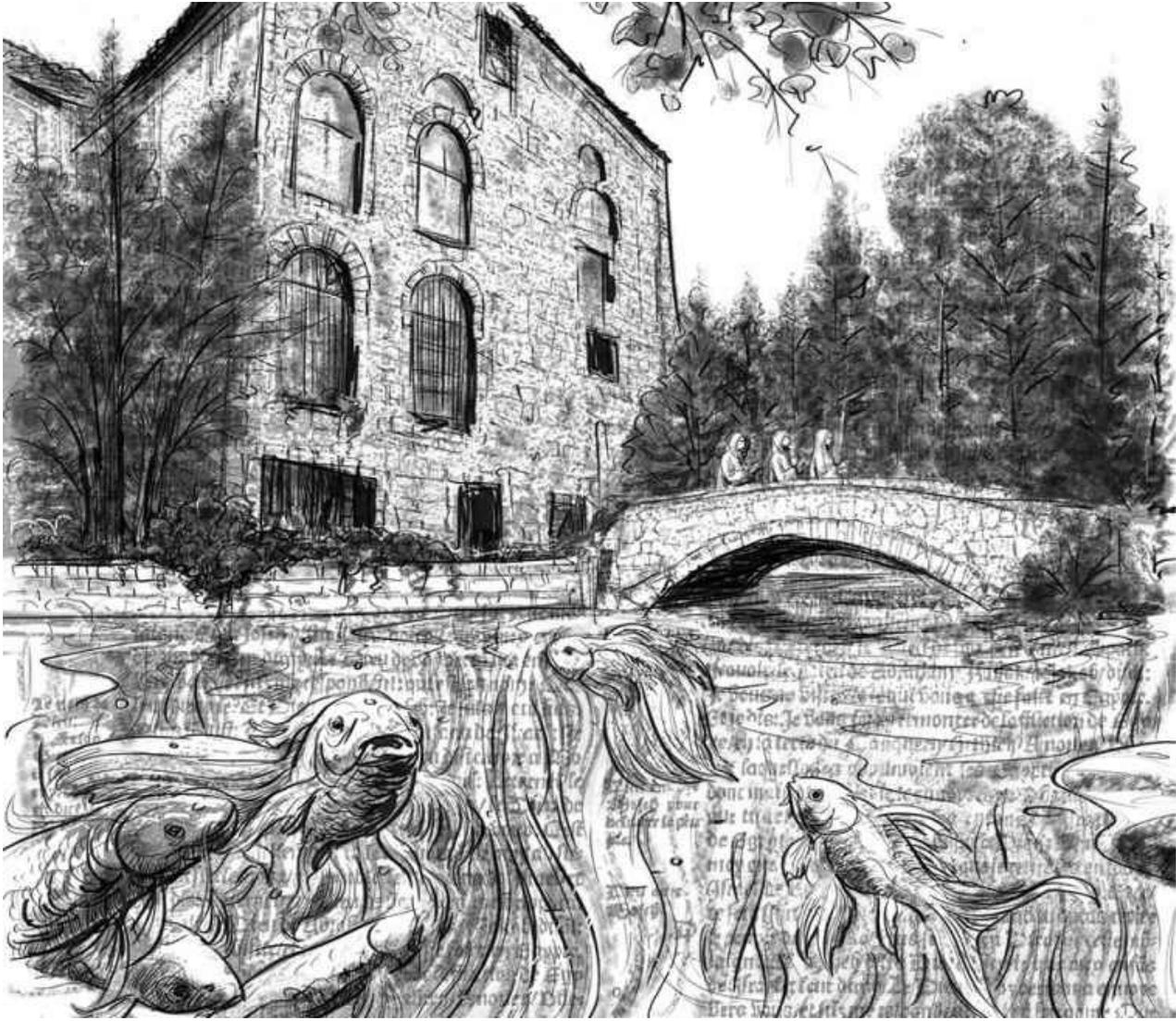
Y entonces asignó a Beeram, Eram y Neariam, tres varones cuyos rostros traslucían su nobleza, para guiarme y acompañarme en todo el recorrido.

VII DESCRIPCIÓN DE LA CIUDAD

Si antes que nada te describo el aspecto de la ciudad, no lo hago en balde. Posee la forma de un cuadrado cuyos lados miden setecientos pies, y está fortificada por cuatro

torreones y una muralla. Se orienta, pues, hacia los cuatro puntos cardinales de la Tierra. Otras ocho robustísimas torres distribuidas por la ciudad fortalecen su defensa aún más, junto a otras dieciséis, más pequeñas pero nada desdeñables; y en el centro de la ciudad se yergue, casi inexpugnable, la ciudadela. Las edificaciones están dispuestas en dos hileras, o cuatro si sumamos la sede del gobierno y los almacenes; hay una sola calle pública y una sola plaza, pero esta última es muy distinguida. Si mides las edificaciones encontrarás que, desde la calle del interior, de veinte pies de ancho, sus medidas van aumentando de cinco en cinco hasta cien. En este punto se alza un templo circular de cien pies de diámetro. Si avanzas a lo largo de las edificaciones, entonces los intervalos, los almacenes y las hileras de viviendas tienen veinte pies de ancho y el muro veinticinco pies. Las edificaciones tienen todas tres pisos, a los que se accede por terrazas públicas. Pero entenderás todo esto mejor si consultas la ilustración anexa.¹ Todas las edificaciones son de piedra cocida y se hallan separadas por muros resistentes al fuego, de modo que un incendio no causaría demasiados estragos. Hay agua corriente y de manantial en abundancia, la cual se suministra por medios bien sea artificiales o naturales. La ciudad presenta casi el mismo aspecto por todas partes, no es extravagante, pero tampoco sucia, y por toda ella corre aire puro y fresco. Viven aquí unos cuatrocientos ciudadanos, muy religiosos y en la más absoluta concordia. Diremos algo acerca de cada uno de ellos a su debido momento. Por fuera de las murallas se extiende un foso con multitud de peces, de modo que es aprovechable incluso en tiempos de paz. Los espacios descubiertos y sin edificar albergan animales salvajes, criados no para el esparcimiento sino para usos prácticos. La ciudad entera se divide en tres partes: una que suministra los alimentos, otra donde se practica y se ejercita, y la tercera que sirve para deleitar la vista. El resto de la isla se destina a los trabajos de agricultura y a los talleres, todo lo cual está representado de una u otra forma en el plano. Y ahora toca hacer un recorrido por la ciudad.





VIII LAS ACTIVIDADES AGRÍCOLAS Y LA CRÍA DE ANIMALES²

En la sección más exterior del distrito que mira hacia el levante se encuentra la zona agrícola. Esta a su vez se divide en dos: por un lado, la parte dedicada a la agricultura propiamente dicha, y por el otro, el espacio donde se crían los animales. Todo el grano, verduras y legumbres que el Estado cosecha en la isla, y todas las bestias de carga, reses y demás ganados que son menester, se guardan en catorce edificaciones, hechas de tal guisa que también puedan alojarse allí los guardias y cuidadores. Y es que, al tener tres pisos las edificaciones, como he descrito anteriormente, en ellas caben más personas de las que se podría suponer. Las inmundicias que se acumulan son acarreadas a través de las puertas que se abren en las torres de los vértices para depositarlas al borde de las murallas, hasta llegado el momento de esparcirlas por los campos y praderas. Frente a estas edificaciones se alza una torre bastante amplia, de treinta por cuarenta y cinco pies, que conecta las edificaciones agrícolas con las urbanas, y su perímetro rodea un espacio de terreno, de tal suerte que bajo la torre se extiende una entrada amplia y abovedada a la ciudad, con puertas más pequeñas que llevan a las distintas casas. Se puede fortificar la torre a ambos lados de la entrada y entonces, una vez cerradas las puertas, se vuelve imposible atravesar las murallas para entrar o salir de la ciudad. Bajo el domo de esta torre han construido un amplio salón lleno de ventanas. Aquí es donde los ciudadanos de esta parte de la ciudad se congregan para celebrar los ritos civiles y religiosos cuando la ley lo exige. En lo alto de la torre vive Uriel, un hombre muy ducho en la agricultura, el cultivo de la tierra y el cuidado de los animales. Sus subordinados Kapzeel y Simea son los prefectos de las torres, y siempre que pueden lo ayudan en su trabajo. Aquí no hay rusticidad, pero se reproduce la agricultura de los patriarcas con resultados más provechosos, pues se trabaja más cerca de Dios y con una sencillez natural.

IX LOS MOLINOS Y LAS PANADERÍAS

Siete molinos y otras tantas panaderías se hallan adosados a esos dos almacenes que miran hacia el mediodía, y siete mataderos y otras tantas despensas se encuentran en el lado que mira al norte. Aquí también hay torres grandes que dividen la zona en dos, así como otras torres, parecidas a las más pequeñas, que la circunscriben. En los molinos, aparte de moler el grano y guardarlo en los pisos superiores, también se realizan todas las labores que requieren de mecanismos y prescinden del fuego; y como en este lugar la

originalidad es parte del trabajo, la aplican en muy diversas formas para conseguir deleitar y sorprender a los espectadores. Aquí se fabrica el papel, se talan árboles para hacer maderos y se pulen armas y herramientas. Todo el pan que consume la isla se elabora en las panaderías, donde también se almacena la harina. Entre una y otra panadería hay depósitos para el aceite, y por debajo bodegas que se excavan para llenarlas de vino. Los encargados de almacenar y guardar son catadores expertos. Neria, que vive en la torre del medio, los supervisa con la ayuda de Simea y Gadiel, los prefectos de las torres bajas; se han puesto de acuerdo para que cada prefecto se haga responsable de dos de los cuatro encargados. Te sorprendería ver cómo un abastecimiento tan escaso es más que suficiente cuando se tiene moderación en todo. Pues aunque en toda la isla nadie sufre jamás de hambre, la gracia de Dios o la generosidad de la naturaleza ha dispuesto que siempre reine la abundancia, siendo totalmente desconocidas la gula y la embriaguez. De la distribución de los alimentos hablaré más adelante; ahora sólo quiero añadir una cosa: todo se hace en forma pulcra y ordenada, con la estima que merecen los favores de Dios. Los hombres que se dedican a las tareas más arduas no se tornan rudos y salvajes, sino que conservan su ternura; los guardianes no son glotones, sino gente moderada, ni son malolientes, sino gente muy limpia. Para concluir, la forma de administrar el gobierno es en todo punto tan ventajosa que el pueblo puede disfrutar de todos estos privilegios con un placer decente que no tiene por qué ocultar.

X

LOS MATADEROS Y LAS DESPENSAS

En un distrito del norte se encuentran los degolladeros y otras catorce construcciones relacionadas con el oficio, pero aquí no hay nada que sugiera la bestialidad. Muy distinto es lo que ocurre en otros lugares, donde, por lo que yo he visto, los hombres se tornan ásperos a fuerza de verter tanta sangre y de trabajar cada día con carne, grasa, pieles y demás. También se encuentran aquí las cocinas, que es donde asan, cuecen y lavan los animales, pero que son completamente ajenas a cualquier exquisitez. Como aprecian mucho la pulcritud y la salud, no faltan tampoco los lavaderos de ropa y lencería.

La despensa se divide en varias cámaras, en las que se almacenan mantequilla, lardo, sebo, unto y otros productos similares, pero también pescado seco y fresco, así como carne de aves de toda clase, no sólo para los habitantes, sino también para los extranjeros y los mercaderes de paso. Porque en la isla abundan las oportunidades para el comercio, pero sus habitantes se desentienden de estos asuntos en particular, prefiriendo dejarlos en manos de personas especialmente designadas al efecto. La utilidad del trueque se hace patente, pues se valora más la variedad que el lucro, de tal forma que podemos

reconocer los productos que son peculiares de cada tierra y comunicarnos tan estrechamente unos con otros que es como si tuviéramos todas las ventajas del universo en un mismo lugar. Y así se manifiesta nuestra consciencia de cuán pequeña es nuestra diminuta tierra, de cuán generoso es Dios porque nos lo ha concedido todo y, por último, de cómo aquello que se concede a todos los hombres pasa a pertenecer a cada individuo. No diré más al respecto por ahora, pues aún quedan muchas cosas por describir y además es un tema que saldrá a relucir a menudo cuando hablemos de otras cosas. Thirhena y sus ayudantes, Kapzeel y Zarfath, se ocupan de esta parte del trabajo y también supervisan la vida diaria y la obra de sus subordinados.

XI LOS METALES Y LOS MINERALES

Falta por hablar de la sección del poniente, que es donde se encuentran las fraguas. De un lado están siete talleres habilitados para calentar, batir, fundir y forjar los metales; del otro lado, otros siete talleres han sido asignados a los locales de los trabajadores que elaboran la sal, los ladrillos, la cerámica, así como a las demás actividades que requieren un fuego constante. Aquí se lleva a cabo una auténtica investigación de la naturaleza: todo lo que se esconde en las entrañas de la tierra es sometido a las leyes e instrumentos de la ciencia. Los hombres no se ven forzados a realizar tareas a las que no están acostumbrados, como las bestias de carga lo están a las suyas, sino que desde mucho antes se les imparten conocimientos científicos exactos, de modo que hallan solaz en las regiones internas de la naturaleza. Para ellos, si alguien no escucha las razones ni escudriña el macrocosmos en sus componentes más diminutos, esto indica que no se ha demostrado nada. Si no analizas la materia mediante experimentos, si no corriges la imperfección del conocimiento mediante instrumentos más precisos, entonces no sirves para nada. Puedo asegurarte que si la sofística osara venir aquí con sus dislates, sería recibida con sorna: hasta tal grado prefieren los actos a las palabras. Aquí uno puede recibir y prestar oído a la verdadera y genuina química, libre y afanosa, cuando en otras partes la química fraudulenta nos embauca y se impone a nuestras espaldas. Porque la verdadera química está acostumbrada a examinar la obra, se apoya en toda suerte de comprobaciones y recurre a experimentos. En pocas palabras: aquí la ciencia es práctica. Los encargados de estos asuntos son Sesbazar y sus dos ayudantes, Zarfath y Gadiel, que más que por necesidad del trabajo, diríase que se lo toman como un ejercicio idóneo para el cuerpo. Pues mientras a nosotros el esfuerzo nos consume de fatiga, ellos duplican sus fuerzas gracias al equilibrio perfecto entre el trabajo y el ocio, hasta el punto de que no hay obra que no acometan con denuedo. Viéndolos trabajar de ese modo, no dejaba de reprenderme una y otra vez para mis adentros: porque habiéndoseme alentado durante

mucho tiempo, habiendo recibido estipendios asaz cuantiosos y disfrutado de la ayuda de los libros, aun así no aprendí nada sobre todas esas cosas que uno sin duda debería conocer, y en mi inexcusable insensatez olvidé reparar en el rostro de la naturaleza, que a fin de cuentas es el más atractivo.

XII LAS VIVIENDAS

Una vez que hube terminado de recorrer el recinto donde se hallan los talleres y los almacenes, ingresé por la torre oriental para contemplar la ciudad propiamente dicha, cuadrada y con dos hileras de viviendas frente a frente. La calle que separa estas hileras tiene veinte pies de ancho, un espacio suficiente si se tiene en cuenta que sobre ella no pasan caballos ni carretas. Las viviendas de la hilera más exterior tienen quince pies de ancho, las de la hilera interior veinticinco; de altura miden treinta y tres pies y de largura casi todas miden cuarenta pies en la parte que da a la calle. Sobre las avenidas se alzan bóvedas sostenidas por columnas de cinco pies de ancho y doce de alto para resguardarlas de la lluvia. Donde hay muros opuestos, las terrazas de los pisos segundos y terceros forman un paseo, lo cual he tenido a bien mostrar en las ilustraciones. Contando las torres, son trece las viviendas en el lado más largo de la ciudad, y once en el lado más corto, con lo cual suman ochenta y ocho; y si lo multiplicamos por tres, tenemos doscientos sesenta y cuatro hogares.³ Su distribución puede apreciarse en el diagrama. No es de extrañar que se viva en espacios tan reducidos, ya que los habitantes, siendo tan pocos, requieren de escaso mobiliario. De muy otra índole son esos otros hogares en los que una familia entera cohabita con la vanidad y el despilfarro, acumulándose los actos impíos: esa gente nunca estará contenta con el espacio que posee. Son un lastre para los demás y para sí mismos, y nunca miden sus necesidades, ni tan siquiera su comodidad, si no es mediante una inaguantable y terca acumulación. ¡Ricos son solamente aquellos que poseen lo que de verdad necesitan y no aceptan más cosas sólo porque pueden obtenerlas en abundancia! Allá donde he visto riquezas en este mundo, las he visto siempre acompañadas por la insatisfacción; en cambio, sólo en esa condición que llamamos “carencia” he visto aparecer el regocijo.

XIII LAS LABORES MECÁNICAS⁴

Al pasearme por la ciudad percibí de inmediato cómo estaban distribuidos los artesanos. Pues así como la ciudad tiene cuatro esquinas, así sus habitantes manejan cuatro

materiales: metales, piedras, maderas y el material que se usa para los tejidos. Pero hay una diferencia, y es que las ocupaciones que exigen mayor talento y habilidad innata tienen su sede en el cuadrado interior, y las que permiten un trabajo más relajado, en el cuadrado exterior o mayor. Por lo demás, tratan por igual a relojeros, organeros, ebanistas, escultores y obreros. Otra peculiaridad que tienen, y ésta es única de ellos, es que sus artesanos son hombres extremadamente cultos. Pues lo que otra gente considera como un rasgo distintivo de unos pocos (aunque si tomas por erudición la fanfarronería con que se viste la inexperiencia verás que son muchísimos más), para ellos es algo que debería estar al alcance de todos. Sostienen que las letras no son tan sutiles ni el trabajo tan difícil que un hombre no pueda, si se le da lo suficiente, dominar ambos. Esto no obsta para que algunos de ellos sientan mayor inclinación por una u otra de estas actividades y, si optan por especializarse en un oficio manual, se les nombrará maestros con prerrogativas sobre los demás, a fin de que puedan enseñar a su vez a muchos otros. Me pareció ver en plena faena mecánica a latoneros, estañeros y herreros; cuchilleros, torneros, ebanistas de joyería, estatuarios, yeseros, bataneros, tejedores, peleteros y zapateros; y, entre los oficios más nobles, escultores, relojeros, orífices, organeros, grabadores, batidores de oro y joyeros de anillos, entre muchos otros oficios similares y no menos dignos. Curtidores, jaeceros, herradores, carroceros, bauleros, canteros, vidrieros: de todo esto encontrarás aquí. Y ahora que ya he enumerado a los que se dedican a los diversos oficios, cabe mencionar que las labores de remiendo, costura y bordado son exclusivas de las mujeres. Todo esto no se hace solamente obedeciendo a la necesidad, sino que sirve para que los artesanos compitan entre sí en sus faenas mecánicas, dando de esta forma al espíritu y a la más importante prerrogativa de la mente humana un medio para desplegarse a través de todo tipo de artefactos mecánicos, o mejor dicho, un medio para que esa chispa de la divinidad que pervive en nosotros brille con intensidad en los materiales trabajados. De la supervisión y los incentivos, así como de las horas de ocio y de trabajo, nos ocuparemos más adelante.

XIV LAS PLEGARIAS PÚBLICAS

Antes de proseguir tengo algo que decir acerca de sus ritos públicos. Cada día ofrecen tres plegarias, las matutinas, las del mediodía y las vespertinas, con las cuales agradecen a Dios por sus bendiciones. Siguiendo una fórmula solemne, se ponen de rodillas, con los brazos plegados, para implorarle que continúe asistiéndolos y les depare una muerte honrosa. Nadie puede ausentarse de estas oraciones si no es por causas de urgencia mayor. Los padres traen consigo a todos sus hijos para que incluso ellos aprendan a alabar a Dios con su balbuceo infantil. Luego atienden a una lectura de las Sagradas

Escrituras, y al cabo de media hora concluyen la reunión cantando un himno, aunque pueden dilatarse un poco más si es uno de esos días señalados en los que se conmemora un favor especial otorgado por la gracia de Dios. Estas festividades se celebran en los amplios salones que hay dentro de las torres, donde cada uno tiene asignado su lugar. Nada hay más digno de cristianos que estas prácticas, pues mientras nosotros solemos rezar en secreto nuestras mejores plegarias a Dios, ellos en su comunión de espíritus y oraciones crean un sonido que resulta particularmente grato a Dios y tiene gran eficacia. Quienes se olvidan de estos asuntos quizá confían demasiado en su salvación, pero los que aguardan el día en que se congregarán los santos disponen sus cosas en este mundo de acuerdo con la patria celestial, y por tanto prestan más solicitud y ahínco en sus alabanzas a Dios que en cualquier otra cosa. Así también son dichosos y prudentes quienes aquí en la tierra se anticipan a los primeros frutos de una vida que esperan sea eterna, y desdichadamente necios quienes dan por concluida su vida cuando se acaban las aflicciones de la mortalidad.

XV LA COMIDA

Todos ellos toman sus comidas en privado, si bien los alimentos provienen de los almacenes públicos. Dado que las molestias y el barullo serían casi inevitables si tuvieran que comer juntos tantos comensales, prefieren que cada uno se reúna con los suyos a comer en la privacidad de su casa. De la misma manera que los alimentos se distribuyen de acuerdo con las peculiaridades del año, así también las raciones semanales varían según el número de las familias. El suministro de vino, sin embargo, es para medio año, o para más tiempo si las condiciones lo permiten. Obtienen la carne fresca de las carnicerías, tomando de ella la porción que tengan asignada. El pescado, al igual que la carne de caza y de diversas aves, se distribuye en forma proporcionada teniendo en cuenta la temporada y las edades. Suelen servirse cuatro platos, que son preparados por las mujeres después de lavar muy bien los alimentos, y se les adereza con palabras muy sabias y piadosas. Si alguien desea traer invitados a casa puede hacerlo, en cuyo caso cada uno aporta sus alimentos, o bien, si se trata de un extranjero, acuden a las reservas públicas para solicitar lo que sea menester. Y es que la cocina que ya he mencionado sirve al propósito de suministrar todo aquello que pueda exceder la ración habitual, siempre y cuando el decoro lo juzgue indispensable. La crianza de los niños mayores tiene lugar lejos del hogar, por lo que casi todas las familias se componen de cuatro, cinco, o con menor frecuencia seis miembros: el padre, la madre y un hijo o dos. Es muy raro encontrarse con sirvientes o sirvientas, pues sólo se les ve cuando hay que cuidar a un enfermo, una parturienta o un recién nacido. El marido y la mujer trabajan juntos en

las faenas diarias del hogar, y del resto se encargan los talleres públicos. Sobre los púberes de ambos sexos ya hablaremos más tarde. Por ahora sólo reflexionemos brevemente en la carga tan pesada de la que nos libraríamos si tan sólo pudiéramos desentendernos de las múltiples dificultades de conseguir la comida y la bebida, y de las turbaciones y preocupaciones de llenar nuestros estómagos cada día.

XVI LAS OCUPACIONES

Su trabajo o “el empleo de sus manos”, como ellos prefieren llamarlo, se lleva a cabo siguiendo unas formas preestablecidas, y todo lo que producen lo trasladan a un local público. Cada trabajador se provee aquí de todo lo necesario para las labores de la semana siguiente, pues la ciudad entera es como un solo obrador, aunque un obrador de toda suerte de oficios. Los encargados de velar por el cumplimiento de estas tareas están apostados en las torres bajas de las esquinas de la muralla; ellos saben con antelación qué se ha de hacer, cuánto y de qué modo, y se lo imparten a los obreros que realizan las labores mecánicas que correspondan. Cuando el local de suministro ya está suficientemente abastecido, entonces se les permite a los obreros dar rienda suelta a su genio de inventores. Nadie posee dinero, y no serviría de nada a ningún individuo, pero la república cuenta con su propio erario. En esto son muy afortunados los habitantes, pues ninguno está por encima del otro debido a las riquezas que posee, sino que obtiene ventajas según sea su empuje y su ingenio, y se le respeta más según sea su sentido de la moral y su devoción. Tienen muy pocas horas de trabajo, mas no por ello se produce menos que en otras partes, pues todos ven como una deshonra que alguien disponga de más tiempo de descanso y esparcimiento del que está permitido. Si en otros lugares sucede que diez trabajadores a duras penas logran mantener a un ocioso, no es difícil de imaginar que, trabajando todos ellos, sin duda habría de sobrarles un poco de tiempo para dedicarlo al ocio. Pero cuando ellos se arriman juntos a trabajar, lo hacen de tal manera que su cuerpo físico más parece beneficiarse que deteriorarse. Al no haber esclavitud, el cuerpo humano no sufre ninguna pesadumbre que lo agobie o lo debilite. ¿Acaso alguien duda que cuando se cuenta con el favor de Dios todo se hace con mayor fuerza, brío, facilidad y acierto, mientras que cuando se va en contra de los designios y el favor de Dios no se hace más que acumular edificios ruinosos e inútiles?

XVII LAS VACACIONES

No está de más que echemos un vistazo a la forma en que los habitantes de Cristianópolis aprovechan sus ratos libres o, mejor dicho, los respiros que se les conceden. Cuando ya han hecho de muy buena gana lo suficiente para satisfacer los requisitos de la piedad, el patriotismo y la literatura, y han ejercitado sus cuerpos en las artes mecánicas de acuerdo con la época del año, se toman una temporada de reposo y calma, que puede ser larga o corta. Estas vacaciones, dicen, son menos para la carne que para el espíritu, más para el alma que para el cuerpo. A fin de sacudirse el polvo de la tierra, es indispensable volver sobre uno mismo tantas veces como sea posible; para reaprovisionar nuestras mentes con propósitos nobles y combatir el vicio, es necesario comenzar de nuevo; y para revitalizar las facultades cansadas del alma y agudizar el ingenio, debemos situarnos de pie junto a la piedra de afilar o incluso sentarnos sobre ella. No esperes, por tanto, encontrar en los descansos de esta nación las diversiones de los necios o el alboroto de los viajeros sin rumbo, sino más bien un relajamiento del espíritu, concentrado en un sólo propósito, y sobre todo una reflexión sobre las cosas que nos preservan para la vida futura y nos impiden pensar en algo máspreciado o sublime que Dios. Así, en estas horas de esparcimiento es común ver a los ciudadanos sumidos en el más absoluto sosiego, aplicándose muchos de ellos en alguno de los ritos sagrados, o ayudando al prójimo a cargar con su cruz o, sobre todo, instruyéndose unos a otros en las conversaciones cristianas. ¡Ay, cuán diferentes de aquellos que se debaten en este mundo, acuciados por Satanás, que fatigan su espíritu y relajan su carne, que bregan en el fango y descansan en la inmundicia! Nunca están menos consigo mismos que cuando están solos. ¿Cómo podrían éstos escuchar al Señor cuando habla entre nosotros? ¿Cómo podrían acometer proeza alguna de varonil arrojo? ¿Cómo podrían dar a luz nuevas criaturas del ingenio o descubrir nuevos inventos, si entre el barullo de los demás y el de ellos mismos se vuelven sordos y tiesos?

XVIII LAS RECOMPENSAS

Ahora, me parece, te estarás preguntando qué beneficio puede sacar de vivir en esta ciudad una persona de buenas costumbres y talento sobresaliente, siendo que no se ha dicho nada de las recompensas. Pues bien, los de la Cristiana Ciudad resuelven la cuestión muy fácilmente, ya que complacer a Dios es gloria y ganancia suficiente. Aun así, no faltan los alicientes del Espíritu Santo, ya que los hechos de los hijos de Dios son en verdad tan importantes para estos ciudadanos, se los ensalza tantas veces y se inculcan de tantas maneras en las mentes de los jóvenes, que las naturalezas generosas arden en deseos de imitarlos. Además, el placer de saber que se ha obrado bien, la dignidad de una naturaleza que se sobrepone a las tinieblas, la grandeza del dominio

sobre las pasiones y, sobre todo, el inefable gozo de estar en compañía de los santos se apoderan tan profundamente de un espíritu refinado que desaparece en él cualquier temor a renunciar a los placeres terrenales. Aun si un cristiano pudiera tener sus motivos para aceptar privilegios por encima de los demás, aquí la única prerrogativa es la virtud, y ésta se mide en el siguiente orden: la devoción a Dios es lo más digno de mérito, luego viene la moderación, después el carácter apacible y, por último, la fuerza humana. Cuanto más cerca esté uno a la voluntad de Dios, más idóneo será considerado para gobernar a los demás. Pero el mundo invierte este orden: apenas si toma en cuenta la experiencia de una vida llena de bondades y en cambio aguza el oído a las flautas de la vanidad, con lo cual pone a la mente y al cuerpo en manos del guía más torpe. Así, no es de extrañar que ya no sepamos ni lo que queremos ni lo que no queremos, y que los líderes ciegos, por más luz que prometan, sigan a otro mucho más ciego hasta las oscuridades del abismo.

XIX LOS CASTIGOS

De la misma forma podría decirse que los castigos no tienen razón de ser en un lugar donde se aloja el mismísimo santuario de Dios y su Estado elegido, y donde la libertad cristiana no tolera los mandatos, ya no digamos las amenazas, sino que tiende voluntariamente hacia Cristo. Debe admitirse, sin embargo, que en ninguna parte es posible vencer del todo a la carne. Si ésta no hace caso de las advertencias reiteradas (y si fuera necesario, de las correcciones severas), serán menester flagelos más recios para someterla. A este efecto se dispone de los remedios adecuados, pero no de cualquier índole, sino escogidos con arreglo a cada individuo. Porque es bien cierto que si uno deja de alimentar sus apetitos carnales, o si alivia los escozores de la lujuria a garrotazos, pueden remediarse muchos males. El arte de las artes consiste en no permitir que cualquiera pueda cometer un pecado con facilidad. Por lo demás, descargar la furia contra una persona después de haber apedreado sus ruinas no es más que un acto de inquina. Comoquiera que sea, los jueces de esta Cristiana Ciudad ponen especial empeño en castigar con la mayor dureza las acciones impías que atentan directamente contra Dios, con menor dureza las que lesionan a los hombres y con cierta benevolencia las que sólo dañan los bienes. Muy al contrario de lo que hace el mundo, que castiga con harta mayor severidad a un ladronzuelo que a un blasfemo o a un adúltero. Los ciudadanos cristianos, poco dados a derramar sangre, son muy renuentes a castigar los crímenes con la muerte; pero el mundo, pródigo incluso con la sangre fraterna, pronuncia descaradamente la primera sentencia que le viene a los labios y se escuda en el subterfugio de que no ha sido él personalmente sino uno de los servidores de la ley quien

ha empleado la espada, la soga, la rueda o el fuego. Bonita lógica la de un gobierno que, Cristo sea mi testigo, ve ladrones en los disolutos, adúlteros en los inmoderados, homicidas en los haraganes, brujas en las cortesanas ¡tan sólo porque necesita la sangre de otros para expiarse ante Dios! Mucho más humano es arrancar los elementos primigenios y las raíces del vicio que cortar los tallos maduros. Porque cualquiera puede destruir a un hombre, pero sólo el mejor puede reformarlo.

XX LA NOBLEZA

En esta república, los títulos heredados y la sangre no valen para nada excepto si vienen acompañados de la virtud. Cuando alguien lo amerita, se le concede ciertamente el rango más elevado y recibe muchas condecoraciones, pero la ventaja que obtienen sus hijos sobre los demás consiste en que el ejemplo familiar se utilizará más a menudo para amonestarlos, y de este modo se les inculca la herencia de la virtud. Porque a aquellos que la poseen es posible guiarlos con mayor facilidad a la honrosa memoria de sus progenitores, siempre y cuando su libertad de elección no vaya en detrimento de una nueva virtud. Por eso debemos honrar a quienes destacan en la vida gracias a la ayuda de Dios, motor primero de todas las virtudes, y encomendarles la dirección del Estado. Pero resulta evidente que los dones del cielo prosperan en un lugar y se malogran en otro, lo cual demuestra que sobresalir no es un mérito humano, ni tampoco es algo que se repartan unos pocos hombres, sino que es una elección del cielo. No hace falta decir lo equivocados que están aquellos que, apoyándose en los privilegios de su preeminencia familiar, a menudo se toman la libertad de pecar y se prestan a la corrupción, al grado que es cosa admirable si los descendientes de un linaje heroico no acaban por estropearse. Pues así como los padres suben al alto bastión de la virtud tras escalar la dificultosa cuesta del trabajo, así los hijos muchas veces se dejan caer por los laberintos del placer desmedido y acaban sumergidos en las profundidades del vicio. Si por una vez volvieran la vista atrás o reparasen en los asuntos de los mortales, no volverían a consentir jamás que aquello que los hacía recomendables ante Dios y los hombres deviniera, por el desenfreno de los placeres y los estragos de los aduladores, el camino más seguro a la perdición del cuerpo y del alma.

XXI LOS OFICIALES⁵

Esta parte central del Estado está dirigida por ocho hombres, cada uno de los cuales vive

en una de las ocho torres más prominentes. Bajo ellos están subordinados otros ocho, que se reparten las ocho torres menores. A todos ellos los mueve un ánimo más paternal que señorial, y quienes están bajo su autoridad sienten hacia ellos más respeto que temor. Porque todo aquello que mandan hacer a los demás es lo mismo que ellos hacen, y su ejemplo se sigue no menos que sus palabras. Nada más fácil que la imitación bajo condiciones como éstas, ni nada más natural que seguir el ejemplo cuando el único que censura es el que está más allá de la crítica, el único que instruye es el que ha estudiado y la norma misma es el precepto. Aquel que trajo por primera vez al mundo la violencia y el desprecio, no era en absoluto divino. Dios se acerca a los suyos y ellos se acercan a Él; Dios es escuchado por ellos y Él a su vez los escucha. Nuestra mutua adoración y desprecio no sólo es cosa prohibida, siendo que somos vasijas del mismo barro, sino que además es del todo indecorosa. Como en la Cristiana República todas las cosas se remiten a Dios, no hacen falta los secretos ni los consejos de Estado, tan gratos a Satanás en su reino. Aquí todo se hace abiertamente, y esto en verdad nos da ocasión para temer a Dios y amar al prójimo, lo cual constituye la cúspide tanto de la sociedad humana como de la ley divina. ¿Qué van a responder a esto los que convierten la religión, la justicia y la convivencia humana en verdaderas cadenas, grilletes y prisiones, y que, con ceño fruncido, ropajes envenenados, lengua zalamera, corazón de piedra y manos ávidas, no se contentan con gobernar hombres sino que buscan sojuzgar bestias, llenando volúmenes enteros con semejantes monstruosidades? Ni la ley de Dios ni los evangelios de Cristo se prestan a confusiones, y nunca encomian el dominio humano entre sus fieles, sino que inculcan en todo momento una comunión fraterna para todos. Al renunciar a estos principios la Iglesia se ha vuelto más rica y más temible, pero de ningún modo más santa, pues ni siquiera en su último intento de purificarse se dejó convencer de que debía renunciar a la arrogancia y la crueldad, ni fue posible persuadir a sus curas de la necesidad de un gobierno más razonable. Y es así como el cristiano, afligido en medio del cristianismo, no puede ni dar órdenes ni obedecerlas como sería oportuno.

XXII LAS OBRAS PÚBLICAS

También hay deberes públicos que son obligatorios para todos los ciudadanos y que incluyen la vigilancia, las guardias, la cosecha de granos, la vendimia, el empedrado de caminos, la construcción de edificios, el drenaje de las tierras, así como ciertas labores de ayudantía por turnos en los talleres que son impuestas a todos de acuerdo con su edad y su sexo, si bien son poco frecuentes y no muy prolongadas. Aunque todas las actividades están a cargo de gente experimentada, cuando hacen falta hombres nadie rehúsa al Estado sus servicios y sus fuerzas. Porque lo que nosotros somos en nuestros hogares

ellos lo son en su ciudad, a la que, no sin razón, ellos ven como su hogar. Y por eso ningún quehacer público es visto como una deshonra, a menos que sea indecente. De ahí que todos los trabajos, aun si parecen un poco pesados, se concluyan pronto y sin demasiada dificultad, pues la presteza con que acuden multitudes de voluntarios permite acumular o distribuir cantidades ingentes de material. Si es harto evidente que a todos y cada uno de nosotros nos placería regocijarnos y gozar de los privilegios y beneficios de vivir en comunidad, ¿quién va a negar que la pesadumbre y los trabajos casi siempre son impuestos a unos pocos, mientras la mayoría se entrega a una vida de ocio y gula? Y por el contrario, ¿quién rebatirá que cada ciudadano, desde su propio lugar y rango, tiene la obligación de prestar sus mejores esfuerzos a la república, empleando para ello no sólo la lengua sino hasta las manos y los hombros? Guiándose por un falso refinamiento, los hombres carnales evitan todo contacto con la tierra, el agua, las piedras, el carbón y otras cosas semejantes, y en cambio se deleitan jugando con sus caballos, perros, prostitutas y otras criaturas de su propiedad. A todo esto los habitantes de Cristianópolis responden con risas, y muy justificadamente, pues sus blasones no ostentan por todas partes los instrumentos de la ferocidad y el boato, sino los del altruismo y el trabajo, y de este modo consiguen que los otros confiesen su propia vanidad y brutalidad.

XXIII LAS CASAS

Nadie posee un hogar privado, sino que las casas son concedidas y asignadas a cada habitante para su uso; pero si el Estado lo dispone, se mudan fácilmente. Casi todas las casas se construyen a partir de un mismo modelo, están bien cuidadas y sobre todo limpias de cualquier impureza. Por lo común se componen de tres piezas, un baño, un dormitorio y una cocina, estando estas dos últimas casi siempre separadas por un tabique. En la parte central del interior de las torres hay un espacio abierto con una amplia ventana por la que se suben e introducen la leña y otros fardos pesados mediante poleas. La casa tiene una sola puerta, de la que se hace responsable el jefe de la casa. Por ella se accede a la terraza, donde es posible ascender tanto por las torres como por unas escaleras espirales. A este efecto, examine el lector con atención el diagrama, ya que describir los detalles nos llevaría demasiado tiempo. Detrás de cada vivienda hay un huerto, que cuidan con esmero y buen gusto, sabiendo que contribuye a la salud y a la fragancia. El techo tiene un propósito comunitario, pues los muros escalonados que lo aíslan suelen servir de barrera contra el fuego, mientras que los canales de desagüe pasan libremente por debajo. Las ventanas de las viviendas son dobles, una de vidrio y otra de madera, y están incrustadas en la pared de tal forma que una y otra se pueden abrir o cerrar por separado. Hay bodegas de uso privado, pero son pequeñas porque no

necesitan guardar mucho en ellas. Así, todo lo que en el mundo hay de despilfarro y de lastre, ellos lo encogen para meterlo en lo que podríamos llamar una concha muy práctica, donde no falta de nada para cobijar al hombre y resguardar sus pertenencias. El mantenimiento de las casas se hace a expensas del Estado, cuyos inspectores comprueban meticulosamente que nada se destruya o modifique sin justificación. El fuego apenas podría causar daños o incluso penetrar y expandirse. Al frío lo combaten encendiendo hornos; al calor, poniendo sombras. Desdichados aquellos que creían haberse construido moradas duraderas aquí, tan sólo para descubrir, demasiado tarde, que trabajaban en la sombra para otros y que nunca estuvieron en su propio hogar, ni siquiera en su propio cuerpo. ¡Pero más infelices aún si Cristo pasa de largo junto a sus palacios funestos para entrar en las chozas de los pobres!

XXIV LOS ENSERES DOMÉSTICOS

Fácil es de suponer cuáles sean su mobiliario y enseres, pues no poseen nada más allá de lo indispensable, que es muy poco. Las camas tanto de la familia como de los huéspedes son cómodas, limpias y bien provistas. Sábanas, mantelería, ropa blanca y tocados están siempre limpios merced a la pulcritud de las mujeres. Hay suficiente vajilla para la mesa y utensilios para la cocina. ¿De qué sirve poseer gran cantidad de objetos si en el almacén público cabe abastecerte de todo cuanto puedas razonablemente desear? Tienen sólo dos juegos de vestidos, uno para el trabajo y otro para las vacaciones; son idénticos para todas las clases, aunque la forma varía según el sexo y la edad. Los de verano están hechos de lino y los de invierno de lana, todos ellos de color blanco o cenizo; nadie viste prendas sofisticadas u ornadas. Las copas de las que beben son casi todas de vidrio, aunque algunas son de estaño y el resto de azófar. Más adelante hablaremos de las armas y las letras. Está claro que todos estos artículos no requieren más cuidado que el de su limpieza, son fáciles de conservar y apenas generan gastos; pero no por ello son menos eficaces que los escondrijos, cuevas, arcones y demás formas de aprisionar las riquezas de este mundo. Si necesitas alguna herramienta aparte de las de empleo cotidiano, puedes conseguirla en el almacén, ya que las herramientas de uso público y privado abundan en un Estado en el que todos son artesanos. Vergüenza debería de darles a todos aquellos que, holgazanes entre las multitudes, se ensoberbecen porque poseen toda suerte de vasijas y herramientas, pero no hacen absolutamente nada si no es a través de las manos, ojos y oídos de otras personas, de la misma forma en que acumulan sus riquezas con vana solicitud. Estos infelices amasan un revoltijo de objetos múltiples con la esperanza de apoyarse en ellos cual si fueran zancos, para elevarse del suelo y aparentar que son sublimes. Pero no hacen más que el ridículo con sus vanos intentos de andar por la tierra

y volar al cielo.

XXV EL ALUMBRADO NOCTURNO

No permiten que la noche sea oscura, sino que la iluminan con linternas encendidas que ofrecen seguridad a la ciudad y ahuyentan a los merodeadores, amén de hacer más llevaderas las guardias nocturnas. De este modo también oponen resistencia al oscuro reino de Satanás y sus nefastas distracciones, y mantienen intacto en sus memorias el recuerdo de la luz eterna. Lo que pueda pensar el Anticristo ante tal congregación de cirios sólo a él le incumbe. No repudiamos nosotros una costumbre tan sólo porque mitiga el miedo de los hombres a trabajar en la oscuridad de la noche y retira el velo que nuestra carne preferiría mantener sobre el libertinaje y la depravación. Tampoco hay motivos para pensar en gastos, dado que en otros asuntos los ciudadanos son sumamente ahorradores, mientras que en otras partes casi todo se hace con el mayor despilfarro. ¡Ay, si prestáramos un poco más de atención a las luces no daríamos ocasión a tantas maldades de todo género, ni a tantos timadores! ¡Ojalá encendiéramos más a menudo la luz de nuestros corazones y no pretendiésemos engañar tantas veces la mirada de Dios, que todo lo escruta! Si ahora las tinieblas le sirven de excusa al mundo para abandonarse a toda suerte de vilezas y lo ciegan a todo aquello de lo que se avergüenza, ¿qué pasará cuando regrese Cristo, el Sol, a disipar todas las tinieblas y se desvele la corrupción que oculta el mundo bajo tantos mantos, cuando la lascivia del corazón, la hipocresía de los labios, la argucia de las manos y tantas otras maldades se conviertan en motivo de vergüenza para sí mismas y de escarnio para los elegidos?

XXVI EL COLEGIO

Ha llegado el momento de adentrarnos en el santuario más profundo de la ciudad, al que bien podríamos llamar el núcleo activo del Estado. Es cuadrado, mide doscientos setenta pies por fuera y ciento noventa por dentro, lo delimitan cuatro torres en las esquinas y lo cruzan otras tantas, unas frente a las otras, y está rodeado por una doble hilera de huertos. La construcción en su conjunto tiene cuatro pisos, que se elevan respectivamente a una altura de doce, once, diez y nueve pies, y las torres se alzan por encima aún otros ocho pies. Hacia el interior, dando a la plaza pública, hay un pórtico descubierta muy vistoso con setenta y dos columnas. Aquí es donde tienen su sede la religión, la justicia y la erudición, que rigen sobre la ciudad con la asistencia de su

intérprete, la elocuencia. Jamás he visto concentrarse tanta perfección humana en un solo sitio, como admitirás una vez que oigas los pormenores del lugar. Con frecuencia me pregunto qué pretenden aquellos que separan y disgregan sus facultades más excelsas, cuando la reunión de todas ellas podría bendecirlos tanto como es posible en esta tierra. Unos pretenden ser religiosos, pero se desprenden de todo lo humano, a otros les place mandar, pero carecen de toda religión, y la erudición cacarea las virtudes de unos y otros, pero nunca los aplaude tanto como a sí misma. Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa puede hacer la lengua sino irritar a Dios, confundir a los hombres y destruirse a sí misma? Bien se ve que es necesaria la cooperación, que sólo puede ser concedida por el cristianismo: porque el cristianismo concilia a Dios con los hombres, y une a los hombres unos con otros, para que abriguen pensamientos piadosos, realicen obras de bondad, conozcan la verdad y mueran al fin dichosos de alcanzar la vida eterna. Cooperemos unos con otros de una vez por todas, no sea que acabemos desunidos para toda la eternidad.

XXVII EL TRIUNVIRATO

Veamos ahora por qué prefieren la aristocracia a la monarquía. Si bien la monarquía posee muchas ventajas, ellos prefieren reservar esta dignidad para Cristo, y desconfían, no sin razón, del dominio que el ser humano ejerce sobre sí mismo. Cristo no tolera un representante tan absoluto, pues un hombre que se encumbra tan alto ya no mirará más hacia el cielo sino hacia la tierra. Nada nos toca más de cerca que nuestras propias experiencias, y éstas serán tanto más amargas cuanto más proclives seamos a la tiranía y a la debilidad de carácter. El triunvirato es la forma de gobierno más estable en al menos un aspecto: sólo admite en su seno a los mejores de la república y a los más experimentados en los asuntos públicos, pues para llegar hasta allí es necesario ascender por todos y cada uno de los peldaños de la virtud. Cada dirigente cumple sus propias obligaciones, pero no sin el conocimiento de los otros, y cuando se trata de cuestiones que afectan a la seguridad del Estado, deliberan juntos. Cada uno tiene su propio senado, pero se reúnen en ciertas fechas para alcanzar un acuerdo entre todos sobre las decisiones más importantes. Como cabe esperar, todos deben ser hombres leales, prudentes y sabios, pero sólo algunos son nombrados para estos menesteres o descuellan por su exactitud. El canciller es quien anuncia todas las determinaciones de los senadores, las transmite y las divulga. Debe por tanto ser un hombre en extremo circunspecto y fiable. No es lugar para resolver litigios, pues entre los ciudadanos no hay disputa tan grande que no pueda dirimirse por la mediación de los tribunos. En cambio, los asuntos relacionados con la verdad de la religión cristiana, el cultivo de las virtudes, los métodos para mejorar el intelecto, así como las disposiciones relativas a los tratados, la guerra, las

negociaciones, la construcción y las vituallas, todo ello se debate con una gran libertad, no exenta de modestia, y ponderando los dones de Dios en su justa medida. Y es así que se les ve tratar los asuntos más graves con gran serenidad, cuando otros pueblos arman un revuelo y se angustian por naderías, mostrando de este modo claramente su vanidad, y se imponen a sí mismos dificultades que ellos mismos se buscan, o que inventan donde no las hay, a fin de sobrellevarlas como un gran tormento.

XXVIII LA RELIGIÓN

Habiendo visto todo esto, bien podría yo haber sospechado que este lugar no fuera sino una ciudad de fanáticos, puesto que en el mundo todo lo que aspira al cielo es herético. De tal error me libró, sin embargo, una doble estela en la que estaba inscrito, en letras de oro, un compendio de sus creencias y su profesión de fe. Lo que decían las palabras de la estela lo he copiado y es como sigue:

- I. Creemos de todo corazón en un solo Dios, que es uno y trino, muy bondadoso y muy sabio, grande y eterno: el Padre, que creó al mundo de la nada, y lo preserva, mueve y dirige; cuyos ministros son los ángeles buenos; contra quien se rebeló Satanás, el maldito; que se deleita en el hombre, otrora imagen divina y príncipe del mundo; que detesta el pecado; cuyos intérpretes de la sabiduría son las Escrituras, resumen de todo lo que es virtuoso; y cuyo amor bondadoso se hizo manifiesto en la entrega de su Hijo.
- II. Creemos de todo corazón en Jesucristo, hijo de Dios y de María, uno solo con el Padre y sin embargo nuestro semejante, nuestro Redentor, unidas en su persona dos naturalezas y participando de ambas, nuestro Profeta, Rey y Sacerdote, cuya ley es la gracia, cuyo cetro es la paz, cuyo sacrificio es la cruz.
- III. Creemos en la regeneración del Espíritu, la confesión del pecado y la fraternidad de nuestra carne con Él y en Él, y en la restitución de la dignidad, perdida por la caída de Adán.
- IV. Creemos que con su vida, padecimiento y muerte satisfizo la justicia de Dios, para que con nosotros fuese la misericordia, la cual nos llegó a través de los Evangelios, otorgada a nuestra fe, confiada a la pureza de la vida, y que por ello el dominio del pecado fue crucificado, muerto y enterrado.

v. Creemos que el reino del infierno y el veneno de la muerte han sido aniquilados, y que con la victoria de la resurrección nos ha sido restituida la seguridad al abrigo de Dios.

vi. Creemos en el reino infinito y eterno de Cristo, en donde, erguido a la derecha del Padre Omnipotente y Omnipresente, se muestra Él ante su Iglesia, a la cual alimenta, protege y vivifica, ora en lo espiritual con su palabra, ora en los hechos con su carne y su sangre.

vii. Creemos en su juicio final, que pronunciará con majestad suprema a todos los hombres, buenos y malos, y en el cual distinguirá lo justo de lo injusto con el rigor más absoluto.

viii. Creemos de todo corazón en el Espíritu Santo, nuestro consuelo y Maestro, por el cual somos santificados, alentados y bien provistos una vez que pasamos de la libertad al buen obrar; por el cual somos hechos sabios por encima de la naturaleza, armados contra ella y reconciliados con ella; por el cual se enciende nuestro ánimo, y nos unimos y nos dividimos en lenguas; por el cual vemos y escuchamos el pasado, el presente y el futuro en su justa correlación; por el cual discernimos la Palabra de Dios.

ix. Creemos en una Iglesia santa y universal, purificada desde su infancia por el agua del bautismo y alimentada por la comunión de la eucaristía, que es resguardada así por los sellos de la nueva alianza, instruida en el ministerio de la palabra, disciplinada bajo la cruz, presta en las oraciones, activa en la caridad, generosa en la comunión, rotunda en la excomunión, y que, no obstante hallarse dispersa en la tierra, se reúne en la unidad de la fe, se acrecienta en la diversidad de sus dones, se vuelve invicta en Cristo, esposo y cabeza, y se embellece con el mantenimiento de los estamentos y la pureza del matrimonio.

x. Creemos en la libre absolución de todos los pecados por el ministerio de la Palabra, y en la consiguiente obligación de nuestra gratitud y obediencia.

xi. Creemos en la resurrección general de la carne humana, tan anhelada por los creyentes que la muerte natural les parece muy deseable, tan atroz para los sacrílegos que la vida natural les resulta horrenda.

xii. Creemos en una vida eterna, por la que recibiremos la luz perfecta, las habilidades, el sosiego, la sabiduría, la abundancia y la alegría; por la que además

será reprimida la maldad de Satanás, la impureza del mundo y la corrupción de los hombres; por la que el bien será para los buenos y el mal para los malos, y la gloria visible de la Santísima Trinidad será nuestra por siempre.

XXIX

LA ORGANIZACIÓN DEL ESTADO⁶

Hasta aquí se nos ha permitido escuchar sobre la religión, pero en la otra estela se prescriben las normas de la vida cotidiana con las siguientes palabras:

I. Procuramos con todas nuestras fuerzas someternos a Dios, fundador y rector del género humano, en nuestra más absoluta devoción y adoración; no anteponer a Él nada celeste ni terreno, y remitir toda nuestra vida y nuestras obras a su gloria, y con su ayuda vencer.

II. Procuramos no ofender nunca el santo nombre de Dios con ninguna blasfemia, ni indisponerlo jamás con la más mínima queja, ni deshonrarlo con minucias, ni descuidarlo por desidia; y procuramos acercarnos con veneración a los santísimos misterios de nuestra salvación.

III. Procuramos siempre tener asueto para nuestro Dios, descansar de las turbaciones ansiadas por la carne y disponer de un santuario de paz para la Trinidad, un alojamiento puro para el prójimo, un lugar de respiro para las criaturas, y consagrar nuestro tiempo únicamente a la Palabra Divina.

IV. Procuramos guardar y expresar amor a nuestros padres, respeto a nuestros superiores, discreción a nuestros iguales, modestia a quienes gozan de confianza, laboriosidad a la república y un buen ejemplo a la posteridad, y cumplir las obligaciones del amor cristiano con afecto mutuo.

V. Procuramos contener nuestra ira, refrenar nuestra impaciencia, apreciar la sangre humana, olvidar la venganza, detestar la envidia, e imitar el dulcísimo corazón de Cristo.

VI. Procuramos ser protectores de la inocencia de la juventud, la virginidad de las doncellas, la pureza del matrimonio, la irreprochable continencia de la viudez, y dominar la lujuria y la ebriedad mediante la abstinencia y el ayuno de la carne.

VII. Procuramos aprovechar los bienes que Dios nos confía con la mayor diligencia, serenidad, propiedad y agradecimiento, y acometer su adquisición y distribución con la mayor equidad, su uso con la mayor modestia y su conservación con la mayor cautela.

VIII. Procuramos difundir con generosidad y exactitud la luz de la verdad, la pureza de la conciencia, la integridad del testimonio, y venerar la presencia de Dios en todo tiempo y lugar, proteger a los inocentes y condenar a los culpables.

IX. Procuramos no entrometernos en lo ajeno, ni confundir lo divino con lo humano, resignarnos a lo que nos toca en suerte, residir en nuestras casas en paz y despreciar la morada pasajera del mundo.

X. Procuramos que nuestra convivencia sea de tal forma que cada uno posea y mantenga sus propios haberes, y que ninguno codicie lo del otro en vez de ordenar sus propias cosas y consagrarlas a la gloria de Dios y a la defensa de las cosas públicas.

Al leer estas estelas me reafirmé, y no poco, en mi convencimiento de que se trataba de un pueblo de Cristo, cuya religión era acorde con la de los apóstoles y su forma de gobierno con la ley de Dios. Aunque los seudocristianos pueden alardear de estas dos cualidades, quien tenga el trato más ocasional con ellos se percatará de inmediato de que emplean palabras divinas, pero actúan con secreta desafección; su confesión es honorable, pero su confusión es terrible; y se verá claramente que la fórmula que tienen para la concordia no es con frecuencia más que una vía a la discordia. Mientras tanto, continúan afligiendo sus carnes, pero no aceptan la mano auxiliadora de Dios ni las reprimendas del Espíritu.

XXX

EL PASTOR O PRESBITERO⁷

Tras salir de ese recinto me condujeron hasta el sacerdote principal, no un pontífice romano, de ninguna manera, pero en cualquier caso un cristiano. Este hombre de venerable senectud, llamado Abialdon, tenía un rostro que irradiaba una divinidad auténtica. No hay nadie más experto ni más experimentado en la Palabra Sagrada que él. Cuando me habló con tanta gracia y fervor, reconocí en él al emisario y mediador de Dios, tal era su desapego por las cosas visibles de este mundo. Al dirigirle la palabra quise honrarlo usando diversos epítetos, como es costumbre entre nosotros, pero él, en su

desdén por los desvaríos terrenales, no quiso consentirlo y me dijo que para su honra le bastaba con que lo tratara como a un siervo de Dios y mi padre espiritual. Dicen que lo ilumina Dios muy a menudo, y entonces vaticina cosas insólitas, pero lo hace con la mayor modestia de espíritu. Sólo una vez a la semana, los domingos, se pronuncia ante el pueblo para instruirlo con una elocuencia divina; y, según admiten, al escucharlo sienten dentro de ellos un impulso de hacer el bien. Le avergüenza aconsejar a los demás hacer algo que él nunca ha hecho. Por eso, cuando está de pie ante el pueblo, incluso callando los instruye. Dedicó todo su tiempo a las meditaciones sagradas y sobre todo a sus esfuerzos por fortalecer la fe cristiana, sin buscar más refrigerio que los alimentos del cielo. Cuando me bendijo, sentí dentro de mí una calidez que permeó todo mi ser. En verdad, esta teología auténtica es más eficaz que las afirmaciones de muchos hombres mundanos. Me sonrojé al recordar el orgullo, la avaricia, la envidia y la embriaguez de ciertas personas, además de otros pecados que aquejan a nuestra sagrada orden. Podrías pensar que no creen en aquellas cosas que persuaden a los demás para que crean, si es que das por sentado que han aprendido a persuadir a cualquiera. Estando bajo su favor, quedé muy complacido con Abialdon, hombre fervoroso en espíritu pero comedido en la carne, amante del cielo pero ajeno a los asuntos de este mundo, profuso en las obras, parco en las palabras, ebrio de Dios, abstemio del deleite sensual, vigilante con el rebaño, negligente consigo mismo, el primero en merecimientos, el último en alardes.

XXXI LA CONCIENCIA

No voy a escatimar mis elogios a la mujer del pastor (pues resulta que es un hombre casado). Se llama Semidis, es una mujer muy distinguida que obedece hasta el último detalle las leyes de la piedad y la moderación. No se le escapa nada que pueda ser conveniente advertir a su marido. Muy perspicaz, no se deja engañar fácilmente; honrada, no engaña a los demás. Su rostro siempre está impassible y su espíritu sereno, pues sabe que es muy dichosa en el matrimonio. Ha bendecido a su esposo con numerosos y lozanos descendientes, entre los cuales hay dos hijas, Alethea y Parrhesia. Se ocupa de sus propios asuntos con dedicación y se siente orgullosa de su matrimonio, más allá de lo cual no tiene ningún anhelo. A fin de que nada salga mal por descuido, pone mucha diligencia en sus cosas y procura que todo esté limpio. Habla cuando tiene motivos para hacerlo, pero en las demás ocasiones prefiere permanecer callada. En todo cuanto requiera de habilidad y esmero no tiene rival, por eso las cortinas y los tapices del santuario han sido tejidas por sus manos. Cada vez que la recuerdo me producen horror las mujeres de este mundo, que o bien son escrupulosas hasta la superstición, o bien en extremo torpes; ora reprenden groseramente, ora confiesan las peores vilezas; ora

fruncen el gesto, ora se entregan a la lascivia y, para concluir, no dejan de dar buenos consejos a sus maridos, pero lo hacen siempre a deshora, y no los aman con sinceridad ni los atienden con desinterés. Tal es la liviandad de las conciencias de este mundo, que tras los bailoteos de la vanidad humana, cuando la miel de los vicios se ha vuelto amarga, no mudan de parecer ni se vuelven hacia Dios cuando todavía están a tiempo, sino que crean alboroto ladrando como perros y acuciando a otra gente a cometer actos desesperados. Dichosa esa santa matrona, que con su ejemplo nos ha demostrado que podemos ocuparnos por entero de nuestros propios asuntos y no obstante ser santos con el rostro alegre.

XXXII EL CURA O DIÁCONO

La iglesia de esta Cristiana Ciudad también tiene un diácono, de nombre Achban. Muy compenetrado con Abialdon, su deber consiste en educar a la juventud, administrar los sacramentos, officiar las ceremonias de matrimonio y dar consuelo a los enfermos. No es que el presbítero se desentienda de estos servicios, sino que el diácono los realiza con mayor frecuencia; no es que el superior se muestre desdeñoso con su colega, sino que éste lo trata con la mayor deferencia. Aquél no agobia o abrumba a éste con trabajos pesados, sino que éste lo apoya en todo; aquél no manda, sino que éste es obediente por naturaleza. Es la misma relación de afecto mutuo que se da entre un padre y su hijo, sólo que aquí la diferencia de edad es mínima. Ninguna fuerza manda con tanta eficacia ni obedece con tanto gusto como el amor. El diácono no es afecto a los cambios, ni tampoco comete el descuido de ufanarse. Sin embargo, se alegra cuando su padre espiritual le dice lo que Dios dispone, que es lo más conveniente para la Iglesia. Predica un sermón público a la mitad de la semana. No sé por qué este pueblo se congrega con menor frecuencia que los otros, aunque sospecho que es porque prefiere que los sermones sean más elaborados, cosa imposible si tuvieran que predicarse muchos en un periodo de tiempo determinado; pero esta carencia la compensa generosamente con sus oraciones y lecturas diarias. Del seminario de teólogos vienen algunos de sus estudiosos a leer en público las meditaciones piadosas de los siervos de Dios más ilustres, una costumbre que ellos tienen por muy avanzada en comparación con los conatos juveniles de otros pueblos. Debo decir que no me disgustó nada escuchar unas lecturas que se basan en algo más sólido y menos dudoso que la memoria. Sin duda, un hombre solo no se basta a sí mismo para escuchar al Espíritu Santo, contener sus pasiones, someter a los bárbaros, ocuparse de sus tareas, cuidar de su familia y ganarse el pan de cada día, y sin embargo es esto lo que el mundo exige a los clérigos de veinte años, y encima se les obliga a enfrentarse al hambre por temor a que les sobre tiempo para otras cosas. Hay

dos cuestiones que me desconciertan de los hombres, y es que hay quienes persuaden a los más jóvenes para que les confíen el cuidado de sus almas, y quienes se dejan persuadir para confiarles sus almas a los más jóvenes. Esto no me importaría si hubieran muchos como Timoteo, desde luego, pero veo tan pocos de éstos, y en cambio tanta maldad, que no puedo sino deplorar la suerte de la Iglesia, aquejada por la pereza y la osadía del mundo.

XXXIII EL JUEZ

Después me reuní con el segundo de los triunviros, llamado Abiefer, un hombre que nació para cumplir la regla de no hacer a nadie lo que no quiere que le hagan a él, y de procurar a los demás lo que desearía para sí mismo. No lo encumbraron su alcurnia ni sus riquezas, que bien poco valen aquí, sino su alma serena y pacífica. No lanza sus decretos como si estuviera aislado de todo y sentado sobre un trípode, ni fulmina a los ciudadanos con la mirada, sino que refulge sobre todos ellos como el sol naciente y lo ilumina todo. Para decirlo en breve: es el PATER FAMILIAS de la ciudad, y se regocija cuando lo llaman ministro de Cristo. Se encarga de velar por que se respeten las medidas, los pesos y los números, y de administrar la proporción exacta de las cosas. Todo aquello que se pueda hacer para someter las pasiones y sobreponerse a Adán por completo, él lo considera como parte de su cometido, y busca encauzarlo todo hacia la vida eterna. Porque en su opinión la mejor república es aquella que sigue los trazos del cielo con mayor exactitud, y, puesto que es muy religioso, cree que un Dios propicio es la salvación de la ciudad, y un Dios iracundo su ruina. Por eso pone empeño en que los ciudadanos no ofendan a la Divinidad con sus pecados, sino que más bien la apacigüen con los ornamentos de la fe. La ciudad se vuelve así invencible, si no se rinde antes a sus propios vicios. No permiten que ingrese la más mínima maldad, y, aunque no temen el influjo de Satanás, se apresuran a erradicarlo. Es imposible no extrañarse de la seguridad que reina en el mundo, que tolera el comercio público de los vicios y no teme el contagio; que ofrece abominaciones a Dios y no entiende su repulsa; que urde las peores argucias políticas y se jacta de ser una sociedad cristiana, y que se da por satisfecha cuando está claro que no ha de faltar quien la gobierne con gran pompa y fomento de todas las avaricias. Así como la Cristiana Ciudad es augusta y muy próspera merced a los desvelos de la justicia, así las ciudades terrenales se van marchitando día tras día bajo las debilidades de la iniquidad.





XXXIV EL ENTENDIMIENTO⁸

Te ruego ahora que escuches un par de cosas sobre su esposa. Jamás vi mujer menos crédula, jamás escuché conversación más profunda y discreta. Si ella cree en una cosa y la recalca, es porque sin duda debe ser cierta. Por eso no hay nada que ella haga sin un motivo, un motivo con el cual su marido esté de acuerdo. Tiene vista de águila, sus ojos aguantan la luz del sol y son capaces de ver muy lejos. No tolera los rumores necios y las falsedades que pregona el vulgo, y no acepta que se oculten las virtudes y se proclamen los vicios; no consiente que se restrinja la libertad y se relaje la obediencia, y no admite las prisas. Su marido no se avergüenza de discutir con ella los asuntos más graves; la escucha con gusto, aunque se reserva sus conclusiones. Si se pone demasiado curiosa en las cuestiones que sólo le competen a él, entonces la interrumpe y la exhorta a cuidarse del cielo y ocuparse de sus propios asuntos. Vive, pues, en paz y armonía bajo la guía de su esposo, todo un ejemplo para esos hombres que o bien se lo dicen todo a las mujeres o bien no les dicen nada. El que tiene por esposa a una filósofa lógica,⁹ no puede siquiera creer en Dios a menos que ella lo apruebe, y estará dispuesto a jurar que los parloteos de su mujer son la pura verdad; el que tiene por esposa a una ateniense, no admite nunca la más leve interrupción. En una república hay muchas cosas de lo más absurdas que se cometen simplemente porque se desconoce y se desaprueba el PORQUÉ. El mundo deposita su fe en los descreídos, sigue a los ciegos, teme mortalmente a los débiles, nutre a los perezosos y se entrega a sabe Dios cuántos otros despropósitos. Por tanto, no debería sentirse ofendido cuando se rían de él, antes al contrario, más le valdría mostrar gratitud hacia esos importunos parlanchines que no dejan de preguntarle por qué hace o consiente que se haga esto o aquello. El mundo nunca se lamentará de que alguien lo apremie a salir de la oscuridad a la luz, de la esclavitud a la libertad.

XXXV LA MEDIDA

Este segundo triunviro cuenta con la ayuda de Achitob, el economista del Estado, que se encarga de distribuir los recursos y las provisiones de los almacenes de tal forma que ningún individuo reciba menos de lo que en justeza le toque. No es ésta una tarea tan ingrata como parece, pues nadie se arroga prerrogativas ni pretende tener derecho a más alimentos de los que la temporada y las costumbres de la ciudad permitan, sino que todos abogan por un reparto equitativo, de modo que las cosas se distribuyen más rápido de

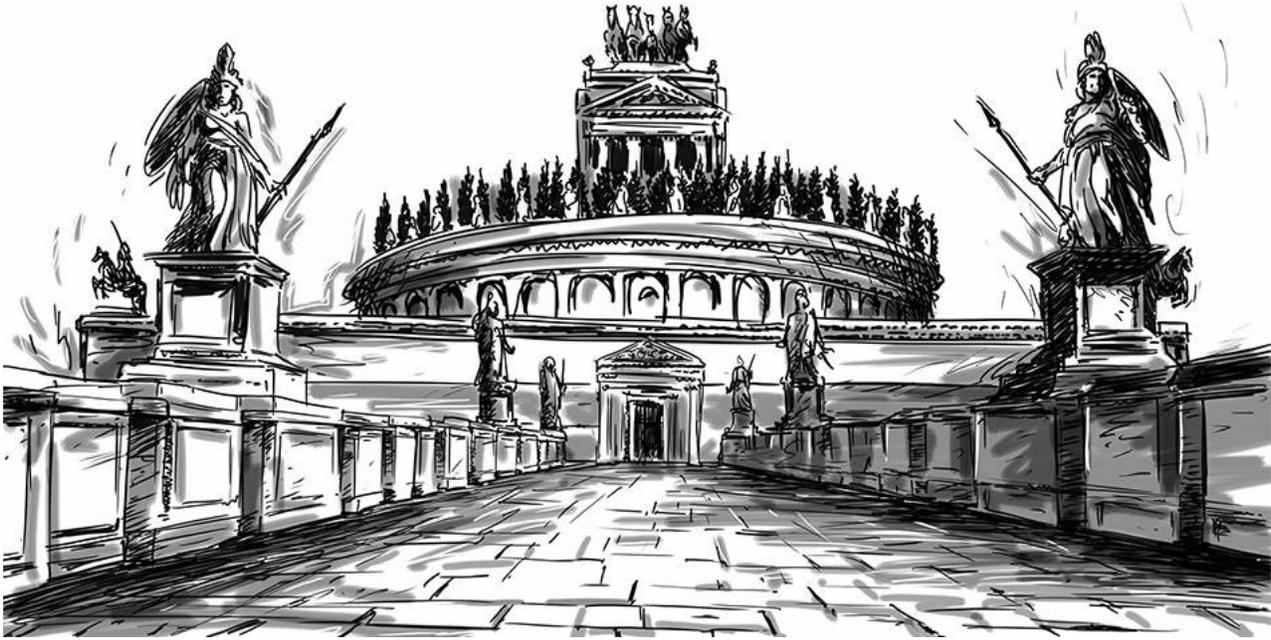
acuerdo con los números y la cosecha anual. Lavar y cocinar los alimentos es el cometido especial de las mujeres, que también se encargan de buscar y preparar los ingredientes más adecuados para los enfermos. Achitob, muy diestro en los cálculos, reparte la cosecha del año entre los ciudadanos para que nunca pasen hambre ni tampoco se empachen hasta embotar sus facultades intelectuales. Esta forma de proceder es asaz certera, sobre todo si la comparamos con otros lugares en los que unos sufren de hambre mientras los otros miden los dones divinos no por la abundancia, sino por los excesos y la náusea. No merecen vivir aquellos que buscan lo más excelso de la vida en la mesa o en sus estómagos sin hacer caso de los manjares celestes, y que, atiborrándose de comida terrenal, se hunden en los infiernos bajo el peso de sus barrigas mientras los demacrados siervos de Dios suben al cielo. La naturaleza se contenta con muy poco. En cambio, ni la tierra, ni el mar, ni el aire podrán saciar la glotonería de un solo hombre, hasta que no sufra el tormento de las llamas sin final y sin medida.

XXXVI EL CONSEJERO DE ERUDICIÓN¹⁰

El tercero de los triunviros es Abida, cuyo ámbito es el conocimiento humano. En contra de lo que me esperaba, no hallé en él ni una pizca de arrogancia o desidia. Todo en este hombre era bondad, sin ninguna aspereza. Se decía que había muy poco que él no supiera, pero él, en su modestia, se declaraba ignorante de todo. De lo único que carecía era del oropel de los títulos para distinguirlo entre sus colegas. Solía decir que un hombre que estudia como un discípulo del Espíritu Santo ya ha conseguido algo. Cuando le pregunté cuál era la suma de todo el conocimiento, me respondió que sólo en Cristo, y Cristo crucificado, confluían todas las cosas. Unas veces parecía menospreciar la Tierra y enaltecer al cielo, otras veces daba a entender que consideraba la Tierra mucho más valiosa que el cielo: porque mediante un estudio minucioso de la Tierra, insistía, es posible llegar a una apreciación más justa del cielo, y una vez que hemos descubierto lo que éste vale, ya sólo podemos despreciar la Tierra. También reprochaba toda aquella literatura que no sirviera para acercarnos a Cristo, y si encima nos apartare de él, entonces la aborrecía. Para él la máxima importancia recaía en la Iglesia, durante miles de años zarandeada por el océano del mundo, y aseguraba que a ella se debían todas las lenguas, toda la historia, todo razonamiento, todos los signos de la naturaleza, todas las artes del cielo, todo lo que en última instancia podía llevarnos a esperar el don de una eternidad dichosa. Sólo los cristianos poseen el conocimiento, pero éste es de Dios. Lo demás no son más que necesidades, puesto que provienen de uno mismo. Quedé un poco consternado al oír estas declaraciones, viendo que ellos juzgaban triviales todas esas cosas que los demás tienen por dignas de la mayor alabanza. Pero me convencí de su

verdad en cuanto recordé que si venimos a este mundo es sólo para gozar de Cristo, nuestra necesidad absoluta, nuestra ganancia incalculable. Cuando nos llegue el momento de morir, ¡ay de las infames lecturas que por breves días nos alimentaron de humo! ¡Levántate, oh, ciencia sagrada, que nos explicarás a Cristo, para que aprendamos aquí las cosas que no pueden desaprenderse, sino tan sólo incrementarse y alargarse por los siglos de los siglos!





XXXVII LA VERDAD

Me siento obligado a describir brevemente a esa matrona extraordinaria que es su esposa, en gratitud por todas las atenciones que me brindó. No posee falsedad alguna, sino que todo en ella es sencillez y espontaneidad. Si considera que algo contraviene los principios divinos o humanos, entonces lo reprueba, pero a la hora de discernir se muestra benevolente y sensata. Para ella no hay nada más inaceptable que la hipocresía y la sofistería; lo observa todo desde lo más alto hasta lo más bajo, y se lo comunica a su marido tal cual ella lo ve. No es nada afecta al comadreo, antes se regocija en el silencio del espíritu; si surge un desacuerdo entre las mujeres, nadie hay mejor que ella para reconciliarlas. Su conversación es breve, Cristo rezuma en ella de forma patente, y convence a sus adversarios sin encender pasiones. Conserva intacto su recato, a pesar de que los filósofos han buscado cortejarla en incontables ocasiones atraídos por el encanto de su rostro. ¡Bendito y deseable el matrimonio que une a los que están a salvo del prejuicio, la lisonja y la patraña! Porque los que se dejan llevar por estas mentiras se complacen en el engaño y prestan oídos a las falsificaciones más monstruosas antes que a los hechos más afines a sus propios sentimientos. ¡Desdichada ceguera que se infligen, desdichada tristeza voluntaria! Sueñan con la inmortalidad cuando sus cuerpos ya no son sino cadáveres, con la claridad de la luz cuando están en las tinieblas, con una vida ordenada cuando se ahogan en el crimen, con alas cuando llevan grilletes en los pies, y así interminablemente. Bien cierto es, en efecto, que en ninguna otra parte son tan numerosos e insoportables los necios como entre las huestes de los que se dicen sabios. Esta mujer tan loable me ha hecho un gran favor al advertirme de muchos errores que yo ni siquiera conocía hasta entonces.

XXXVIII LA LENGUA

No lejos de allí se hallaba el canciller que ya he mencionado, otro hombre a quien también le place que la gente lo llame ministro de cristianos. Su importancia es tan grande que, si el Estado fuera corrupto, yo lo miraría con muy malos ojos; pero siendo el Estado bueno la influencia que ejerce es muy saludable. Quienes digan que este hombre oye una cosa y dice la otra se están mofando de nosotros. Yo lo encontré sincero, y sólo hasta cierto punto irreflexivo. Tiene una buena razón para no caer en la intemperancia, pues se ha casado ni más ni menos que con la moderación, mujer de muy buen consejo, que con

su devoción por el silencio sagrado felizmente atempera todos los discursos de su marido: si es de Dios de quien discurre, se estremece; si es de Cristo, se alborozaba; si es del Espíritu Santo, se enervoriza; si de lo que está tratando es del hombre, se aflige; si de la naturaleza, se concentra; si de Satanás, se escandaliza; si del mundo, se avergüenza; si de la muerte, sonrío; si del cielo, alza los ojos. Nunca parece estar haciendo menos que cuando habla sobre los asuntos cotidianos, hasta tal punto nos enfrascamos, dice él, en los detalles. No calcula el tiempo con arreglo a los primeros minutos, sino a los sextos o a los séptimos, de modo que no hacen ninguna falta los relojes de arena. Nadie cuida tan bien sus monedas como él cuida sus palabras, por temor a que de su boca escape algún decir detestable o nocivo. Y así resuena por todas partes la Palabra de Dios, Jesús habla, el Espíritu Santo respira, se ennoblece el hombre, la naturaleza humana es domeñada, Satanás rechina los dientes, el mundo se ríe, la muerte se vuelve inane y se abren los cielos. No cabe duda de que es un admirable instrumento de Dios, que vela por los votos y los derechos de la humanidad y ansía imitar la Palabra de Dios. Porque lo que Cristo es al universo, este intérprete de Dios lo es a esta sociedad de cristianos, pues arroja luz sobre lo que está oculto y muestra los lugares más recónditos. Si Dios es propicio, él lo alaba; si escudriña las malas acciones, él confiesa; si se enfurece, él intercede; si impone una cruz, él la acepta. Rebate a Satanás cuando éste se inmiscuye, suspira cuando siente la opresión de la carne, y reconviene cuando se cumple a destiempo el reparto de los bienes. ¿Acaso hacen falta más ejemplos? Todo aquello que Dios disponga y que sea factible para una criatura, él lo acomete en la medida de sus capacidades y lo ejecuta con total obediencia; no así los que sólo piensan en la carne, que llevan antorchas encendidas en la boca con las que prenden fuego a Dios, a los hombres, al mundo y a sí mismos, de tal forma que acaban abrasándose en una llama inextinguible.

XXXIX LA BIBLIOTECA

Una vez que hube presentado mis respetos a estos hombres principales, me mostraron los salones de la ciudadela. Eran doce, abovedados todos, de treinta y tres pies de ancho, treinta y tres de largo y no más de doce pies de alto cada uno, destinados a resguardar los bienes comunitarios. El primer salón, una biblioteca de dimensiones considerables, albergaba las obras de los más excelsos e incontables temperamentos, divididas por grupos y materias. Para mi gran sorpresa, casi todo lo que hemos dado por perdido se hallaba allí. No hay lengua en la tierra que no aporte algo, ni mente humana que no esté representada en ese lugar. Aun así, me pareció que los ciudadanos tenían su uso en poca estima, contentándose con los libros de mayor rigor, que son más bien pocos. Para ellos la autoridad máxima es la literatura sacra, valga decir, el Libro Divino, al que ven como

un don del cielo concedido a los hombres y una fuente de inagotable misterio; en comparación, casi todo lo demás se les antoja de valor exiguo. Sin embargo, se fortalecen leyendo con asiduidad, y esto les sirve de antídoto para no caer en la admiración de banalidades. Escriben libros, mas no porque ansíen la fama, sino porque anhelan difundir la fe cristiana, denostar al mundo e increpar a Satanás. El mayor deseo de todos ellos es llegar a saber que en realidad saben muy poco; a partir de esto ya pueden aspirar al verdadero conocimiento y desdeñar los vanos alardes de la inteligencia humana. Pero en esta vida también hay muchas cosas que conviene no saber, y por eso para muchos la santa sencillez es como una biblioteca entera. Otros dicen que ya tienen bastante lectura con el libro de nuestro universo. Y muchísimos afirman que hallan más cosas y encuentran con mayor facilidad las fuentes de todas las artes dentro de sí mismos que en montones de libros. Por eso, todo lo que en este mundo carece por completo de divinidad les parece indigno, y si lo recopilan es sólo para mofarse del intelecto humano y convencer a los suyos de que no tiene la más mínima utilidad. ¡Olvidémonos de los libros, si solamente por ellos hemos de guiarnos! Bienvenido Cristo, libro de la vida, en el que podemos aprenderlo todo con más facilidad, certeza y confianza.

XL EL ARSENAL

Más adversa aún es la opinión que tienen del arsenal, que está situado justo enfrente. Porque si el mundo blasona de sus pertrechos, catapultas y otros artefactos y armas de la guerra, esta gente contempla con horror los instrumentos letales y mortíferos que tienen acumulados en gran número con el objeto de mostrarlos a los visitantes y reprobar la crueldad humana: pues reprueban que se conciban tantas cosas para buscar y dar la muerte, cuando a ésta la tenemos a nuestra propia vera e incluso oculta en nuestro mismo seno; reprueban también que en un hombre quepa tanta osadía como para infligir en su hermano lo que a aquél mismo le horroriza; que se subestimen tantos peligros por la esperanza, dudosa y casi siempre falsa, de alguna ganancia; y por último, que se emplee tanta bestialidad y violencia para conseguir cosas que no valen absolutamente nada, cuando un peligro hartamente mayor y más asesino nos acecha desde Satanás, el mundo e incluso nosotros mismos. Aun así portan armas, aunque de mala gana, para evitar males mayores, y las distribuyen a cada ciudadano en privado para su uso en casa por si surgiera alguna emergencia. Entretanto, con bastante más seriedad se les inculca a no olvidarse de su armadura espiritual, no exponer sus cuerpos a Satanás si están indefensos y desprovistos de virtud, no bajar nunca la guardia por embriaguez o glotonería, sino al contrario, mantenerse prestos e intrépidos en sus puestos, eludir las emboscadas del enemigo y repeler sus ofensivas fortalecidos con el espíritu de Dios.

XLI LOS ARCHIVOS¹¹

El salón contiguo a la biblioteca está reservado al archivo de los registros judiciales, las leyes y las actas públicas del Estado. Aquí pueden consultarse los anales de muchas épocas, y leerse en ellos los dichos y hechos de los antepasados para compararlos con lo que se está haciendo o se procura hacer actualmente. Lo que se hizo con honra y valentía destaca aquí a modo de ejemplo y estímulo; lo que no, les sirve para enmendarse y escarmentar un poco. Nadie puede ignorar la historia pasada de su país, pero hasta tal punto resuenan en ella los ecos de todas las épocas que para ellos es como si las hubieran vivido casi todas. Los que descollaron por sus acciones en pro de la patria gozan de gran reputación, no menos que aquellos que brillaron por su lealtad a Dios, su sensatez ante los ciudadanos, su valor contra el enemigo o su genio en el patronazgo de las artes. No carecen de culpa quienes se desentienden de estas cosas, pues ¿cuántos hay que conozcan hoy en día los acontecimientos, proyectos y costumbres de una época pretérita o que hayan escuchado el relato franco y sincero de las vidas de sus antepasados? Por el contrario, la gente se imagina que eran semidioses, y si alguien les dice que podrían haberse equivocado en algo, lo toman como una afrenta. En realidad, sobre los asuntos de este mundo la única que escribe es la adulación, que es el mayor enemigo de la posteridad. La adulación ama el engaño y se refocila transmitiéndolo a sus propios hijos. Por más que los aduladores se acusen unos a otros, por más que vivan ciertamente en la ruindad, aun así sus vidas, tal como las cuentan los parásitos, son la viva imagen de la virtud. De ahí que a muchos les parezcan un tanto dudosas las biografías de los antepasados, vista la poca fidelidad con que las plumas de los autores los retratan. El público ha recibido con aplausos la sinceridad de un solo hombre, Thanus, pero a este es mucho más fácil elogiarlo que imitarlo; si alguien intentara hacer lo mismo entre los suyos, no recibiría más que una azotaina. Los hombres son tan ruines que, no venerando a Dios cuando los escruta, tampoco soportan verse a sí mismos representados al natural, ni les agrada que se expongan estas imágenes a los ojos de la posteridad.

XLII LA IMPRENTA¹²

Al lado se encuentra la imprenta, un invento que ha dado origen a muchas de las bendiciones y muchos de los pesares de nuestro siglo, pero que en este lugar resulta más bien inocua: aparte de las Sagradas Escrituras y los libros para instruir a la juventud o asistir al ciudadano en sus devociones, es muy poco lo que se imprime. Cada uno posee

su propia Biblia en lengua vernácula, así como los principios de la confesión, los libros de himnos y plegarias y otros textos piadosos. Las obras cuyo contenido juzgan conveniente para los escolares las imprimen en gran número. No se permite divulgar escritos que expresen dudas acerca de Dios, que corrompan las costumbres morales o que embelesen el espíritu. Yerran del todo quienes en otras partes defienden las imprentas, pues éstas sólo satisfacen la curiosidad general, la ambición individual y los bolsillos del impresor, mientras se olvidan de Dios y del daño que puedan causar al prójimo. ¡Qué de volúmenes enormes y vacuos, qué de mentiras y falacias sin fin se acumulan en las dos tandas editoriales del año! Uno se maravilla de que haya gente que lea más allá de los títulos. Porque el fruto de nuestro siglo presuntuoso e ilustrado es que el sabio y el necio se reúnen juntos ante el público para esparcir un montón de bagatelas, convencidos de que si nadie inscribe su nombre en el catálogo del mercado será el fin de la literatura y la religión. No existe objeto que con tal necedad se acumule, con tal mal gusto se conciba, con tal bastedad se narre ni con tal ineptitud se ofrezca que no pueda hallárselo en las librerías.

XLIII EL ERARIO

Contiguo al arsenal está el erario público, nada útil entre los ciudadanos, pero sí bastante en sus relaciones con los foráneos. Nadie se imagina la cantidad de oro y plata acuñada que se guarda allí; con ella pagan el tributo a César, costean mercenarios en caso de necesidad, comercian con los extranjeros, obsequian a los viajeros y mantienen sus industrias. Para ellos, lo que se puede comprar con dinero tiene el valor más bajo, lo que se adquiere con sangre, el valor más alto. Las monedas llevan en una cara la siguiente inscripción: *Si Dios está con nosotros, ¿quién puede estar contra nosotros?*, y en la otra: *La palabra del Señor permanece por siempre*. En la primera cara está representada un águila atravesada por la figura de una cruz, en la segunda, una ciudad que descansa sobre un libro. Y así es como el dinero, que debilita al resto del mundo, yace aquí sin ser advertido ni apreciado por nadie excepto en lo que atañe a su utilidad; ni tampoco requiere de especial vigilancia, ya que nadie lo emplea en la república. Aquí el dinero sirve a los hombres sin dañarlos, cuando en otras partes resulta más perjudicial e insuperable que todos los dragones y monstruos juntos. El dinero es la causa de la corrupción del Estado, con él se vende el cielo, se encadena el alma, se aprisiona el cuerpo y se compra el infierno. Todos los pecados cometidos se achacan al dinero, y no sin justicia, porque los hombres prefieren acusarse a sí mismos antes que admitir que se han dejado llevar por algo tan despreciable. ¡Tal es la venalidad de la raza humana, que ha vendido su libertad cristiana al Anticristo, su libertad natural a la tiranía y su libertad

humana a la sofistería, otorgando sus más penosos esfuerzos a cambio de la miserable paga de la superstición, la servidumbre y la ignorancia!

XLIV EL LABORATORIO

Detrás del erario está el laboratorio, destinado a la ciencia química y equipado con hornos muy ingeniosos y artefactos que sirven para combinar y disolver sustancias. Aquí no cabe temer la burla, la falsedad ni las mentiras de los impostores, sino imaginarse al más cuidadoso ayudante de la naturaleza. Las propiedades de los metales, los minerales y los vegetales, e incluso la vida de los animales, son analizadas, purificadas, incrementadas y combinadas para su uso por la raza humana y en beneficio de la salud. Aquí se unen en matrimonio el cielo y la tierra, se descubren misterios divinos impresos en la tierra y los hombres aprenden a controlar el fuego, a utilizar el aire, a medir el agua y a sopesar la tierra. Aquí el simio de la naturaleza tiene con qué jugar, pues imita sus principios y sigue el trazado del gran mecanismo para formar otro diminuto y exquisito. Todo aquello que por los esfuerzos de los antiguos fue desenterrado y extraído de las entrañas de la naturaleza se somete al más riguroso estudio para determinar si la naturaleza nos ha sido revelada en forma veraz y fidedigna. Se trata sin duda de una empresa en alto grado humana y generosa, hacia la que todo ser humano se siente inclinado. Pero hay otros que, ya sea llevados por la mala fe de los muchos, ya sea exasperados ante sus propios reveses, rechazan con necia arrogancia la indagación de la naturaleza y el examen de la razón humana, creyéndose suficientemente versados en la más ingeniosa de las artes cuando con sus pinitos no han hecho más que mofarse de ella en una de esas dos maneras. Y así se olvidan por completo de que hay un sinnúmero de cosas que ellos aceptan y dan por ciertas tan sólo porque llegaron a ellos en forma escrita, sin darse cuenta de que están rechazando con ligereza los dones y remedios más claros de la naturaleza mientras obedecen a las patrañas más absurdas de los merolicos y los curanderos. Supongo que ahora he transgredido la altanería y los prejuicios de muchos, pero me otorgarán su perdón cuando me oigan decir que yo no he practicado este arte, sino que me he limitado a observarlo, y puesto que soy de naturaleza bondadoso, lo he interpretado con benevolencia y favor.

XLV LA FARMACIA

Saliendo por la puerta se encuentra uno ante la farmacia, cuya colección debe ser la más

selecta y minuciosa del mundo. Dada la predilección de los ciudadanos por las ciencias naturales, esta apoteca es para ellos como una recopilación en miniatura de toda la naturaleza. Cualquier cosa que los principios elementales ofrezcan, que las artes mejoren, que cada criatura provea, es traída a este lugar con el objeto de contribuir no solamente a la salud, sino también a la educación en general. Pues ¿cómo van a apreciarse mejor las divisiones entre los conocimientos humanos si no es mediante su clasificación habilidosa y merced a una enorme variedad? Este concepto es muy liberal y, aunque contraría lo que dicta la escuela, también es indisociable de las letras. ¿Acaso no sería muy estrecha la sabiduría humana si se paseara totalmente ajena a las creaciones más saludables, ignorando qué beneficio pueda sacar el hombre de esta o aquella cosa, y mientras tanto deambulara de un lado a otro entre el enojoso crepitar de las abstracciones y las leyes, jactándose, no obstante, de ser una ciencia de primerísimo orden? Una vez que se ha conseguido algo con la teoría, el objetivo debería consistir en demostrar que ésta tiene una utilidad práctica para los hombres, y, una vez hallada la nomenclatura de las cosas, reconocer las cosas mismas. ¿O será la teoría hasta tal punto menesterosa que ni siquiera se esfuerce por conseguir algo tras haber adquirido los preceptos de las artes, y que para el ejercicio de la erudición misma consulte a los indoctos? Si vivimos con economía, tendremos suficiente vida para conseguir las mejores cosas con mucho más facilidad que las peores. En la necesidad con que los hombres malgastan sus energías hay más molestias y trabajos que en esas cosas que podrían elevarlos a lo más alto y permitirles una contemplación de nuestra tierra. Por eso, no paran de girar y hacer girar a los otros en una vorágine interminable, en una infamia irredimible.

XLVI LA ANATOMÍA

Disponen también de un lugar donde se practica la anatomía, esto es, la disección de animales. Porque no hay nada que se asemeje más a un milagro que la factoría del cuerpo de los seres vivos, sobre todo el del hombre, de quien se puede decir que es un ejemplo en miniatura o epítome del mundo entero. A excepción de quienes prefieren ser ignorantes de sí mismos como los bárbaros, nadie dejará de apreciar la importancia de conocer dónde se ubica cada órgano y de prestar ayuda a la naturaleza en sus esfuerzos. Sin embargo, incluso entre los instruidos hay gente que desconoce dónde tiene su asiento lo que nos hace vivir, sentir, respirar, digerir o secretar, como no sea una vaga creencia de que se trata de funciones que tienen lugar dentro de la piel. Apenas saben distinguir entre la derecha y la izquierda, o entre lo más bajo y lo más alto. Los habitantes de Cristianópolis instruyen a la juventud en las operaciones vitales y los diferentes órganos a partir de los miembros de cuerpos físicos. Les muestran la maravillosa disposición de los

huesos, para lo cual se sirven de esqueletos en gran número y de la variedad adecuada. También les enseñan la anatomía del cuerpo humano, aunque esto sólo en raras ocasiones, habida cuenta de la turbación que provoca en el delicado espíritu humano la contemplación de nuestros propios padecimientos. Lamentémonos, pues, de que nuestra pequeña morada, tan trabajosamente formada, librada de tantos peligros y arropada muchas veces con más delicadeza que previsión contra el daño, acabe en tal estado de podredumbre y horror. Pero así como el origen de la vida es algo que nos hace ruborizar, así también nos resulta vergonzosa la prontitud con que sobreviene la muerte. Entretanto, apenas llevamos la cuenta de nuestras enfermedades, y lo que es peor, casi nunca calculamos por separado las dolencias de un solo miembro del cuerpo humano. Alabemos por tanto a Cristo, que, aun ataviado con la misma piel que nosotros, ha conseguido que nuestros cuerpos decrepitos algún día hayan de volver a la vida purificados y refinados. Si tenemos esto en mente, estaremos más dispuestos a llevar la penosa carga de la carne allá donde Dios disponga, y le entregaremos todos nuestros miembros, que consagraremos a su servicio, y se los devolveremos de buen grado cuando Él los reclame.

XLVII

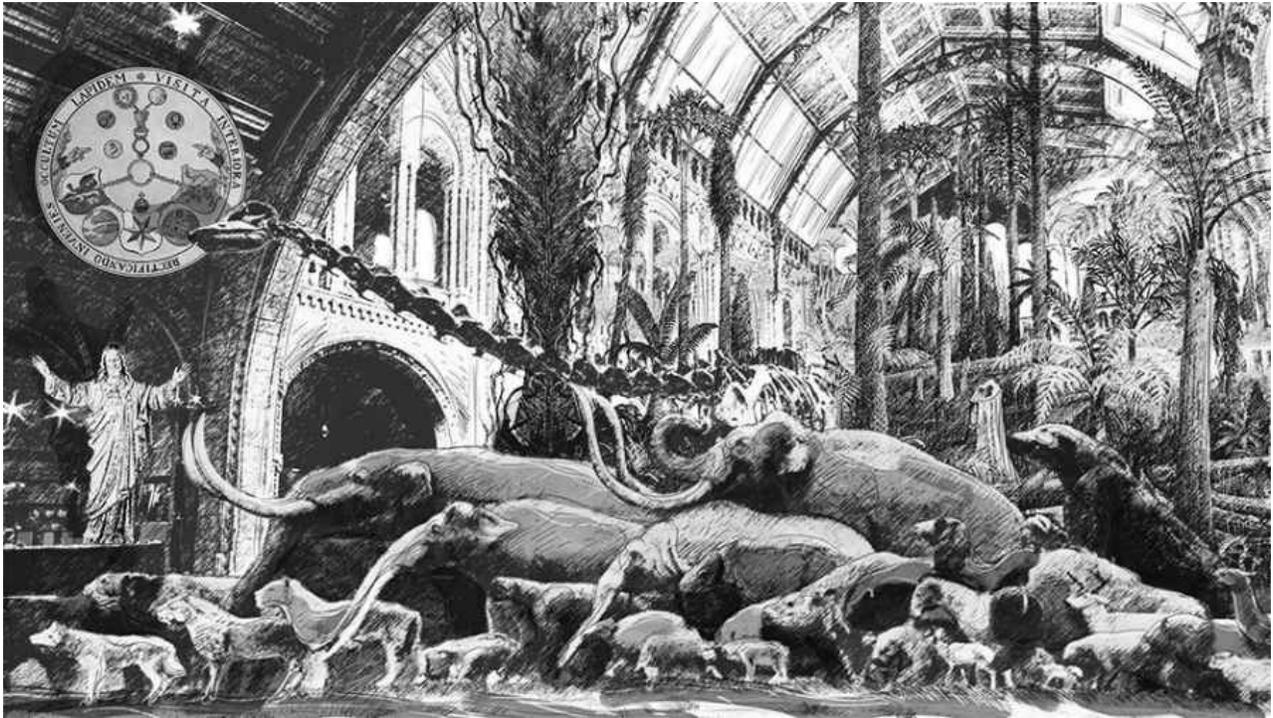
EL AUDITORIO DE CIENCIAS NATURALES¹³

Después está el salón de las ciencias físicas, tan elegante que es imposible de describir, pues aquí puede verse toda la historia natural pintada en las paredes con suma habilidad y detalle. No sólo se encuentran a la vista y se nombran los fenómenos celestes, los paisajes de las diversas regiones de la Tierra, las diferentes razas humanas, la apariencia de los animales, la forma de los vegetales y las distintas clases de piedras y gemas, sino que además se enseñan y se muestran sus naturalezas y cualidades. Aquí puedes ver las fuerzas de la armonía y la oposición, puedes ver los venenos y los antidotos, puedes ver lo que es bueno y lo que es dañino para los distintos órganos del cuerpo humano. De nada servirá que siga hablando si no lo ves todo con tus propios ojos. Pues si te limitaras a contemplar los especímenes de la naturaleza más raros, monstruosos e insólitos que se guardan aquí, no acabarías nunca. ¿Acaso no es mucho más fácil reconocer las cosas terrestres cuando se cuenta con la ayuda de un orientador competente, material ilustrativo e indicadores para la memoria? Pues el aprendizaje entra más fácilmente por los ojos que por los oídos, y más gratamente en presencia de la fineza que en medio de la sordidez. Se equivocan los que piensan que sólo es posible enseñar en la oscuridad de las cavernas y frunciendo el ceño. El hombre de espíritu liberal se vuelve mucho más diligente si tiene un trato de familiaridad con sus preceptores. ¿Cómo se explica que tantos estudiosos de las ciencias naturales vacilen en cuanto les presentan una hierbecilla,

si no es, como sospechamos, porque se les ha privado de esta encantadora visión de la naturaleza? Si oyesen cómo los ciudadanos de Cristianópolis, incluso en sus juegos infantiles, distinguen, nombran y escudriñan miles de hierbas según sus rasgos y marcas características, y las clasifican según su relación con las enfermedades, quizá se ruborizarían avergonzados o, lo que sería más propio en este caso, jamás abandonarían este auditorio sin haber adquirido un conocimiento más extenso de la naturaleza.

XLVIII LAS PINTURAS

Frente a la farmacia hay un amplio taller destinado al arte pictórico, un arte en el que los ciudadanos hallan su mayor deleite. La ciudad entera no sólo está engalanada con pinturas que reproducen las fases de la Tierra, sino que toda imagen sirve al propósito de educar a la juventud y facilitar el aprendizaje. En cada sala se exhiben pinturas adaptadas especialmente para instruir a los jóvenes acerca del tema abordado, y por todas partes se ven retratos y estatuas de hombres ilustres que dan a conocer sus proezas más varoniles e ingeniosas, contribuyendo no poco a fomentar en los jóvenes el deseo de igualarlos en virtud. Aun así se les conmina severamente a mantenerse castos, para protegerlos, supongo, del descaro y la indecencia del mundo, que con impúdicas imágenes envenena la mirada de los inocentes. Las divisiones, o mejor, las compañeras de este arte son la arquitectura, la perspectiva, los métodos para acampar y fortificar e incluso el diseño rudimentario de máquinas y la estadística. Aquí se hallan plasmados todos los recursos dramáticos del espíritu, entre otros refinamientos literarios, para su empleo sobre todo por parte de los entendidos. El tiempo que ellos dedican a tan eruditas diversiones es el mismo que otros suelen malgastar en los dados, el ajedrez y otros juegos aun más necios, de los cuales el grandísimo provecho es que, tornándose incapaces de examinar las cosas y explicarlas a los demás, ya sólo aciertan a contemplarlas con inútil asombro. Cuánto más afortunados los primeros, que se ejercitan en el uso del pincel, pues dondequiera que vayan llevan consigo sus ojos de expertos, sus manos diestras en la imitación y, lo más importante, una capacidad de discernimiento sólida y educada para lidiar con los hechos anticipadamente, nada infructuosa ni despreciable. Por otra parte, el gozo que experimentan ante la gracia de las formas es tal, que abrazan de todo corazón la belleza interior de la virtud y la elegancia de la vida cristiana.



XLIX LOS INSTRUMENTOS MATEMÁTICOS

Contiguo a este taller hay un espacio soterrado donde se encuentran los instrumentos matemáticos, un testimonio de la perspicacia y el ardor con que los humanos bregamos contra las limitaciones de nuestra mortalidad. Pues aunque el cielo esté tan lejos de nosotros y ya no tengamos las alas de nuestra perfección original, aun así no queremos que nada de lo que allá arriba acontece nos pase inadvertido. Por eso medimos el curso de los astros con distintos aparatos mecánicos, y luego lo anotamos, haciéndolo con tanta precisión que uno se maravilla de que el hombre haya tenido la suficiente constancia y perseverancia para formarse tales teorías. No voy a enumerar los instrumentos aquí, puesto que casi todos se pueden reconocer en las descripciones del eminente Tycho Brahe.¹⁴ Se han añadido unos pocos más, entre ellos el telescopio, un invento reciente de gran utilidad. También se encuentran aquí los instrumentos que se emplean en la geometría, así como muchos de los artefactos más comunes que sirven de ayuda a los jóvenes en sus ejercicios. Mas ¿para qué sigo enumerando, sabiendo cuán inútiles parecen todas estas invenciones del ingenio a los ojos del vulgo, que se empeña en no aprender a usar ni un solo instrumento matemático? No hace más que traicionarse a sí mismo descartando la mitad del conocimiento, y aunque se incline de forma congénita por los asuntos humanos más prácticos, se torna incompetente. No pienso creer a esos que afirman ser eruditos aunque prescinden de las matemáticas, ni tampoco diré de ellos que sean del todo cultos, antes proclamaré que son semicultos en tanto no se reconcilien con las matemáticas, una acusación de la que ellos mismos darán fe cuando se avengan por fin a comparecer ante el foro de las ciencias humanas. Si reconocen la utilidad de los instrumentos de las artes liberales y las ventajas del cómputo, y se vuelven diestros en su manejo, entonces habrá que honrarlos. Pero si comportándose cual extranjeros en tierra ajena no aportan a la humanidad ninguna ayuda, ningún consejo, ninguna opinión o idea, entonces me parece que merecen ser despreciados y contados entre los ovejeros, vaqueros y porqueros.

L EL AUDITORIO DE LAS MATEMÁTICAS¹⁵

Finalmente, para no dilatarnos más, también visité el vecino salón de las matemáticas, donde destacan los diagramas del cielo del mismo modo que en el salón de las ciencias físicas destacan los de la Tierra. Aquí se hallaban representados gráficamente tanto el

motor primero como los movimientos resultantes. Se podía ver un mapa del cielo estrellado y una reproducción completa de las huestes luminosas de cielo. No había nada que se echara en falta, pudiendo uno consultar a su antojo los hemisferios en su forma convexa, cóncava o plana; las figuras particulares y precisas de cada estrella; la armonía de los cuerpos celestes y sus admirables proporciones mutuas; mapas geográficos de la tierra; distintos planos de máquinas y herramientas; modelos en miniatura; figuras geométricas; los instrumentos de las artes mecánicas pintados, nombrados y explicados. Aquí era posible observar y anotar de forma precisa las posiciones de los cuerpos celestes y también, lo que constituía un hallazgo más reciente, las manchas de los astros, todo ello expuesto con una asombrosa meticulosidad y una perspicacia sobrehumana. Había alimento para los ojos, es decir, para los ojos de la gente instruida, y había también atajos ilustrados para la memoria. Debo decir que tras observar todo esto empezó a parecerme cada vez menos sorprendente su aprendizaje fabuloso, viendo que se sostenía sobre un apoyo mecánico. En el mundo, a pesar del despilfarro que se hace en otras cosas, no se suele prestar ninguna ayuda a los jóvenes, ninguna al menos que sea digna de mencionar. Al contrario, los estudiantes se ven obligados a lidiar por sí solos con las dificultades, y si alguno de ellos consigue salir adelante por casualidad, muy poco se preocupará de ayudar a los demás a abrirse paso, o lo que es peor, pondrá más trabas y más piedras para impedir que el siguiente se le adelante. Así, pues, en balde son los gastos cuando no hay resultados prácticos, las artes cuando no hay formación, el aprendizaje cuando no hay libros, la caridad cuando no hay benevolencia, y en fin, el desarrollo de una mente sana cuando no hay ejercicios saludables.

LI LAS AULAS DE ENSEÑANZA¹⁶

Cuando de allí me condujeron a un piso más alto, quedé maravillado al ver una escuela amplia y hermosa, dividida en ocho grandes aulas en las cuales se forma y se educa a los jóvenes, el tesoro más preciado de la república, para que tiendan a Dios, a la naturaleza, a la razón y al bienestar público. Pues si a los individuos se les exhorta a procurar la mejor educación para sus hijos, ¿por qué no habrían de hacer lo mismo en beneficio de la república, adoptando el mejor método para educar e instruir? Para este cometido, el más importante de todos, tienen asignado este lugar tan intrincado, con el que dan testimonio del amor y el cariño que profesan por sus hijos más prometedores, y en cierta forma buscan granjearse de antemano la felicidad futura. Nada de esto es conforme al infame ejemplo del mundo, que aparenta amar a sus hijos por encima de todo pero acaba encerrándolos en mazmorras aisladas, insalubres e incluso sucias, donde sólo conocen la inmundicia y se acostumbran a sus cárceles. Aquí todo es abierto, soleado y alegre, de tal

modo que con sólo ver las pinturas se atrae la atención de los niños, se forma el espíritu de los adolescentes y se dan consejos a la juventud. No se sofocan cuando es verano ni se hielan cuando es invierno, no los irrita el ruido ni los atemoriza la soledad. Lo que en otros lugares se despilfarra en palacios de lujo y ocio aquí se destina a honrados esparcimientos y ocupaciones, una inversión que no podría ser mejor ni más lucrativa, pues de igual forma que la tierra bien cultivada restituye con creces lo que se deposita en ella, así también la juventud alimentada con la savia de la república y cultivada para cosechar las mejores mieses lo devuelve todo con usura. El colmo de la felicidad consiste en garantizar mediante un solo y mismo esfuerzo la seguridad de la república y la provisión de la vida futura, de tal modo que podamos ver con satisfacción que los hijos que procreamos aquí no han sido engendrados sólo para el cielo sino también para la Tierra.

LII LOS MAESTROS

Sus instructores no provienen de la escoria de la sociedad humana, ni tampoco son hombres incompetentes para cualquier otro menester, sino lo más selecto de la ciudadanía, personas cuyo rango en la república es bien conocido y que acceden con mucha frecuencia a los cargos más importantes del Estado. Pues no cabe duda de que nadie puede encargarse de la juventud como es debido si no es capaz al mismo tiempo de ocuparse de los deberes del Estado; y quien prospere con la juventud se ha ganado el derecho a servir en los asuntos del gobierno. Los maestros son de edad avanzada y destacan por su cultivo de cuatro virtudes: la honorabilidad, la integridad, la laboriosidad y la generosidad. Porque si no son respetados por sus alumnos y discípulos ni tenidos en gran estima por el público; si no aventajan a los demás en su veneración a Dios, en su honradez hacia el prójimo y en la entereza y templanza de sus propias vidas ni son un ejemplo de virtud; si no dan claras muestras de pericia, sabiduría y capacidad de juicio en la enseñanza y la educación, ni reconocen la naturaleza cambiante de sus alumnos; si no prefieren estimular a sus discípulos como a personas libres, con amabilidad, trato cortés y disciplina liberal en vez de recurrir a amenazas, azotes y otras medidas severas; si no se rigen por todos estos ideales en su oficio de educadores, entonces los ciudadanos de Cristianópolis no los consideran dignos de administrar esta república en miniatura, sucesora de la república grande, ni de que les sean confiados los cimientos sobre los que reposará su estabilidad futura. Vista la gran eficacia con que logran mantener un orden que se asemeja en todo momento al gobierno de un Estado, bien pueden reconvenir a los demás para que no cometan el descuido de abandonar la muy preciada, dúctil y fogosa juventud en manos de los hombres más viles, innobles, desabridos y bastos, tan sólo

porque éstos son más baratos de emplear. Bajo tales mentores los niños sólo aprenden a dilapidar los bienes paternos, no con medida sino a cántaros, y quizá más tarde dejarán tras de sí unos hijos aun peores que ellos.

LIII LOS ALUMNOS

Refiramos ahora quiénes y cómo son los alumnos. Todos los hijos e hijas de los ciudadanos reciben educación. Al cumplir los seis años, sus padres los dejan al cuidado del gobierno, no sin rezos y piadosos votos. Los alumnos son agrupados en tres categorías: niños, jóvenes y maduros. Aquí comen y duermen y se los instruye tanto en lo espiritual como en lo físico. Cuanto más numerosa sea la prole, tanto más felices serán los padres, pues saben que no les faltará nada, y en esto se nota que los ciudadanos llevan una vida muy holgada. Ningún padre cuida a sus hijos con tanta dedicación y esmero como lo hacen aquí los preceptores, que son hombres y mujeres de probadísima honestidad. Además, en sus ratos libres pueden visitar a sus hijos sin necesidad de que ellos se percaten. Al tratarse de una institución para el bienestar público, todos los ciudadanos contribuyen de forma solícita para que opere con eficiencia. Se cercioran de que la comida sea sabrosa y sana, que las poltronas y las camas estén limpias y cómodas, y que la ropa y el aseo personal sean impecables. Los alumnos se lavan a menudo y usan toallas de lino para secarse. También se peinan para evitar la acumulación de impurezas. Cuando uno de ellos contrae una enfermedad de la piel o del cuerpo, se le da tratamiento oportunamente y es puesto en cuarentena para impedir el contagio. La diligencia que ponen en estas cosas es grande, tan grande como la negligencia del mundo respecto a sus propios deberes. No hace falta que describa aquí la suciedad de las escuelas, la insalubridad de los comedores y las camas, el trato áspero que los encargados dispensan a los colegiales, puesto que quienes han padecido estas indignidades darán mucho mejor cuenta de todo ello, no tanto con sus gritos y lamentos, sino sobre todo con sus cuerpos, que por tal motivo han quedado maltrechos de por vida.

LIV LAS CARACTERÍSTICAS DE LA ENSEÑANZA

Su mayor empeño, y el primero en importancia, es el de venerar a Dios con un corazón puro y devoto; el segundo, esforzarse por alcanzar la virtud más perfecta y casta, y el tercero, cultivar las facultades del espíritu: el orden inverso al que se sigue en el mundo, si es que alguno de sus habitantes aún piensa en Dios en lo más mínimo. Se sienten

abocados al servicio de Dios, tanto por la ley de haber nacido en este mundo como por la intervención de sus progenitores. No empiezan sus estudios con declaraciones absurdas, es decir, con un preludio necio, sino con oraciones sinceras. Después pasan sucesivamente por las etapas prescritas para los que se inician, los que progresan y los que concluyen los estudios, con títulos altisonantes, es verdad, pero rápidamente olvidados apenas alcanzan la madurez. Estos títulos son un gran aliciente para la superación de los distintos grados, porque a un espíritu noble las alabanzas le sirven de impulso y los reveses de estímulo. La probidad de los que conceden los títulos ha de ser intachable, no sea que jugando con estas cuestiones jueguen también con la juventud. Esto es fuente de grandes agravios en otras partes, sobre todo porque no faltan quienes se aprovechen para lucrar o perjudicar, siendo una gran injusticia que alguien acepte dinero y le venda hombres ineptos al Estado. Como castigo imponen ayunos y trabajos, aunque si es menester pueden recurrir a los azotes o bien, en casos extremos pero muy raros, al confinamiento. Los muchachos estudian en las horas matutinas, las muchachas en las vespertinas, y quienes se ocupan de su enseñanza son tanto matronas como varones letrados. No entiendo por qué en otros sitios a este sexo, que por naturaleza no es menos capaz de aprender, se le excluye del estudio de las letras. El resto del tiempo lo dedican a ejercitarse en las labores mecánicas o en las artes y ciencias del hogar, pues las ocupaciones se asignan de acuerdo con la inclinación natural de cada individuo. En los ratos libres se les permite realizar ejercicios físicos muy honestos en los espacios abiertos de la ciudad o en el campo. Allí pueden competir en carreras o luchas, jugar a la pelota o incluso entrenarse en las armas; llegados a cierta edad, también pueden domar caballos. A todo esto darás tu consentimiento si tienes en cuenta que en cada cosa se aplica el mayor comedimiento y vigilancia.



LV
LA GRAMÁTICA: PRIMERA AULA

Examinemos ahora las aulas de las artes, que también se dividen en tres secciones según la edad de los alumnos. La primera es el aula de la gramática y los idiomas, en donde, una vez que se ha cumplido con la devoción, las plegarias y los cánticos reglamentarios y se han pronunciado sentencias sabias o sagradas para el fomento de la virtud, el trabajo de los niños consiste en aprender a llamar por su nombre toda clase de cosas y acciones en los tres idiomas: hebreo, griego y latín; luego ordenan y recitan todas estas palabras según las distintas clases, declinando los comparativos, casos y tiempos, en la persona y el número correspondientes, para finalmente conjuntarlas y precisarlas por medio de los modificadores. Procuran que entiendan lo que recitan, y que lo que no entiendan lo traduzcan a su propia lengua. ¡Qué atrevimiento pretender que un niño aprenda tantas cosas en latín, cuando apenas entiende lo que le dices ni lo que se le está pidiendo! Con igual esfuerzo y provecho podrías cultivar su memoria en cualquier otro idioma extranjero. ¡Y qué desfachatez esperar que traduzca algo de su lengua materna al latín, cuando el niño aún no sabe siquiera lo que es el latín! Ponen también mucho cuidado en no abrumar sus naturalezas frágiles y delicadas con estudios excesivos o demasiado variados, pues está bien comprobado que de este modo la agudeza prematura puede quedar fácilmente embotada y el espíritu trastornarse para siempre. Es de necios abrigar esperanzas absurdas respecto a la precocidad infantil, y encima alimentar esas esperanzas, pues al final esto suele conducir al letargo. Lo que ellos quieren son temperamentos sólidos, y esto es algo que consiguen mediante un relajamiento liberal que fortalece la memoria, estimula el juicio y promueve la sinceridad, y que adapta las tareas gradualmente a las distintas aptitudes.

LVI
LA ORATORIA¹⁷

A los alumnos más maduros les enseñan la oratoria en la misma aula, donde aprenden a refutar toda suerte de discursos según las reglas del arte y a embellecer los suyos con las florecillas de la elegancia. Se da mucha importancia a lo natural, y muy poca a lo artificial, de modo que quien sabe fomentar lo primero es el mejor instructor de oratoria para la juventud. Sin la naturaleza, el arte resulta árido y deja entrever más el afán que el talento. Por eso los buenos teóricos son con frecuencia malos oradores, pues quieren que su experiencia vital parezca tan amplia como su habilidad natural. Pero si la palabra es

indicio de entendimiento, se echará de ver fácilmente por qué a veces las palabras no salen con fluidez de la lengua. Ciertas personas creen medrar con la imitación: son hombres necios en su mayoría, porque, al no expresarse a sí mismos ni ser comprendidos por los demás, el resultado es algo completamente deshilvanado, tosco y disonante. Lo que aquí convendría hacer es dejarse llevar por un sentido innato y propio y cultivar el talento que Dios otorga a cada uno en particular, porque no hay maestro de la elocuencia más perfecto que el Creador del lenguaje. Ejemplo admirable son las Sagradas Escrituras, que no solamente sacuden los oídos de los hombres sino que penetran hasta el corazón mismo. No hace falta recurrir a la exageración ni a otras formas bárbaras de la extremosidad, pues cuando se habla con honestidad, modestia y efusividad se está siendo más elocuente que Cicerón. En pocas palabras: lo que rezuma espíritu tiene gran poder, lo que exuda artificio es estéril. Mucho consigue el que aprende a gustar del estilo de Dios, pues lo que los necios llaman simplicidad no es otra cosa que la sabiduría. Cuando los oradores del mundo terminan de discurrir, el sonido vacío y la elegancia de sus palabras se esfuman, dejando al alma insatisfecha. Cuando la verdad divina se dirige a nosotros en la oratoria, el corazón se inflama, el espíritu se aviva, nuestro ser entero se enardece. A estas palabras deberían prestar oído los que se complacen de sí mismos cuando hablan sin Dios o, peor aún, abiertamente con sus dioses: el desprecio que sienten por Cristo es tal, que en sus prédicas prefieren a cualquier ídolo o demonio antes que a los misterios sagrados del cristianismo. Entretanto, afirman ser los únicos poseedores de un estilo elegante, y pueden ser muy parlanchines si el mundo se los pide; pero es de temer que estos mismos se quedarán sin habla ante el tribunal de Cristo.

LVII LOS DISTINTOS IDIOMAS

Los que alcanzan cierta edad se entregan al estudio de los distintos idiomas modernos, no sólo para aumentar sus conocimientos, sino para poder comunicarse con muchos otros pueblos de la tierra, tanto vivos como muertos, y no verse obligados a poner su fe en cualquiera que se las dé de entendido. Para ellos aprender una lengua es asaz sencillo, mientras que para otros resulta en extremo complicado. Si en un año no han aprendido a hablar un idioma con soltura, sienten que no han logrado nada; los otros, por el contrario, si no empeñan diez años piensan que han escatimado su tiempo. Según ellos, lo fundamental es la nomenclatura y luego un poco de gramática. Empiezan con lecturas fáciles sobre un tema que ya conocen. Es increíble lo útil que puede llegar a ser la comparación de los cognados en el aprendizaje de una lengua. El resto no es más que memorización y práctica constante. Me afligí al recordar las reprensiones que usaban

para azuzarme cuando yo aún era un estudiante, al grado que ya ni siquiera sabía lo que estaba haciendo. Aquí me fue dado aprender, como en un juego, cierta cosa que no me atreveré a mencionar por temor a despertar la envidia. Lo que no voy a callar es que aprendí a no darle demasiada importancia al estudio de las lenguas y de las letras en general; no es que deba repudiárselas por completo, sino que sólo se las debe apreciar por la utilidad de su estudio. Porque no siempre es más sabio el que habla en esta o aquella lengua, sino el que habla con Dios. Mientras no falten la rectitud y la honestidad, poco importa la lengua en que se hable; pero si se carece de ellas, de nada sirven los desvaríos en griego o en latín. Pecan de ingenuos quienes crean que con la lengua latina se convertirán en hombres más cultos que con la alemana. Debemos, no obstante, preservar el latín, pues constituye un bien valioso en muchos sentidos, además de ser una lengua mordaz y enemiga de la más leve contradicción. En esto bien merezco sus reproches, porque siendo un hombre muy mal instruido en su empleo, sordo a sus refinamientos, poco afecto a sus exigencias, soy lo que ella misma no dudaría en llamar un bárbaro.

LVIII LA LÓGICA.¹⁸ SEGUNDA AULA

La segunda es la que llaman aula de la lógica, cuyo nombre proviene de una de las más nobles de las artes. Aquí los niños un poco más avezados aprenden a aplicar los instrumentos del método a una gran variedad de temáticas humanas, clasificando todo cuanto se les presenta y elaborando con ello un silogismo para determinar qué es lo necesariamente verdadero, qué es lo posible y dónde puede ocultarse un argumento falaz. La verdad tiene aquí una norma que permite examinarla; no obstante, dado que no está del todo refinada, hay algunos entre los más fatuos que la aplican a las verdades divinas sin ningún rigor, por no decir con deslealtad. Es como aquella Helena por quien causaron tanto alboroto los griegos y dieron sus vidas los troyanos. Ella es hermosa, desde luego, pero se alza insolente por encima de todo y pisotea a sus hermanas tan meritorias como ella. Mueven a risa quienes, creyendo que no les falta nada porque poseen este instrumento, en realidad carecen de todo. ¡Que usen sus cuernos, ya que los tienen! Ningún artesano presume solamente de su cuadrante o de su plomada, a no ser que pueda al mismo tiempo exhibir su propia destreza. Estos sofistas, una vez que han demostrado que el hombre es capaz de reír, que el sol se oscurece o que el triángulo posee dos ángulos iguales, se deshacen en elogios de sí mismos como si hubieran alcanzado un gran mérito y descansan durante el resto de sus vidas. Muy distinto proceder es el de los que, haciendo acopio de una gran cantidad de artes, se complacen en disponerlas de forma racional y ordenada para, cuando sea necesario, sacarlas una por

una de sus lugares respectivos. Reconocen que esta es la principal ventaja de la lógica, pero no la aplican a todas las cosas, ni mucho menos a Dios. Instan a sus hombres de talento a apreciar cuanta razón les haya tocado en gracia, y a comprobar cada uno de sus propios juicios, para que no tengan que buscarlo todo fuera de sí mismos o introducir teorías del exterior. Porque el hombre tiene dentro de sí un vasto tesoro de discernimiento, si tan sólo se preocupara en desenterrarlo y no en sepultarlo bajo el cúmulo y peso de las normas. No hay razón más importante, sin embargo, que la de escuchar y obedecer a Dios, que está tan alejado de toda falsedad y engaño como cercano y unido siempre a la verdad. Amemos en la verdad lo que es verdadero. No busquemos la razón en Él, que está por encima de toda razón

LIX LA METAFÍSICA

En este mismo lugar otros reciben lecciones de metafísica, una ciencia que se aparta de todo lo concreto y se remonta a los orígenes primigenios de la creación, siendo sin duda una actividad muy digna para un hombre que por inclinación natural se aleja de las cosas terrenales. Aquí hurgan en lo verdadero, lo bueno, lo bello, la unidad, el orden y cosas semejantes, con tanto mayor acierto cuanto que además están dotados de la luz divina. Donde los filósofos anduvieron a tientas, ellos apelan al sol divino y se elevan hasta el Dios conocido, del que no tenían noticia los paganos. Sin duda sería sorprendente si a un hombre que haya viajado con la mente hasta ser capaz de distinguir entre los elementos y las cosas, le diera por regresar servilmente a su cuerpo y revolcarse con él en la peor inmundicia; o si un hombre a quien le ha sido dado contemplar la verdadera imagen de lo bueno y lo bello, se dejara atrapar y engañar por lo falso, lo malo y lo deforme. Parece, no obstante, que dondequiera que pise el hombre fuera de sí mismo, siempre encuentra un suelo resbaladizo y cae trastabillando. Mejor basamento en el Dios único, verdadero y bondadoso hallará, por tanto, quien le entregue su alma a Él sin el estorbo de la carne. Escuchará entonces cosas que son imposibles de narrar, y contemplará el universo en su perfección original, tal como fue creado, en un cielo nada turbio ni teñido, sino límpido como el cristal. Con gran gozo suyo, y no poca admiración de los demás, discernirá las líneas primeras de las artes y los puntos primeros de las cosas. Esta belleza auténtica, que muchos desconocen, provoca en ellos la aversión por este mundo y vuelve desagradable el propio cuerpo debido a sus muchos defectos y sus pesadísimos lastres terrenales. Por eso en esta aula los ciudadanos de Cristianópolis se afanan y ponen gran ahínco en aprender a abandonarse a sí mismos y a apartarse de los asuntos terrenales. De este modo se recobran y adquieren, con creces, cualidades muchísimo más nobles.





LX LA TEOSOFÍA

Este mismo salón sirve también para un estudio aún más elevado, el de la teosofía, una ciencia que no atiende a ninguna de las invenciones o investigaciones humanas, sino que debe su existencia por entero a Dios. Empieza allí donde termina la naturaleza e, impartida por la suprema divinidad, guarda sus misterios sagrados religiosamente. Pocos hombres, incluso entre los más devotos, pueden dedicarse a la teosofía, pues sólo Dios es capaz de obrar el bien con su luz o con la cruz. Dios se revela por un instante, se recluye por largo tiempo en sus santuarios; siendo siempre el mejor, rara vez es visto, pero sus obras infinitas han sido reveladas y en ellas puede solazarse todo cristiano verdadero. Muy imprudente de nuestra parte es preferir a Aristóteles, valorar a este hombrecillo insignificante y no a las prodigiosas obras de Dios que lo dejan en ridículo. Nunca pudo ni quiso creer en el FIAT de Dios, en la ayuda de los ángeles, en el espíritu del fuego, en la densidad del agua, en la presión del aire, en la elevación de la tierra, en la inmortalidad del hombre, en el habla de las mudas bestias, en la inercia del sol, en los confines del mundo, cosas todas ellas que nosotros tenemos por comprobadas. Si tan sólo prestáramos oído a Dios, maravillas aun más grandes nos aguardan ante su trono. ¿Por qué no habríamos de escucharlo a Él, si hasta la más pequeña de sus acciones merece toda nuestra fe y es invencible? Si creemos en uno de sus milagros, debemos aceptar todos los que nos conceda, pues ¿cómo podríamos distinguir entre las obras de la Omnipotencia? Así, ésta es una escuela de humildad y obediencia, donde las mentes jóvenes aprenden a acatar las palabras de Dios y a recibir sus misterios con un silencio devoto en lugar de una curiosidad indiscreta. Que la filosofía se atribule: la teosofía permanecerá tranquila; que aquélla dispute: esta mostrará su agradecimiento; cuando la otra vacila, ésta se sienta segura a los pies de Cristo. Dichoso el hombre que se levanta a la primera llamada de Dios, aún más dichoso el que la sigue y dichosísimo el que nunca mira hacia atrás, sino que avanza sin detenerse. En los votos y deseos de un hombre santo lo más importante es esto: lo que a Dios place es cosa buena, pero si prefiere atosigarnos y destruirnos por la fragilidad de nuestras carnes, hágase la voluntad de Dios.

LXI LA ARITMÉTICA: TERCERA AULA

El tercer salón toma su nombre de la aritmética, asiento de toda sutileza. El que es Uno y Trino le ha concedido infinitas riquezas. Si atiendes a las necesidades del hombre, no hay

rama del conocimiento a la que ella no preste alguna ayuda de primerísima importancia; si atiendes a los esfuerzos de la mente humana, descubrirás que permite al hombre luchar casi con lo infinito y penetrar muy dentro en los secretos de las progresiones. Me inclinaría a afirmar que el hombre que no conoce la aritmética es ignorante de muchas cosas. Por eso los habitantes de Cristianópolis se dedican a ella con el mayor tesón, y cada día encuentran en ella algo de qué admirarse, algo que agudiza su inteligencia y aminora sus trabajos. En álgebra no tienen rival, pues ésta reclama todas las facultades del hombre, se ocupa de las entidades físicas de una manera completamente única y resuelve con increíble agudeza los problemas más intrincados. No por ello olvidan cuán grande es el esfuerzo necesario para desanudar los lazos de Satanás, si hasta las artes humanas pueden absorber toda nuestra atención; ni cuánta capacidad de cálculo se necesita para resolver los enigmas del mundo, cuánto escrutinio para explicar las imposibilidades de la carne, si ya bastante trabajo se tiene con hallar los principios y orígenes de las artes. Piensan que no se debe tolerar a ninguna persona que, aunque no aspire tan alto, se prive por simple pereza de la comodidad y los múltiples usos del cálculo. Si llegaran a enterarse de que entre los seres humanos hay tales personas, y que encima se las dan de eruditos, mucho me temo que no podrían abstenerse de insultarlas. Pues para ellos es evidente que debería prohibírsele a un ciudadano que ignore todas estas artes y no obstante deambule por todas partes investido de un cargo público. Si estos otros se dieran cuenta de que poseer un conocimiento verdadero es rasgo muy pertinente, y si emplearan ese conocimiento en conseguir alguna cosa, entonces creo yo que a muchos no les faltaría el talento ni el ánimo y la suerte les sería propicia. Entretanto, habrá que tener por altruistas a aquellos que, si bien no fomentan las artes, al menos no las persiguen con odio extremo.

LXII LA GEOMETRÍA

Después están los que estudian la geometría, hermana de la aritmética, una ciencia que expresa con líneas lo que la aritmética expresa con números. Por eso se adapta tan bien a las necesidades humanas y aplica las proposiciones y teoremas más profundos a las cuestiones prácticas con admirable solicitud. Porque la geometría no sólo mide las dimensiones de lo que tenemos cerca, sino de lo que está más arriba o más abajo, y no sólo las formas regulares, sino todo género de figuras. Las penetra, las transmuta, las nivela, las transfiere, las eleva y se desempeña con elegancia en todos los quehaceres humanos. Si uno se inclina por la especulación teórica, no hay nada más sutil; si uno se inclina por los asuntos prácticos, no hay nada más cómodo o expedito; si le confías cualquier talento, te lo devuelve más ágil y apto para cualquier cosa. Por eso los

habitantes de Cristianópolis le dan mucha importancia, pues ven que gracias a ella todas las artes se tornan más fáciles y el hombre se vuelve más diestro en el ejercicio de las mismas. Entre los necios es un arte que carece de valor, al igual que el resto de las matemáticas. Pero es obvio que pagan un precio por ello, por cuanto se ven obligados a poner más esfuerzo en sus trabajos y los ojos se les arrasan en lágrimas al verse aventajados por los demás. ¿Por qué extrañarnos de que se descuide la geometría, si la intriga, la avaricia, la gula, el vicio, la ira y hasta la estupidez y la osadía no tienen medida alguna ni la toleran? Los ciudadanos de Cristianópolis miden muchas y diversas cosas, pero antes que nada procuran medirse y pesarse a sí mismos y luego medir la bondad de Dios. Porque no es tan importante conocer el tamaño de nuestros huertecillos como la exigüidad de nuestro cuerpo, la estrechez de la sepultura o la relativa insignificancia del orbe entero. De esta manera la vacuidad del cerebro se reduce muy fácilmente y la inflamación del corazón disminuye, permitiendo que el hombre se vuelva desinteresado de sí mismo, paciente en la adversidad, agradecido con Dios y previsor ante la muerte futura, para que así prefiramos acrecentar un poco nuestra valía, antes que provocar a un Dios airado a que reduzca a la nada la poquedad que somos.

LXIII LOS NÚMEROS MÍSTICOS

Los que tienen más edad se elevan aún más alto, pues Dios tiene sus propios números y medidas que conviene al hombre tener en cuenta. Sin duda el supremo Arquitecto no construyó tan poderoso mecanismo al azar, sino que lo elaboró muy sabiamente con medidas, números y proporciones y le añadió el componente del tiempo, que se distingue por su admirable armonía. Y sobre todo depositó sus misterios en sus obradores y construcciones típicas, para que con la llave de David descubramos la longitud, anchura y profundidad de la divinidad y encontremos y percibamos al Mesías que, presente en todas las cosas, las une en portentosa armonía y las dirige con sabiduría y poder, y podamos deleitarnos adorando el nombre de Jesús. Todo esto no se comprende mediante las artes humanas, sino que se adquiere por revelación y se comunica de un fiel a otro. Por eso, se meten en un laberinto quienes piden prestadas varas y compases a la filosofía humana para medir la Nueva Jerusalén y examinar sus censos y cómputos sagrados o defenderla del enemigo. Bástenos con recordar que Cristo nos explicó a todos cómo enmendar y sobrellevar la vida, y cuidémonos de no abalanzarnos en pos de todo lo que brilla, como no sea la patente figura de Cristo llamándonos a ingresar en lugares ocultos. Este exceso de confianza ha engañado a algunos de los hombres más insignes, tanto más inesperadamente cuanto que ellos creían que las palabras que pronunciaban no carecían de inspiración. En esta cábala es recomendable ser bastante cautos, pues el presente nos

pone dificultades, el pasado lo recorreremos a tientas y el futuro es algo que se reserva Dios para sí mismo, revelándolo a poquísimas personas en momentos muy espaciados en el tiempo. Amemos los secretos que nos manifiesta Dios y no descartemos, como hace el vulgo, todo lo que se halla por encima de nosotros ni equiparemos las cosas divinas con las humanas. Porque Dios es bondadoso en todas las cosas, pero en las suyas es admirable.

LXIV LA MÚSICA: CUARTA AULA

La cuarta es la que llaman aula de la música, a la que no se puede ingresar sin haber pasado antes por la aritmética y la geometría, hasta tal punto depende aquella de la medida y el número. Aquí el hombre da nuevas muestras de su excelencia, pues con tres tonos crea una infinidad de variaciones, y de este modo no sólo destaca en el habla, sino que supera los gritos de los animales y los cantos de las aves, rivalizando incluso con el cielo, donde la melodía es eterna. No es posible calcular la cantidad de cosas insignificantes de las que se sirve el hombre para los fines más elevados. Con muy pocas letras pronuncia miríadas de palabras, con muy pocos tonos crea una sinfonía interminable. Pero el mundo, guiado por la malicia de Satanás, no se ha podido resistir a abusar del legítimo placer del cielo y lo ha sometido al fraude. Este es el motivo de que existan entre nosotros la locura del baile, la ligereza de las canciones vulgares y la ruindad de los parranderos, cosas todas que hace tiempo que fueron desterradas de esta república y no se oyen más. La música que les agrada es la que tiene un espíritu profético, una armonía que acompaña al alma y que resuena hasta el cielo. Al componer su música se inspiran en los versos de los santos, ya sea que se regocijen o se lamenten, que aplaudan o supliquen, y amplían el acervo con los arrebatos cotidianos de su espíritu. Para ello se ayudan de la poesía sacra, pero no la que canta loas a Venus o a Baco. Reparten las voces de forma estricta según la edad y el sexo, para que en los recitales públicos los diversos tonos suenen todos en perfecta armonía. No hay nada comparable a la majestad de esta música, pues cuando se combinan el favor del Espíritu Santo, el ingenio de la composición, la eficacia de las palabras y la fuerza de la resonancia armónica, no puede haber mayor encanto. A esto hay que añadirle la ventaja de que en sus canciones se incluyen los puntos fundamentales de la religión cristiana, anécdotas de vidas ejemplares y las obras de Dios más memorables, que ellos dejan que se alojen en su espíritu por este medio tan placentero. Son más avisados que los hombres mundanos, quienes después de largo tiempo de canturrear versos indecentes y necios en medio de los halagos de la carne, al fin se ven obligados, justo en las punzadas de la muerte y los remordimientos de la conciencia, a rugir amargamente por cosas más lúgubres.

LXV LOS INSTRUMENTOS MUSICALES

En su teatro matemático también tienen sitio para los instrumentos musicales, pero aquí además los emplean en gran número y variedad. No te será nada fácil encontrar a alguien que no toque como un experto, aunque cada quien es libre de elegir el instrumento que más le agrade: la lira, el violín, el arpa, uno de viento o ese que consideran la suma de todos, el órgano, del cual tienen muy suntuosos ejemplares. Recomiendan a los estudiantes que depuren su técnica al máximo, con el objeto de fomentar su agilidad en los asuntos de la república y, sobre todo, su entrega y dedicación de cuerpo entero a Dios. A menudo los conminan a que sean para el Creador y para el prójimo lo que la mano es para la música, que mueve, alza y baja los dedos obedeciendo a un impulso interno y una pauta externa. Esto habría que decírselo a los que se someten en todo punto a las normas y exigencias de las artes, y sin embargo no escuchan a Dios cuando intenta ponerlos en sintonía con sus instrumentos y les ofrece la *tablatura*, como ellos la llaman, de sus obligaciones. De ahí las disonancias de los distintos estamentos de la sociedad, el alboroto de las obras y ceremonias, y el descuido de la ley divina, sonidos que nunca serán gratos a Dios, sino siempre una afrenta. Mejor sería que esos arduos servicios que de buena gana ofrecen al mundo se los dedicaran a Dios, que no es de ninguna manera estricto ni severo, sino que su desvelo por proteger y cuidar sus instrumentos, por más frágiles que éstos sean, es mayor que el afán del mundo por destrozarse y desechar sus herramientas más resistentes.

LXVI EL CORO

Para contribuir lo más posible al culto público también se sirven de la música solemne. A este efecto cuentan con un coro, que recorre la ciudad una vez por semana además de los días festivos. Todos los integrantes de la escuela avanzan de dos en dos, los varones de un lado y las mujeres del otro, desfilando en perfecto orden por las calles de la ciudad y entonando un himno a Dios, lo mismo con sus voces que con distintos tipos de instrumentos. Se les agrupa según las edades, a fin de que las voces queden bien repartidas y los más inexpertos reciban el apoyo de los de edad más madura. Cuando estuve allí cantaban el Salmo 127, con el que encomendaban a Dios la protección del Estado. Nunca he oído nada más sonoro y armonioso mientras los veía avanzar lentamente bajo los pórticos abovedados.¹⁹ Mis ojos y mis oídos rebosaban de dicha y anhelaba asistir siempre a su ceremonia sagrada. Esto lo hacen a imitación del coro de los ángeles, de cuyos cánticos da testimonio el propio Dios. Dado que tienen en gran estima

su servicio, protección, consejo e instrucción, y además desearían tenerlo lo más cerca posible, abrigan la esperanza, no sin razón, de que el coro celestial se les una en sus cantos. ¿Quién no creerá que estas almas puras se deleitan más con este regocijo público y espiritual que con el bullicio de una ciudad dominada por la confusión del mundo? ¿Quién dudará que obtienen mayor provecho unas almas que se elevan a Dios por una alegría pura que otras que se afligen y fatigan bajo los tormentos de la vanidad? Dicen ellos, y yo les creo, que siempre vuelven de estas procesiones corales con el ánimo fortalecido y como imbuidos del aliento divino, y que nunca sienten tan cercana y patente la custodia de los ángeles como cuando sus corazones se desbordan con el gozo de Dios. Dicen que de este modo se ensalza a Dios, se reaviva el alma, se rechaza la carne, se evita el mundo y se pone en fuga a Satanás. ¿Y qué ha sido del mundo? Mientras aparenta locura y ronca y agota su aceite, he aquí que el esposo celestial ha llegado y ha cerrado la puerta con firmeza tras de sí.

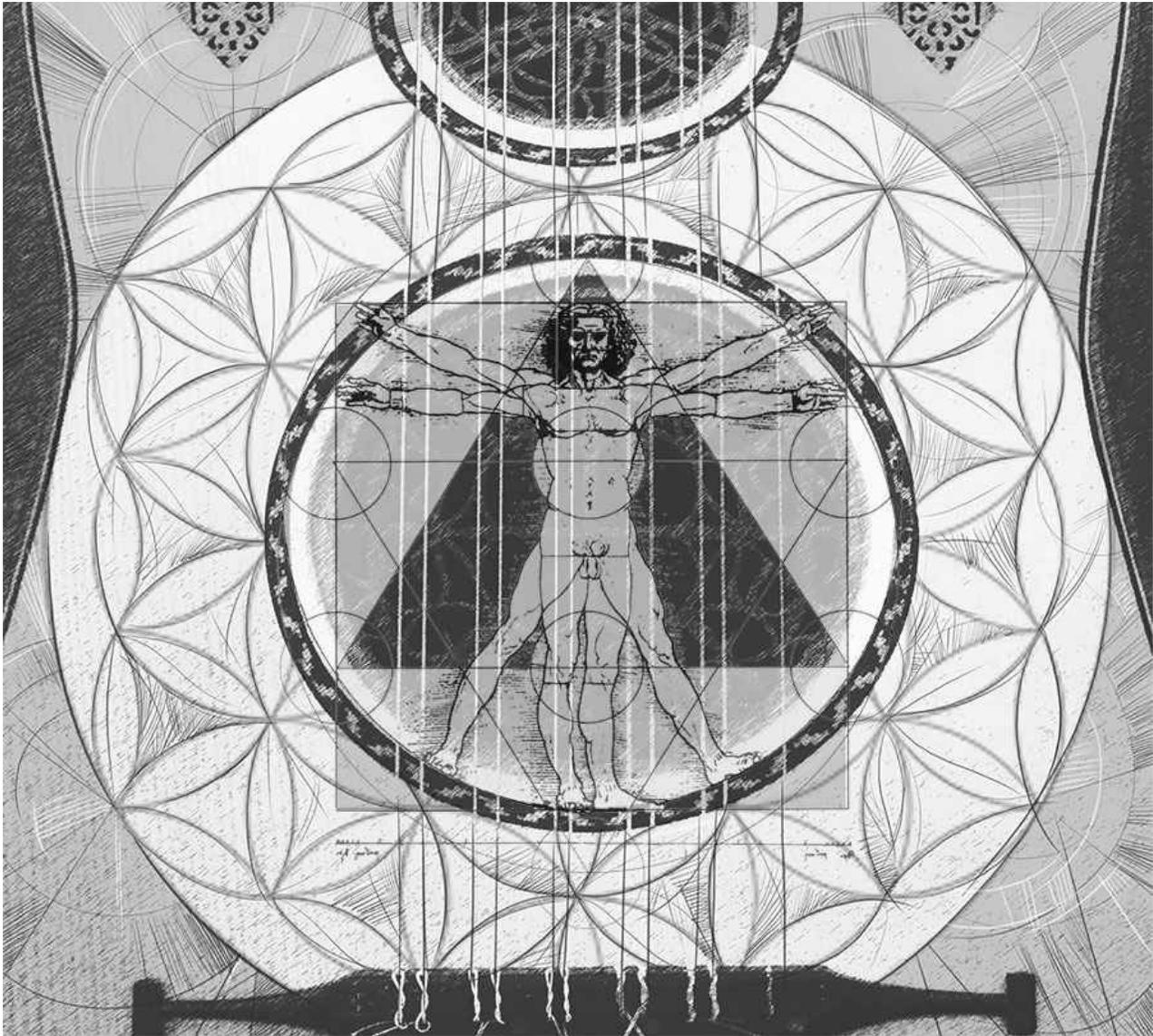
LXVII
LA ASTRONOMÍA:
QUINTA AULA

La quinta escuela se la adjudica la astronomía, no menos digna del género humano que cualquier otra arte. Pues con increíble diligencia nos da a conocer los movimientos y lentas rotaciones del firmamento, las órbitas y posiciones de los planetas, la ubicación de las constelaciones, sus disposiciones y diferencias, además del número y tamaño de las estrellas visibles y las relaciones que guardan entre sí; nos hace entrar casi en el mismo cielo, convirtiéndolo en una especie de tributario de este nuestro territorio. Digna es sin duda de ser practicada por los reyes de la Tierra, pues parece que domina al cielo. Los habitantes de Cristianópolis le dan mucho valor, y no temen que el movimiento de la Tierra los arroje o que los ignotos habitantes de otros astros los expulsen. Les basta con el honor que Cristo concedió a la Tierra cuando habitó en ella bajo forma humana. Del resto se ocupará Dios. Pero hablemos ahora de aquellos que contemplan el cielo con menos entendimiento que una bestia. A su juicio, el sol podría salir por el occidente, y no conocen más tiempo que el de sus calendarios. Si se ufanan de sus conocimientos, es una deshonra el poco interés que demuestran por aquello que los santos padres estudiaron con tanta perseverancia; pero si no aspiran a gran cosa, entonces habrá que censurarlos por inclinar hacia el suelo el semblante que Dios concedió al hombre para erguirlo bien alto. Toda excusa es afrentosa si despoja al hombre de su humanidad o, si se prefiere, de su divinidad. Ciertamente, el hombre no ha ascendido a esas moradas tan altas por sus propios pies, ni ha observado esas leyes tan confusas sin la guía de Dios. Por eso sólo las inteligencias más nobles se sienten inclinadas a la astronomía; las que son innobles y

tienden a lo terrenal se contentan con ingerir bellotas y cascarillas.

LXVIII LA ASTROLOGÍA

En este mismo salón se imparte la astrología, muy apreciada por varios motivos. Pues todo lo que la tierra debe al cielo y lo que el cielo comunica a la tierra lo pueden comprobar quienes han experimentado ambos. El sapientísimo Creador ha entretreído su gran obra de tal manera que ésta se manda y a la vez se obedece a sí misma. Por eso se guarda constancia del influjo dominante de los astros, con más admiración por la sed de conocimiento del ser humano que por la fiabilidad de los resultados. La experiencia alimenta la confianza, la razón teórica suscita la duda; entre la una y la otra, la Tierra confiesa su subordinación al cielo. Los efectos del sol y de la luna son fáciles de reconocer; sobre los demás astros hay tantas divergencias de opinión como practicantes del arte. Al conversar con ellos sobre el tema, no logré sacar en claro cuál era la opinión de los habitantes de Cristianópolis sobre este asunto. Sea como fuere, su pensamiento, por más que le estorben los impedimentos del cuerpo, no lo subordinan más que a Dios, y a nadie más que a Dios. Les parece muy dudoso que todo dependa del primer momento de la existencia y del nacimiento, y que este momento deba considerarse determinante para el curso de la vida y de la muerte. De ahí que insistan más bien en la importancia de cómo dominar los astros y cómo sacudirse el yugo, si lo hubiere, por medio de la fe. Por eso reconocen un cielo nuevo, otros astros y movimientos, donde Cristo es el motor primero. Con su auxilio derrotan toda malevolencia, todo lo que es adverso, débil o extraño. El horóscopo más afortunado es la adopción entre las huestes de los hijos de Dios, cuyo Padre, si es consultado mediante plegarias, rara vez calla algo; si se le suplica, rara vez rehúsa nada, tan lejos está de exponerlos a la errancia de los astros. De esto se ha dado cuenta el peregrino de la Tierra y, a la sombra de Dios, no teme las tormentas del cielo. Quienes sepan más que estas cosas, sépanlas para sí mismos. Pero no excusemos la estupidez de aquellos que, creyéndose con derecho a pisotearlo todo, y despreciando neciamente el mismo cielo, no son sino hombres que se dejan llevar por los días del calendario: ahora mansos, ahora rebeldes, hoy fascinados, mañana sarcásticos, nunca ecuánimes, siempre toscos. Porque al que ignore la utilidad de la astrología en los asuntos humanos, o la niegue como un fatuo, me gustaría a mí verlo cavar la tierra y cultivar y labrar los campos durante una larga temporada y bajo un clima adverso.



LXIX
EL CIELO DE LOS CRISTIANOS

Grande es la diferencia entre hombre y hombre, pero mucho mayor es la diferencia entre un cristiano y un hombre mundano. El hombre mundano no se sojuzga a tantas cosas cuantas domina el cristiano. Éste no sólo está libre de cualquier ofensa al cielo, sino que se ha reconciliado con él. Por eso recibe cada día los dones de un amigo, pues Dios ordena que todas las criaturas se muestren benévolas con el cristiano. En qué medida se muestra el cielo propicio al cristiano, y hasta qué punto obedece éste a los impulsos de la fe, es algo que supera el entendimiento de los infieles; cuán exclusivamente se consagra a la iglesia, nadie aparte de ella lo sabe ni lo entiende. ¡Con cuántas bendiciones no han premiado a sus fieles el sol, las estrellas, el arco iris, el granizo y el rocío, por sólo citar algunos! El favor del cielo acompañó a la Iglesia cuando ésta erraba peregrina de oriente a occidente, y domesticó a los hombres que antes mantenía en la barbarie. El favor del cielo nos enseña con presagios y milagros, reprende la maldad, endereza la cabeza de los piadosos y los hace mirar de frente a la esperanza de la restauración. Difícilmente se podría hablar de la maravillosa armonía con que el cielo dirige la historia de la tierra y favorece a la iglesia en sus distintas vicisitudes. Al ser pocos los que se ocupan de estas cosas, son por ello aún menos los que comprenden el camino que prescribe la iglesia en estas tierras y, aunque ensalzan la religión, concluyen que el esplendor le ha sobrevenido a este siglo por azar. Mientras tanto, no toman en cuenta las palabras del Anticristo, de Mahoma ni de otros falsos profetas ni toleran que nadie las investigue. No obstante, ven alzarse otros nubarrones y claman contra ellos; si pudieran discernir los signos de los tiempos con tan buen juicio como el aspecto del cielo, no tendrían que oírse llamar “hipócritas” por Cristo. Los habitantes de Cristianópolis buscan sobre todo un cielo espiritual, y en esto son muy solícitos. Aman el cielo físico tanto más cuanto que saben que siempre ha sido y seguirá siendo propicio a los cristianos. Habiendo fundado su ciudad bajo tan feliz auspicio y en un natalicio tan favorable, saben que la hostilidad del cielo nunca se cernirá sobre la ciudad mientras siga honrando a Dios.

LXX
LAS CIENCIAS NATURALES:²⁰
SEXTA AULA

El sexto salón deriva su nombre de la filosofía natural, sobre la cual ya he hablado un poco en el auditorio que lleva su nombre. No hace falta abundar en el celo que ponen en

su estudio, siendo indispensable para la necesidad misma de estudiarla. Porque gracias a ella alcanzamos un conocimiento general y particular de ambos mundos e indagamos en los movimientos, cualidades, comportamientos y fenómenos de sus criaturas; mediante ella descubrimos de qué materia están hechas las cosas, cuál es su forma, su medida, su lugar y su tiempo; cómo se mueve el firmamento y qué aspecto tiene; cómo se combinan y multiplican los elementos; por qué existen y viven los animales y las plantas; de qué sirven los metales y, sobre todo, cuál es el propósito del alma, esa chispa de la divinidad dentro de nosotros. Son cosas en verdad hermosas que no es propio que el hombre ignore, habiendo sido minuciosamente examinadas por tantos. Pues no hemos sido enviados a este mundo, el más espléndido teatro de Dios, tan sólo para que devoremos como bestias las pasturas de la tierra, sino para que deambulemos a nuestro antojo y contemplemos las maravillas de Dios, repartiendo sus dones y apreciando sus obras. ¿Quién no creerá que la gran variedad de las cosas, su encanto, utilidad y madurez y, en resumidas cuentas, el usufructo de la tierra no le han sido concedidas al hombre para otra cosa sino para su mayor beneficio? Si alguien cree que todas estas bendiciones son suyas sin que deba mostrar gratitud o siquiera reparar en ello, se equivoca vilmente. Antes bien, puesto que dispone de todas las criaturas para su propio uso, el hombre está obligado a dar gracias a Dios en nombre de todas ellas, valga decir, debe mostrar a Dios la misma obediencia que las criaturas le tributan a él. Y así, no volverá a mirar esta tierra sin alabar a Dios ni sacar beneficio, aunque siempre bajo la admonición de que deberá ser moderado en su uso y minucioso en su contemplación. ¡Dichosos los que se sirven del mundo hasta donde lo permite la largueza de Dios, en vez de que el mundo se sirva de ellos! Quien reconoce la libertad cristiana nunca se someterá a la infame esclavitud de las criaturas.

LXXI LA HISTORIA

A las ciencias naturales las acompaña la historia, que es el relato del acontecer de la tragedia humana. No hay palabras suficientes para hacer justicia a su importancia. No obstante, entre los mortales casi nunca aparece incorrupta, tan profundos son los secretos del corazón humano, tan alta la estima en que nos tenemos a nosotros mismos, tan temerario nuestro juicio sobre los demás, tan sutiles las excusas de los errores humanos. Los habitantes de Cristianópolis se aferran a la verdad con tenacidad, y prefieren pasar vergüenza diciendo la verdad antes que encumbrarse diciendo una mentira. Por eso quieren que se escriba todo llanamente, y relatan con sinceridad todo lo que hacen, incluso sus defectos, para que la posteridad conozca los hechos del pasado sin embozos. Cosa muy triste es volver la mirada atrás y ver a lo largo de tantos milenios la tiranía de

Satanás, la proliferación del crimen, las monstruosidades de los hombres, la abominación de las guerras, el horror de las masacres, los alardes de la vanidad, la arrogancia de la riqueza, la confusión de los estamentos y los secretos de la iniquidad. Todas estas condiciones se suceden unas a otras en este mundo, se repiten sin cesar y son el azote de cada época. ¡Cuán hermoso es, por el contrario, contemplar a los campeones de Dios, los gérmenes de la virtud, la dignidad del espíritu humano, la abundancia de la paz, el sosiego de la calma, la admisión de los defectos, la plenitud de sentirse satisfecho, la diversidad de los dones, la inexpugnable robustez de la santidad! Hay eruditos que se atreven a ignorar estos hechos y los incluyen entre las fábulas, siendo ellos mismos dignos de figurar en una fábula. Mientras tanto, resulta evidente que quienes desconocen los hechos del pasado no son útiles para el presente ni están preparados para el futuro, por más atrevidos y arrogantes que se muestren en otras cuestiones. Pues de la misma forma que el estudio de la historia humana vuelve al hombre dulce, humilde y precavido, así también el desconocimiento de la misma lo mantiene rudo consigo mismo y con los demás, altanero y presto a causar su propia ruina y la del Estado.

LXXII LA HISTORIA DE LA IGLESIA

Los habitantes de Cristianópolis anteponen la Iglesia a todas las cosas de este mundo, y por eso se ocupan de su historia más que de ninguna otra. Siendo la única arca que puede dar cobijo a los que habrán de salvarse, ponen en ella más atención que en las aguas del gran diluvio. Se ocupan, pues, de relatar con qué inconmensurable bondad permitió Dios que se reuniera aquel insignificante rebaño, cómo fue acogido bajo su alianza, organizado mediante sus leyes y fortalecido con su palabra; con qué endeble instrumentos fue expandido, con qué poderosísimas máquinas agredido, con qué auxilios evidentes defendido; con cuánta sangre y con cuáles preces se afianzó su estabilidad, con qué rugidos por parte de Satanás triunfó el estandarte de la cruz; con cuánta facilidad crece la cizaña, cuán a menudo queda arrinconada su luz, cuántos eclipses ha padecido, graves y densos sobre todo bajo el Anticristo; cómo salió airoso de situaciones desesperadas en numerosas ocasiones, y en nuestro siglo bajo la guía del gran Lutero; con qué suciedades y máculas se la mancilla a menudo, con qué aflicciones la abruman los hijos de la carne. Llevan la cuenta de muchas cosas como estas, así como de los cambios periódicos y armoniosos de la iglesia, y las inculcan en los jóvenes con gran meticulosidad para que aprendan a confiar en Dios, a desconfiar de la carne, a despreciar las amenazas del mundo y a soportar con paciencia las tinieblas del siglo. Este proceder es muy atinado, por más que otros se desentiendan de la historia eclesiástica abiertamente. No cabe aquí, en efecto, explayarse en lo poco que los propios

eclesiásticos recurren a ella, ni en lo poquísimos que, cuando lo hacen, les sirve frente a uno u otro silogismo. Esto no es sino un ardid de Satanás, que, alejando de nuestra vista las antiguas disputas de los hombres devotos y los azotes de la herejía, nos deja ver solamente cuantas nebulosidades pueda haber en la Iglesia, en vez de la luz serena e inequívoca, para que al cabo de un tiempo nos acostumbremos a la superstición y la maldad. ¡Ay, si por una vez los hombres volvieran la mirada a la rigurosidad de nuestra reforma, no caerían tantos en la simonía y esa falsa sensación de seguridad! ¡Ojalá se resguardara con más seriedad la religión que no sólo aborrece la doctrina romana sino también sus valores! Mientras tanto, los habitantes de Cristianópolis piensan con mucha frecuencia no sólo en la Iglesia en el sentido más amplio, sino también en la Iglesia pequeña que llevan en el corazón; y de este modo, cada vez que sienten la divina presencia, pueden tomar nota de todo lo que obra dentro de ellos a favor del espíritu y contra la carne, a favor del cielo y contra el infierno, para que puedan creer y saber que son los elegidos y amados de Dios.

LXXIII LA ÉTICA: SÉPTIMA AULA

La séptima escuela tiene como principal estudio la ética, que les sirve de guía en todas las virtudes humanas: la prudencia, la justicia, la templanza, la valentía y otras cualidades afines. Quieren que no sólo atiendan a los preceptos y las leyes, sino a los mismos hechos, conspicuos sobre todo en los ejemplos cotidianos. Es ridículo aconsejar a los otros lo que desmentimos con nuestras propias vidas. Los que no hacen más que invocar al cielo no deberían oler a tierra, los que inculcan la justicia no deberían hacer mal a nadie, los que defienden la templanza no deberían vivir como libertinos, los que alardean de valentía no deberían abatirse nunca. Si alguno se adelanta, no faltarán otros que sigan sus pasos, de lo cual hay numerosísimos ejemplos. Es así como recompensan las obras realizadas, pues expulsan de la sociedad de los hombres buenos todo lo que es fruto del azar. Dicen que la fortuna es ficticia y que depende de nuestra disposición mental, pues perseguimos o soslayamos algo según nos parezca bueno o malo para nosotros. Si vivir en condiciones satisfactorias está en nuestras manos, esto sólo nos lleva a persuadirnos de que debemos sufrir el mal y vivir en la indigencia. Dicen que siempre estaremos necesitados mientras ansiemos lo que no podemos alcanzar, y que siempre tendremos abundancia mientras poseamos solamente aquello que nadie nos puede arrebatarnos. Gran verdad hay en ello, puesto que no podemos achacar nuestra infelicidad a nadie más que a nosotros mismos: al codiciar como individuos lo que pertenece al grupo, atentando de este modo contra los derechos de otras personas, siempre hallaremos con quien pelearnos, siempre habrá quien nos conquiste y nos venza, y si no viene alguien a molestarnos no nos sentiremos

satisfechos. Esto lo han entendido muy bien los ciudadanos de esta sublime ciudad, y por eso no quieren que su mayor tesoro resida en otra parte que no sea su propio corazón; y como no les interesa que sólo sea un tesoro imaginario, creen y reconocen que Cristo es aquel por cuyo amor se unen en perfecta amistad, por cuya perfecta verdad se rigen, cuya perfecta urbanidad obtienen, de cuya perfecta liberalidad se impregnan, o, en suma, por cuya humanidad se ennoblecen. Que nos gocemos imitando esto, o que así lo permitan los que suelen colmar el mundo con las más abyectas costumbres y las más vanidosas prácticas, es algo que ruego de todo corazón a Dios, autor, protector y remunerador de la vida honrada y bien ordenada.

LXXIV EL GOBIERNO²¹

Más sutil que ésta es el gobierno, que se vale de un intelecto constructivo para regir a los hombres y proteger a la población. Ya he dicho antes que prefieren la aristocracia a otras formas de gobernarse, porque ésta es más acorde con la sociedad cristiana. Para ello han establecido tres cualidades buenas del hombre: la igualdad, el anhelo de paz y el desprecio de las riquezas, ya que los contrarios de éstas son los que más afligen al mundo. Además, ponen el cultivo del espíritu en un orden más elevado y lo divulgan a fin de que cualquier persona pueda conocerse mejor a sí misma. Su principal divisa es que los cristianos han de diferenciarse del resto del mundo no sólo por su religión sino también por sus costumbres, y que por tanto no se les debe permitir hacer cualquier cosa que a otros parezca correcta, ni deben tolerar cualquier cosa que otros consientan. Dicen que los evangelios requieren de un gobierno distinto al del mundo, y que sobre este punto sólo puede pronunciarse la religión cristiana. Reprochan al mundo que consienta la altanería de los poderosos, la indecencia de los sacerdotes, la deshonestidad de los funcionarios, el lujo de los ciudadanos y el descarrío de cualquier persona bajo el mero pretexto de que son hombres. Según ellos, lo que esto indica es que hacen falta tentativas serias y una ordenación adecuada del gobierno, pues el hombre no es una bestia indomable; más tarde se abrirán incluso las palestras de todos los males, y es de sorprender que aun así alguien logre resistir. Dicen también que hay muchas prácticas malas y nocivas que son tomadas por buenas y encomiables, y no está permitido criticarlas. Hay leyes magníficas a la vista de todos, pero quien exija su aplicación sólo hará el ridículo. No les parece, dicen, que vaya conforme al modelo de Cristo un gobierno en que se otorga menos importancia a Dios que a los hombres, menos al alma que al cuerpo, menos al cuerpo que a las posesiones; en que los vicios de la riqueza no son un delito ni las virtudes de la pobreza un mérito; en que el corruptor recibe un premio y el corrompido la muerte; en que el alma del hombre puede venderse a cualquier

precio. Por más que hice el intento, me vi incapaz de responder a todos estos argumentos. Así que dejé el asunto en manos de los científicos políticos de nuestro siglo, que no habrían descrito el mundo en tantos volúmenes si no supieran lo que mejor conviene a los mortales. No obstante, pensé para mis adentros que gran parte de lo que se dice justificadamente en contra de las costumbres se podría corregir con menos esfuerzo del que pone el mundo en porfiar en las suyas. Vemos que es ciertamente posible mantener intactos nuestros intereses, con tal que tratemos los intereses divinos y el sacrosanto nombre de Dios con un poco de reverencia; pues se dice que unos han cumplido esto supersticiosamente, otros fanáticamente, pero únicamente los cristianos no se avergüenzan en sus alardeos de enumerarlo entre las cosas imposibles.

LXXV LA POBREZA CRISTIANA

A los cristianos no les basta con ser buenos según las enseñanzas de la ética y el gobierno, sino que toman por modelo al propio Cristo, maestro más eminente. Siendo Él la encarnación más perfecta de las virtudes supremas, merece que haya quienes lo imiten. Pero estas virtudes van más allá de las excelencias humanas y están subsumidas en los símbolos de la cruz, y los que profesan una mayor cercanía con el hombre las llaman pobreza cristiana, por la cual renunciamos incluso a las cosas que están permitidas al mundo para poseer únicamente a Cristo. Los que se unen a este grupo lo desaprenden todo, lo abandonan todo y lo soportan todo. Prefieren la simplicidad a la inteligencia, la ignorancia al conocimiento, el silencio a la elocuencia, la humildad a la dignidad, la credulidad a la astucia, la necesidad a la saciedad, el estudio a la enseñanza, el padecimiento a la acción, y ansían todo aquello que en esta tierra se tiene por insignificante, siempre y cuando no sea nocivo. No pienses que se trata de minoritas romanos,²² taimados acaparadores de lo más grande de esta Tierra, ni tampoco de santurrones hipócritas por su propio entendimiento y su soberbia oculta. Es una raza de hombres alegres, muy diestros en todas las cosas que emprenden. Los dones que reciben de Dios los dividen en común, guardando muy poco para sí. No se irritan por los insultos, no se envanecen por la fama; no se regodean en la abundancia ni se desazonan en la pobreza; no admiran los argumentos más sutiles, no desdeñan las cosas más ínfimas; no les preocupan las amenazas del siglo, no se dejan llevar por las novedades del presente; no se turban ante el ruido ni se exacerban ante la separación de los suyos; no les angustia la vida ni les aterra la muerte. Hay poquísimos como éstos, y no podían ser otros sino aquellos que han penetrado en todas las cosas, aquellos que reconocen con toda claridad los asuntos y los saberes humanos, y aquellos que, tras las andanzas en esta Tierra, no anhelan más que la certeza del cielo. Nadie se hace el necio con más gusto,

nadie ignora las cosas con más soltura, nadie se priva de todo con mayor facilidad, nadie sirve con mayor prontitud que aquellos que han adquirido la experiencia para dominar, respectivamente, los vaivenes de la prudencia, los laberintos del conocimiento, el peso de las posesiones, los peligros del mandar. Por eso los que tienen por costumbre reírse de éstos y criticarlos, no hacen más que demostrar cuán poca es la experiencia que tienen de las cosas humanas, y que siguen revolcándose en el mismo fango del que aquellos salieron por la gracia de Dios.

LXXVI LA TEOLOGÍA: OCTAVA AULA

Queda sólo la octava escuela, que está consagrada a la teología, reina de todo lo que poseen los seres humanos y señora de la filosofía. Lo primero que les enseña es el estilo con que el Espíritu Santo se expresa en las Sagradas Escrituras, su fuerza, su elegancia, su eficacia y su profundidad, para que los jóvenes sepan qué significa esta o aquella frase y esta o aquella combinación de palabras y aprendan a admirar este género de lenguaje por encima de toda la elocuencia de la Tierra. Después se les apremia a hacer una devota imitación de este discurso divino para que, habiendo ya acumulado desde su infancia un tesoro formidable de pensamientos sagrados, aprendan también a aplicarlos a las necesidades de los mortales y sean capaces de hablar a los demás con el mismo espíritu y las mismas palabras con que los apóstoles de Cristo predicaron el Evangelio al pueblo. En tercer lugar, los arman con los argumentos y la firmeza de la Palabra invicta, para que cuando se vean atacados por las herejías o combatidos por el propio Satanás, padre de los argumentos falaces, sepan cómo defender la sinceridad de la verdad, extraída en préstamo de la fuente verdadera, y aprendan a proteger en cualquier tiempo y lugar las límpidas fuentes de Israel de la contaminación del fango terrenal o de los razonamientos humanos. A esto lo llaman la teología escolástica, que es la que enseña a conocer, imitar y defender las palabras de la Sagrada Escritura, y en ella instruyen a sus alumnos para recordarles que con estas cosas no se ha consumado nada en el cristianismo, sino que sólo sirve en aras de prepararlos para que consigan algo. También evitan sobre todo los nombres de las sectas, siendo muy reacios a pronunciarlos, y, aunque les place mucho oírse llamar por el nombre de luteranos, se esfuerzan antes que nada en ser cristianos. De lo cual deduzco que no están de acuerdo con los que aceptan de buen grado cualquier traducción y se duermen sobre ella confiadamente sin preocuparles demasiado si el Espíritu Santo ha dicho eso u otra cosa; y asimismo, que para ellos la teología no se reduce a la habilidad de predicar en público, ya que puede ocurrir que un hombre, a un tiempo malvado e ignorante, profiera al pueblo palabras que son sagradas pero que ha tomado prestadas; ni admiran tampoco a aquellos que, convirtiendo toda teología en

dagas, espadas y arcos, no aceptan más culto de Dios que el que levanta polémicas y altercados. Por último, según colijo, no permiten que las discrepancias de opinión más inanes susciten disensiones y odios, antes instruyen a sus discípulos para que sean capaces, en caso necesario, de formarse una opinión sobre las versiones de las Escrituras, dirigirse al público, defender la verdad y evitar los cismas, y también, lo que es quizá más afortunado y sin duda más moderado, que prefieran ocuparse en ordenar su vida cristiana atendiendo al hecho de que Cristo prefiere los hombres devotos a los eruditos y los obedientes a los argüidores; porque las mismas artes del espíritu consiguen menos ante los embistes finales de la muerte que la solidez de una conciencia purificada por la sangre de Cristo.

LXXVII LA PRÁCTICA DE LA TEOLOGÍA

A partir de allí se preparan con gran devoción para la teología práctica, que les enseña a orar, meditar y ponerse a prueba. Esta sabiduría es la que inscribe en nosotros las Sagradas Escrituras, llevándolas a nuestras vidas para que podamos divulgar los misterios de Dios. Aquí se les exige no sólo aceptar la Palabra Divina, sino estar en unanimidad y armonía con ella. Porque así como Cristo es la suma de todos los secretos, así la regeneración dentro de nosotros es el principio de una nueva infancia, una nueva juventud e incluso una nueva madurez, e inculca en nosotros no lo que es conforme con Adán, sino con Cristo, nuestro libro de la vida. Los que elaboran su teología siguiendo reglas artificiales no entienden nada de esto. Pues hace falta un ácido corrosivo y acerbo, vertido interiormente, para destruir las estructuras internas y hacerlas añicos. Si no cesamos nosotros, Cristo no empezará; si no callamos, Dios no hablará; si no lo aceptamos con pasividad, el Espíritu no se mostrará activo. Tal es el sábado que ha puesto en ridículo a todos los hombres piadosos de todos los tiempos. Tal es la locura de los santos de Cristo, que no solamente creen en Cristo crucificado, sino que incluso ansían ser crucificados ellos mismos. Tal es la necedad del Evangelio de Pablo, que no se gloria de otra cosa que de su propia debilidad. Aquí suele ser mayor el peligro que viene de Satanás, malvado siempre, pero en esto peor que nunca, por cuanto asedia al hombre con tal astucia que este deja de ser de Dios. De ahí el furor, el insomnio, el delirio y demás engaños que delatan a una mente que no se inspira en Dios sino que actúa por sí misma. Por eso los ciudadanos de Cristianópolis advierten gravemente a los suyos y a los demás que no pidan ni intenten hacer nada por su cuenta, más allá de la simplicidad cristiana, sin consultarlo con Dios. Pues no todos podemos ser arrebatados como Pablo hasta el tercer cielo, pero podemos, con él, formarnos a imagen de Cristo. Para una teología verdadera basta con que obedezcamos a los evangelios y a los apóstoles, y no

tendremos necesidad alguna de revelaciones o de ángeles que prediquen otras cosas. Y así como la teología auténtica se desentiende de los cristianos burdos y carnales, así tampoco reconoce a los que son meticulosos en exceso o a los que se quedan en lo puramente espiritual. La más adecuada moderación de la cruz es aquella que impone a todos los hijos de Dios el peso que más les convenga según la balanza de Cristo, y atosiga a cada uno de tal forma que tenga un motivo para implorar la ayuda de Dios.

LXXVIII LAS PROFECÍAS

Si nuestro Padre misericordioso favorece a un hombre un poco más que a los demás, no se apresuran a impugnar los hechos, sino que ponen a prueba los espíritus proféticos. Por eso tienen una escuela de profecía, no para instruir en las virtudes del vaticinio, que a tantos engaña, sino para observar la armonía y la verdad del espíritu profético. Y como esto no puede ocurrir sin la sugestión divina, deliberan sobre el asunto con temor del Señor para determinar si a alguno se le ha concedido más luz de lo habitual. Porque sólo en muy raras ocasiones han dado crédito a uno siquiera, entre tantos intérpretes, de que fuera capaz de adaptar los diversos tipos de las Escrituras de acuerdo con sus diferencias, extraer las profecías de sus santuarios más recónditos, reconciliar los rituales de Moisés con Cristo, aprehender los argumentos de los apóstoles y del propio Cristo tomados del Antiguo Testamento o lograr cosas semejantes. Muchos, en efecto, los han hecho dudar de si uno u otro no se habrá pronunciado más bien con demasiada imprudencia. Por tanto, admiten que en lo concerniente a la predicción del futuro o la interpretación del pasado aún no comprenden los oráculos del Espíritu Santo, pero se contentan con la revelación divina que es condición de la salvación eterna. También ruegan a Dios que acceda en su grandísima indulgencia a revelar a sus hijos algo de la profunda sabiduría que se esconde en las honduras de su Palabra y mostrarles a su Hijo en cada una de las páginas sagradas. Cuánto es lo que han conseguido gracias a este piadoso ruego, es algo que no me han dicho.

Con mi estilo tosco he repasado brevemente todo aquello que me enseñaron en sus escuelas cristianas. Espero no haber faltado a los hechos por la pobreza de mi escritura o quizás incluso por mi desmemoria. Confío en que, si no todo, al menos algo o siquiera un poco de lo que he expuesto haya agradado a mi piadoso y cristiano lector, o incluso lo anime a visitar Cristianópolis para recabar información más detallada y precisa que la mía. Si la imparte con la misma sinceridad y libertad que yo, se habrá ganado el mayor reconocimiento de aquellos por quienes en buena hora se hizo todo esto, pero sobre todo mi mayor gratitud por asistirme y corregirme en mi obra.

LXXIX LA MEDICINA

Cuatro salas quedan aún en este piso que también tuve ocasión de examinar, dos de ellas asignadas al estudio de la medicina, dos a la jurisprudencia. Hablaré antes de las primeras, sin demérito de las segundas. Nadie podría explicar fácilmente la sutileza, el método y la lucidez de la ciencia de la medicina. Hay que confesar que se trata de un don sublime de Dios que se concede a la habilidad y la observación humanas. No diremos más a este respecto, pues ya la hemos colmado de elogios en los apartados dedicados a la física, la química, la anatomía y la farmacia, que son su principal fundamento. Esta ciencia tiene aquí su sede aparte, donde examina las enfermedades y prepara remedios, además de impartir conocimientos cuando surge algo fuera de las aulas regulares. Desde luego, toda persona sensata cuida su propio cuerpo a fin de poder llevar una vida adecuada que le permita desempeñar sus obligaciones cotidianas sin que el cuerpo se entorpezca ni el espíritu se embote. Por eso los médicos no se cansan de prescribir a los ciudadanos la moderación y el ejercicio, las precauciones más confiables para conservar la salud. En la otra sala se ejerce la cirugía, que, además de consejos, ofrece también socorro práctico para el cuerpo humano. Los seres humanos somos tan desgraciados que necesitamos ser ungidos, escapelados, chamuscados, sajados y vaciados, no habiendo una sola partecita de nuestro cuerpo que esté a salvo de incontables peligros. Se requiere, pues, de una gran variedad de procedimientos e instrumentos para lidiar con estas dolencias y remediar los defectos. Pero es bueno que, entre todas estas aflicciones del cuerpo humano, también tengamos en cuenta nuestras imperfecciones, o más bien el suplicio que nos causan, para que así nos sea más fácil echar a un lado las crestas de nuestra vanidad y, sólo entonces, acudir prestamente a aquel Médico al que le resulta muy sencillo no sólo curar las partes enfermas y restituir las mutiladas, sino resucitar a los muertos y reunir a los que se han dispersado en diminuto polvo. Hay que honrar a la medicina, pero no sólo por cuanto procura una longevidad fuera de lo común y desafía a la muerte, sino porque nuestro excelso Creador ha querido que nos beneficiemos con sus criaturas y con el uso de ellas.

LXXX LA JURISPRUDENCIA

Con el permiso de los juristas, debo decir que nuestros amigos de Cristianópolis no tienen necesidad alguna de ellos. Puesto que viven según sus propias leyes y no están sujetos a ninguna otra imposición aparte del tributo anual, no desean que se les moleste con extraños rescriptos, códigos, pandectas u otros digestos, ni tampoco con el canon, así sea

el clementino o el extravagante. No hay nada aquí que no se explique con facilidad, nada más a la vista que la justicia, ni nadie que busque entablar un juicio contra otro. De nada valen, pues, los litigios ni los litigantes. Dirimir riñas y disputas es cosa muy fácil que no requiere de un corpus jurídico. Piensan que de este modo se han evitado muchos embrollos y trampas, y sobre todo los peligros del alma que vienen con el malestar del cuerpo. Si el malgasto de bienes estuviera entre sus preocupaciones, aun tolerarían menos estas cosas. Porque si una persona prefiere el conflicto a la tranquilidad, siempre hay algo que la ley le arrebate, le sustraiga, le suprima o le niegue; algo que exprima, destruya, expulse, mutile, arranque o extirpe; o bien que esquilme, escamotee, robe, usurpe, saquee o tome para sí. Todos estos métodos, sin embargo, son más atribuibles a los políticos que a los grandes juristas. Así, pues, aquí los abogados también tienen su escuela, aunque ésta es más honorífica que necesaria. Para no quedarse ociosos, sin embargo, prestan servicios al gobierno político e interpretan las leyes del derecho romano, llenas de equidad y honestidad. Algo muy parecido es lo que advertí en la sede del notariado, pues parecía estar como de relleno y no cumple ningún cometido importante para la república. Pero si hay algo que copiar, se lo encomiendan a estos notarios. En cuanto al arte de escribir, siendo que es el epítome de la más valiosa invención, se le ha concedido el honor de figurar en el catálogo de las artes. Algunos también aseguran que la forma de las letras, como la de los números, oculta significados que varían según su orden y valor. Pero los ciudadanos de Cristianópolis no insisten en ello, porque hallan mayor deleite ofreciendo sus corazones a Dios para que con su dedo escriba lo que más aproveche para la seguridad de la vida presente y la futura. Es éste su ensalmo sagrado, su arte adivinatoria, la suma de su literatura mística, tanto más preciada para ellos cuanto que es más certera.

LXXXI LOS APOSENTOS DE LOS JÓVENES

Los dos pisos restantes están destinados a las salas de baño y a los dormitorios, y están distribuidos de tal forma que dos de sus lados son para los muchachos y el tercero para las muchachas. Como desean que el sexo femenino también se forme y se eduque, procuran sobre todo que los encargados de la juventud tengan esposas capaces de instruir a las mujeres jóvenes y a las niñas. La disposición de los cuartos se aprecia claramente en el esquema anejo. Sólo resta añadir que a los niños los ponen a convivir con los más crecidos, los adultos son observados por los casados y la vigilancia se ejerce por todas partes, haciéndose todo ello con la mayor insistencia para evitar la corrupción moral de la juventud tanto como sea posible. Al ser muy raro que esto ocurra bajo un sistema educativo que ha conservado su inocencia durante una larga serie de años, hay que

valorarlo por encima de cualquier dicha, sobre todo si tenemos en cuenta la perversión, la corrupción y el menoscabo de la juventud que imperan en las escuelas e instituciones de educación pública de otras partes, en las que cada uno lleva consigo la maldad y la sevicia, ya sean éstas domésticas o rústicas, o incluso paternas e innatas, y las transmiten a sus compañeros, con una infección tan ponzoñosa que no se arredra siquiera ante los que deberían consagrarse por entero a Dios, sino que avanza como una sierpe acarreado distintas maldades, embustes y actos violentos hasta que se apodera de ellos tan enteramente que, aun entre los cargos más honrados, en toda su vida no podrán librarse de ella; todo lo cual se salda con una lamentable contaminación de los inocentes, pues la peste de uno se contagia a los muchos, y las contribuciones de muchos se juntan en uno. Ahora los padres ya no tienen que temer casi en ningún otro sitio tanto como en aquel donde ellos están convencidos que se está educando a sus hijos claramente ante Dios. Y es en esto en lo que hacen falta las oraciones más ardientes, para encomendar encarecidamente a sus hijos queridos a la custodia divina, que es la única que puede, mediante la protección de los ángeles, alejar de ellos esos labios impuros y pestíferos, cerrar sus oídos y afianzar sus corazones en el amor del pudor y el aborrecimiento de la impureza.

LXXXII EL TEMPLO

Finalmente me llevaron a ver el templo, situado justo en el centro, una obra de regia magnificencia en la que los gastos compiten con el talento, cosa que no debe reprochárseles, pues en la república nadie está necesitado. El templo es de forma redonda, con una circunferencia de trescientos dieciséis pies y una altura de setenta. En la mitad en la que se celebran las reuniones hay asientos tallados y excavados de la tierra para que la construcción se eleve menos y los oídos de todos queden a la misma distancia de la voz del orador desde cualquier punto. La otra mitad está destinada a administrar los sacramentos y a la música. Los senadores tienen allí su lugar reservado junto a los concejales, nada lejos del púlpito, como he mostrado en el esquema. Pero aquí en el templo también se ofrecen comedias sacras, a las que ellos dan mucha importancia y de las cuales disfrutan cada tres meses, para que la historia de las cosas divinas arraigue con más fuerza en las almas de la juventud y hasta sus talentos adquieran mayor destreza y agilidad en el manejo de estas cosas. Cuando asistí a su representación pública del *Jeremías* de Naogeorgus,²³ no cabía en mí de admiración al ver cuán habilidosamente ejecutaban estas artes. El muro alrededor del templo está lleno de ventanales que dejan pasar la luz por doquier. Los otros muros resplandecen bellamente con pinturas sacras o representaciones de la historia bíblica. No vi otra

imagen que no fuera la de Cristo crucificado, diseñada con gran habilidad para conmover el corazón más duro. Apenas podría describir los demás ornamentos sin entrar en demasiados detalles. Baste decir que admiraba de continuo su arte y su belleza, sobre todo al acordarme de esos que, so pretexto de la religión, expolían las iglesias y, una vez que han traído la desolación a los templos, no se olvidan en cambio de llevar el lujo a sus hogares. ¡Así es la conciencia de esos cristianos evangélicos que consideran que es pecado y ofensa al pueblo ofrecer la antigua simplicidad en cualquier otro lugar que no sea en sus propias casas! ¡Y así la devoción de esos reformadores que para vaciar los santuarios abren sus hogares al boato más inútil y pomposo! Los que prohíben adornar los templos de Dios, o los que son tan porfiados en este asunto como pródigos en otros, encontrarán aquí alguna enseñanza. Pero lo que aquí me incumbe no es enseñar lo que me parece correcto, sino contar lo que he visto.



LXXXIII LA VOCACIÓN

Para todos los que se consagran a la Iglesia no hay nada más prioritario o eminente que su vocación. Ésta es su confianza, su escudo, su corona. Los padres ansían y piden con oraciones devotas, sin comprarlo ni adquirirlo por tradición, que su familia algún día pueda engendrar intérpretes o ministros de Dios, pues reconocen en ello la cúspide de la dignidad humana. Así, cuando se hacen manifiestos los dones especiales de Dios y algún tipo de intimidad con el Espíritu Santo, cuando una vida está como impregnada de pensamientos celestiales y cuando se da una armonía secreta de las oraciones a favor un solo individuo, entonces acontece al mismo tiempo el anuncio celeste y el anuncio cristiano de una vocación que corresponde a un impulso interior del corazón y les infunde confianza en su oficio espiritual. Cuando a esto se le añaden los rezos públicos y reglados, así como la imposición de las manos, dicen que la gracia divina se muestra muy claramente y que un hombre de por sí bueno se torna aún mejor. Por eso el pueblo valora la vocación y la considera eficaz, mientras que para el ministro es una señal favorable del cielo de que ha entablado un pacto sagrado con Dios para que Éste lo ayude y le enseñe, y él a su vez no calle nada que sea verdadero o saludable, ni añada ninguna invención humana y que, si fuera necesario, dé su vida y su sangre por la grey de Dios, además de renunciar a las inmunidades terrenales y de expresar en los hechos la voluntad del espíritu bondadoso. ¡Bendita sin duda aquella iglesia cuyos ministros no son destinados al oficio por asegurarles un sustento, ni condenados a él por su mente obtusa, ni admitidos por una mínima erudición, ni impelidos por la generosidad de sus padres, ni elevados por el valor de su sangre, ni promovidos por el acuerdo de la curiosidad para averiguar qué puedan lograr a favor de las almas o contra ellas! ¡Bendita sin duda aquella Iglesia cuyos ministros afianzan su honor en la Palabra de Dios, su riqueza en la prosperidad de la Iglesia, su erudición en el aturdimiento del Demonio, su placer en el apartamiento de la carne, su fama en el testimonio de los pobres, su propósito en la guirnalda de la fe! ¡Dichosa sin duda aquella Iglesia en la que Dios llama, el hombre obedece, el ángel ayuda, el gobierno asiente, el pueblo escucha, la juventud florece! ¡Ay de aquellos, en cambio, que han degradado y convertido en una especie de frivolidad y descuido de la vocación esa solicitud y entereza con la que sus mayores, llamados por Dios y temerosos de sus almas, liberaron sus cuellos de las artimañas del Anticristo!

LXXXIV LAS PRÉDICAS²⁴

De los sermones que predicán en el templo ya hemos hablado. El presbítero y el diácono se reparten esta labor: aquél explica las Sagradas Escrituras, éste los principios fundamentales de la religión. Hay otros que están subordinados a ellos y que los suceden después de su muerte, pues aquí no se permite mirar a los muertos con añoranza. La prédica empieza y acaba con unas plegarias y con la salmodia sagrada. Nada de lo que vi difiere en mucho de lo que nosotros llamamos la Confesión de Augsburgo, pues lo que ellos censuran de nosotros son las costumbres, no la religión. Cuando rezan o escuchan la Palabra de Dios, caen de hinojos y alzan las manos, e incluso llegan a golpear sus pechos para avivar sus almas. Distraerse con tonterías o adormilarse en el templo es visto como un pecado. Cada día se recitan las obras de los hombres santos y doctos, mas no por ello disminuye el público, pues para ellos no hay ocupación más sublime que la de atender de uno u otro modo a la religión. Y si le dedican la mitad de su vida, aun así piensan que es demasiado poco. Quedé asombrado ante el comportamiento de estos hombres, viéndolos ora brincar de júbilo, ora deshacerse en lágrimas, porque no pueden oír de la bondad de Cristo o de las fechorías de los hombres sin conmoverse. Los hechos de la vida de Cristo están repartidos a lo largo del año de tal modo que se haga memoria de los actos más sobresalientes, y adaptan a estos tiempos sus festividades, que no son ni afectadas ni excéntricas. No hay espectáculo en sus ceremonias, pues no desean deslumbrar a los hombres, sino hacerlos mejores. Todos llevan vestimenta decente, y en la de los ministros no hay nada fuera de lo habitual. El color propio de la religión es el blanco, el de la política el rojo, el de la erudición el azul, el de la clase trabajadora el verde. Pero esto no afecta a los cristianos al grado de que prefieran distinguirse por el color más que por las virtudes y los vicios; ni tampoco les parece que la indistinción de sus ceremonias sea tan importante como para anular por ellas todo esmero, examen y juicio sagrados. Si no podemos resistir la fuerza de los vicios humanos, ¿es esto motivo para que nos distraigamos cortando pajas y atrapando moscas a fin de no ocuparnos en nada? En Cristianópolis se siembran las virtudes y se extirpan los vicios, y por eso entregarse a las distracciones vanas es considerado ocioso.

LXXXV LA SALMODIA SAGRADA

La música cumple una función en su culto divino, y de ningún modo la más insignificante, por más reparos que ponga la melancolía puritana. Alaban a Dios ante todo con sus voces, pero también con el sonido de la trompeta, de salterios y cítaras, de tambores y coros, cuerdas y compases, címbalos y órganos varios. A los santos profetas esto les parecía correcto, y Cristo no lo desaconsejó ni lo prohibió. Se mofan así de Satanás, que no se alborozaba con los suyos nunca si al hacerlo no ofende la causa de

Dios. Tienen muchas canciones sagradas y, para que todos puedan cantarlas a un tiempo, cada uno lleva consigo un librito que le sirve de ayuda para la memoria. En estas canciones admiran el espíritu de los cánticos de Lutero, aunque no desdeñan otros. Es cosa agradable oír a todos los fieles cantar juntos a cuatro voces o más sin perder la cadencia y el compás de la composición. Esto lo consiguen gracias a la costumbre que tienen de reunirse a orar diariamente. Lo que tiene relación con los números posee algo de divino que penetra en las almas de los hombres. Por eso los mejores admiran la poesía de David y la tienen en gran estima, y también favorecen la poesía actual si es pura y cristiana. A todo aquel que rebaje esta expectativa se le acusa de abusar de su talento, a todo aquel que se remonte a sus fuentes lo tienen por merecedor de los laureles. Que nadie piense que no pueda haber elegancia en la poesía si no se invoca a los ídolos, que nadie recrimine a los escritos sagrados su crudeza. Esa no es más que una treta de Satanás, que pervierte nuestro oído para que la música de la cítara nos plazca menos que el sonido de la gaita. ¿A qué se debe que la música sacra no surta apenas efecto sobre nosotros, que se ponga a dar brincos obscenamente, si no es porque sentimos desgana por el bien, mientras que el mal nos escuece por dentro? ¿Qué calma nuestros pensamientos y qué los turba, como no sea el espíritu de la canción sagrada y el atrevimiento de la música profana? Por más ingeniosas que sean, las canciones profanas se vuelven inanes ante la prueba de la cruz; pero las canciones sagradas, por más sencillas que sean, fortalecen el alma más allá de lo que podemos imaginar, incluso si en un principio se descuidan las palabras y las sílabas. Demos gracias a Dios, que siempre desea estar cerca de los que callan o rezan, de los que sufren o cantan, y escucharlos con misericordia.

LXXXVI LOS SACRAMENTOS

Los sacramentos se administran según lo dispuesto por Cristo y los ritos de la Iglesia primitiva: con frecuencia, por su gran valor; con reverencia, por su altísima dignidad; con distinción, porque se hace ante la mirada de los devotos. Los niños, cuando se les bautiza en nombre de la Santísima Trinidad, tienen testigos de su fe y de su obligación: el padre en primer lugar, pero también una pareja de casados muy honestos, así como amigos ausentes, todos ellos convidados para que den fe del sacramento y cuiden de estas cosas, pues dicen que los padrinos deben tomar el lugar de los padres y rendir cuentas ante Dios de sus hijos espirituales. La vigilancia de un custodio no tiene que ser más solícita que la de un padrino, pero el amor entre ellos puede ser mayor, pues son más estrechos los vínculos que los unen en Cristo. Quienes en esto busquen el oro cometen un grave error; mejor aconsejados están quienes procuren para sus hijos los mejores cuidadores y

guardianes de las virtudes. La Santa Cena invita a todos cada vez que se celebra, y todos asisten a ella, a no ser que la necesidad misma lo impida, y así dan testimonio de su paz con los hombres. Reparten el pan ázimo y el vino en el altar, donde nada puede turbar el semblante altivo. Todos cuantos se acercan llevan un corazón contrito, un alma leal y un cuerpo dispuesto a ser enmendado, y al poco tiempo confirman con los hechos lo que prometieron. Para ellos este es el tribunal más grato, donde se zanja y se suprimen las ofensas. Porque quien sea capaz de enojarse con su hermano hasta el punto de negar a Dios o no aceptarlo, ese hombre es un horror para el Estado y no debe ser tolerado de ninguna manera. También acuden aquí los que, después de sucumbir a los embustes del Diablo, se han reconciliado de nuevo con la Iglesia; y a éstos se les felicita por su salvación y arrepentimiento con la misma sinceridad con que se lamentó su caída. Cuidan sobre todo que no se achaque ningún crimen a la Iglesia o al Estado, sino que se liberan y purifican a sí mismos y a los demás por medio de la expiación cristiana. Quienes descuidan esto acaban siendo aplastados bajo el peso de sus propios crímenes y los de los demás. Hubo un tiempo en que se abogó por los malhechores ante la Iglesia, pero se hizo mucho mal con ello y ahora es distinto. El mundo, no obstante, se jacta de que no existe nada más riguroso y consistente que su disciplina, alabanza ésta que sin duda debería ir a nuestros antepasados; mas lo que nosotros hagamos, eso tendrá que decirlo algún día la posteridad, si la hubiere.

LXXXVII LA ABSOLUCIÓN Y LA EXCOMUNIÓN

Las llaves que dejó Cristo para atar y desatar las conservan muy religiosamente, mientras que otros usan tantas veces la una y esconden la otra, que no falta quien diga que gastan la primera y pierden la segunda. Los habitantes de Cristianópolis confiesan la suma de todos sus pecados, ya sea a los oídos de un amigo (pues a ninguno de ellos le falta un amigo íntimo) o de un clérigo, y dicen que esta sinceridad alivia gran parte de su carga. Cristo prometió a través de su ministerio la clemencia a cambio del arrepentimiento sincero, la fe ardorosa y la enmienda diligente, pero amenaza con una justicia severa si hay fingimiento. No temen que nadie crezca ignorando la religión cristiana, pues en la escuela es obligatoria y se pone mucho cuidado en ella. Además, para fortalecer las conciencias, esta tarea es asignada a muchos ministros, aunque sólo a aquellos que destacan por la inocencia de su vida y el fervor de su espíritu. No apremian a nadie a que revele sus secretos; si alguien desconfía de los hombres, es dejado a Dios, que escruta los corazones. A los reincidentes e incorregibles, sobre todo si porfían tras las amonestaciones ineficaces de hermanos, padres y autoridades civiles, se les condena a la ira de Dios, la reprobación de la Iglesia, la repulsión del Estado y el aborrecimiento de

todos los hombres buenos, con tal eficacia que es como si los aislaran del universo, es decir, de todas las criaturas de Dios. Esto es para ellos más severo que la muerte, y todos aúnan esfuerzos para intentar recuperar a ese hombre. Pero si se resiste y persevera, al final lo expulsan de la república. Antes de llegar a este punto le imponen los trabajos más extremos y sórdidos, o incluso azotes, pues prefieren castigar sus pecados de este modo que derramar su sangre, en tanto sea permisible. En verdad es poco lo que consigue el mundo cuando se apresura a sancionar a los malhechores con una multa, con la deshonra o con la muerte, en vez de sacudir el letargo de sus vidas, lo único que los precipita a la destrucción, o quebrantar su altanería con hambre y trabajos para que se recuperen o se refrenen. Mal médico es el que está más presto a quemar y cortar que a purificar y reanimar. No hay república más afortunada que la que protege a tantos y destruye a tan pocos de sus habitantes como sea posible. El principal objeto de un Estado es que, una vez inculcado el respeto por lo divino y expuesta la fetidez del pecado, aprendamos antes a no querer pecar que a no atrevernos; y si nos atrevemos, que no podamos; y si lo conseguimos después de todo, que nos veamos forzados a expiar nuestros actos y a purificarnos.

LXXXVIII EL MATRIMONIO

Se entregan al matrimonio con gran devoción, lo contraen con gran prudencia, lo protegen con gran ternura y lo tienen en gran consideración; pero aun así no hay un lugar donde casarse sea cosa más segura. Porque al faltar la novedad de la dote y la incertidumbre del sustento, ya solamente queda hacer el recuento de las virtudes y, a veces, de la belleza. Está permitido que un joven de veinticuatro años despose a una doncella de no menos de dieciocho, pero siempre con el consentimiento de los padres, el consejo de los parientes, la aprobación de las leyes y la bendición de Dios. Guardan el máximo respeto por la consanguinidad. Lo que mayormente toman en cuenta al unir en matrimonio es la conformidad de los temperamentos y el decoro, pero también, cosa harto rara en otros sitios, el encomio de la piedad. El mayor defecto para ellos es la impureza, y las leyes contra los infractores son muy duras en estos casos. Sin embargo, al retirarles la oportunidad, evitan fácilmente el pecado. Los matrimonios se llevan a cabo con un mínimo de gastos y de bullicio, y no se esperan desde luego las necesidades e insensateces mundanas. Jóvenes varones conducen al esposo, vírgenes doncellas a la esposa, y todos aprueban la consumación de la unión con el corazón y con rezos. Luego los padres y los allegados de ambas partes se reúnen, se estrechan la mano y les recuerdan a los recién casados el valor del consenso, el trabajo y la templanza, pero sobre todo de la devoción y la paciencia. De esta manera, sin la embriaguez que en otras

partes suele dar inicio a las celebraciones sagradas, pero no sin un himno y las felicitaciones cristianas, se casan. No hay dote alguna, como no sean las promesas de Cristo, el ejemplo de los padres, los conocimientos que aportan uno y otro y el gozo de la paz. El ajuar lo obtienen de la reserva pública, con la casa. Y de esta forma tan expedita convierten en algo muy seguro y fácil lo que para nosotros es cruz, suplicio, tormento, purgatorio o cualquiera sea el nombre que demos a los casamientos infaustos. Si surge una discordia, las asperezas se liman y se pulen con las experiencias de todos los amigos, y tampoco se cometen infidelidades, dada la severidad con que éstas se castigan. Porque la tristeza que embarga a Dios con nuestra deserción nunca se expresa tan claramente como en el ejemplo del olvido del amor parental y conyugal. Su justicia queda demostrada por su celo, pues podemos aborrecer la ingratitud y la deslealtad al mismo tiempo que las castigamos. El mundo ha convertido estas dos atrocidades en una burla, y es por eso que después de las situaciones malas siempre vienen situaciones peores, y después del farsante siempre viene otro con embustes más graves. De ahí los múltiples males de la impureza, que propagan los vicios, confunden las dotes, colman de enfermedades a la familia, reparten la injuria, esparcen la infamia, debilitan la conciencia, inducen el hartazgo, extienden la inmundicia, dilapidan las riquezas, suscitan las amenazas del Señor, siembran la desesperación y desatan el castigo.

LXXXIX LAS MUJERES

Las mujeres casadas ponen en práctica los conocimientos que adquirieron en el colegio. Pues todo lo que la industria humana consigue mediante el trabajo de la seda, la lana o el lino es materia para las artes femeninas y está a su disposición. Aprenden, pues, a coser, hilar, bordar, tejer y adornar en distintas formas las cosas que hacen. La tapicería es su labor artesanal, los vestidos su ocupación cotidiana, la colada su deber. Aparte de esto también se encargan de cuidar la casa y la cocina y mantenerlas limpias. Dotadas de gran inteligencia, perfeccionan diligentemente cualquier erudición que hayan adquirido, no sólo para saber más, sino para enseñar algún día a los demás. Carecen de voz en la Iglesia y en el concejo, mas no por ello contribuyen menos a formar la piedad y las costumbres, ni brillan menos con los dones del cielo. Dios no ha negado nada a este sexo, con tal que sea piadoso, de lo cual tenemos un ejemplo gloriosísimo en María, bendecida por siempre. Si leemos las historias, veremos que ninguna virtud ha sido inaccesible a las mujeres, ni hay ninguna en la que no hayan destacado. Aunque son muy pocas las que entienden la importancia del silencio, aun así tenemos algunas que podríamos comparar con los varones e incluso preferirlas: auténticas Mónicas,²⁵ entregadas a la Iglesia, gratas a sus padres, en paz con sus maridos, rigurosas en la viudez, generosas con sus hijos,

atentas con los amigos, serviciales con los necesitados, afables con todos. La piedad filial me obliga a contar entre todas éstas a mi madre. Si en otras partes abundan las mujeres autoritarias, la culpa es de esos varones tan afeminados que se casan con las mujeres más hombrunas. Nada hay más peligroso que cuando las mujeres mandan en secreto y los hombres obedecen en público; por el contrario, nada es más aconsejable que cuando una y otro se ocupan de sus propios asuntos. Es muy raro que un marido golpee a su esposa, ni se considera en absoluto como un acto de hombría; al contrario, la mujer golpeada perderá el favor de sus amistades, pues de lo que más se enorgullecen es de la concordia familiar. Es una monstruosidad estar unidos en el cuerpo y discordar en el espíritu. Las mujeres no llevan ningún adorno excepto el que menciona Pedro,²⁶ no ejercen ningún dominio como no sea sobre el ajuar doméstico, no se les permite realizar ninguna labor de sirvienta (cosa que te asombrará) a menos que lo exija una enfermedad o accidente. Ninguna mujer se avergüenza de sus obligaciones domésticas ni se cansa de atender a las necesidades de su marido. A su vez, ningún marido desdeña realizar trabajos honestos, sea cual fuere su oficio. Porque ser sabio y trabajar no están reñidos cuando hay moderación. Dentro de límites razonables, no hay nada más sensato que contribuir al bien público con la palabra y con los actos.

XC EL PARTO²⁷

El honor más alto que corona a las mujeres es el de dar a luz, lo cual las eleva por encima de todos los atletas de la Tierra, a no ser que matar a un ser humano sea considerado más importante que parirlo. Es poco menos que un milagro, en efecto, que una mujer soporte tantos dolores y que el niño sobreviva a tan grandes peligros. Cuando nace un niño, los amigos expresan su pláceme por la esperanza del reino celestial, y su pésame por las miserias que habrá de padecer hasta entonces. Pero lo más importante de todo es que por el nacimiento de Cristo hemos renacido a la vida los que estamos destinados a la muerte. No celebran el nacimiento con un banquete, pues ya he mencionado que pueden prescindir del vino en sus ceremonias sacras y solemnes, cosa que otros no desean hacer. Tienen el mayor respeto por las matronas, aunque sólo admiten a las más competentes. Cuanto más religiosa sea una mujer, tanto más apta para este menester, siempre y cuando no falten los conocimientos de la ciencia. No consienten el empleo de nodrizas, salvo si el caso lo exige, pues quieren que los niños tomen la leche de sus madres. Las que atienden a las parturientas y a los recién nacidos son en su mayoría viudas cuyo cometido principal es hacer esto, aunque también hay jovencitas que cuidan de los niños. El bautismo se administra en presencia de la congregación, a

menos que el niño esté gravemente enfermo. Si se le priva de este rito, saben que la simiente de los fieles ha sido empapada y purificada por la sangre de Cristo, de modo que aun así abrigan las mejores esperanzas. El periodo de puerperio es de cuarenta y dos días, al término de los cuales dan gracias a Dios solemnemente. Durante estos días les llevan alimentos ligeros y convenientes, que obtienen de las provisiones públicas; porque hasta la medicina que practican las mujeres no es de ningún modo ineficaz. Si los varones desean entretanto irse a vivir a otra parte, pueden hacerlo; si no, nadie los obliga a marcharse. Como su mayor anhelo es la castidad conyugal, otorgan a ésta una especial importancia, para que no se lastimen o se debiliten por el exceso de relaciones amorosas. Procrear hijos es muy respetable, pero la pasión disoluta es una deshonra. Otros hay que cohabitan como las bestias, pero hasta el ganado tiene con qué poner en vergüenza a estas personas, a quienes más les valdría, mediante el amor mutuo y la ayuda mutua, atender al cielo primero y después a las cosas de esta Tierra. Y es que los ciudadanos de Cristianópolis creen que incluso en el matrimonio puede haber un cierto grado de fornicación y polución. ¡Ay de los hombres carnales, que no se avergüenzan de convertir en pecado las prácticas lícitas lo mismo que las ilícitas! Pero ¿qué podemos hacer cuando en todas partes proliferan los locales de la gula y de la seducción, cuando los nombres mismos del ayuno, la abstinencia, la vigilia y el trabajo nos resultan sospechosos o del todo desconocidos? Ocurre así que, soñando que todo nos está permitido, no hallamos placer en las cosas que de verdad son buenas y saludables, puras e impolutas.

XCI LA VIUDEZ

No hay vínculo que sobreviva a la muerte, y por eso hasta los matrimonios más unidos se disuelven. Si muere el marido, la viuda abandona la casa y se aloja en el hogar para viudas, donde sirve al estado desempeñando alguna tarea y, si lo desea, puede volver a casarse, pero no antes de que pase un año, por respeto a su anterior amor. Si muere la esposa, el viudo toma sus comidas en casa de un vecino o junto a otros en un establecimiento público, hasta que pasado un año puede volver a casarse. Los huérfanos no corren ningún peligro, ya que en el colegio a todos los niños se les dispensan los mismos cuidados. Pues en esta república nadie tiene únicamente a sus padres, sino que el estado es un padre para cada ciudadano. El respeto de las viudas se basa en su devoción, templanza y laboriosidad, por eso las honran como a las madres y las emplean en la formación de las niñas. Porque quienes han experimentado la vacuidad de este mundo conviene que aconsejen, refrenen y corrijan a los que están más desprotegidos. En efecto, Satanás con sus ardidés ocultos nunca nos daña más fácilmente que cuando nos promete gozos puros, que en realidad lo que menos procuran es placer y en cambio sí

mucho dolor y aversión. Por eso, hacemos bien en considerar que, los que se gozan con los deseos de la carne o se comportan como las bestias, no tienen nada de experiencia o son unos insensatos. Es una locura aquilatar el mundo conocido, una necedad ansiar el desconocido. El deber de la viudez, por tanto, consiste en desmentir la fama de la carne entre los que carecen de experiencia y sofrenar los impulsos de la lujuria entre los que gustan de la impureza, pues con su propio ejemplo demuestran que no siempre es necesario dejarse llevar por la carne, y que incluso es mucho mejor abstenerse de ella debido a las ventajas que esto nos reporta, tanto espirituales como civiles. Hay que calentarnos sin que el espíritu se abrase, aplacar nuestro calor sin que el espíritu se extinga; hay que enfriarnos sin que el cuerpo se congele, mantener nuestro calor sin que el cuerpo se encienda. La lujuria desagrada a Dios, el matrimonio le agrada, la viudez es una honra, la virginidad un bien preciado para Él. En un hombre casto, la gracia suprema y la máxima elegancia están en la declaración que hace Cristo de la unión íntima con él.

XCII

LA SALA DEL CONCEJO²⁸

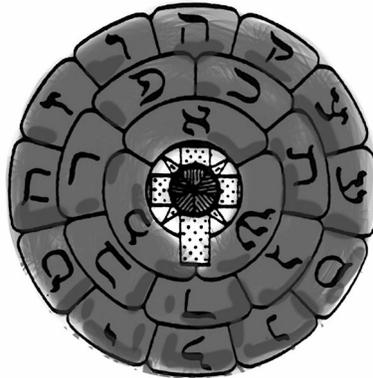
Encima del templo está la sala del concejo, destinada a las reuniones más inusuales, las más augustas y solemnes. En ellas se inviste a los magistrados supremos y se presta el juramento de fidelidad mutua entre los mismos y el pueblo. Allí se leen los estatutos de la república, allí son recibidos los emisarios de tierras extranjeras. Su esplendor es máximo, ya sea para reafirmar la majestad de la república, ya sea para instruir a través de los ojos acerca de la magnanimidad de espíritu. Porque así como la historia de la Tierra está plasmada aquí en diversas formas, así resplandecen sobre los demás aquellos que gozan de mayor mérito en los asuntos de los hombres. Allí pude ver entre los héroes a Juan Federico, elector de Sajonia, y a uno de mis soberanos, Cristóbal, duque de Würtemberg, príncipes muy cristianos, así como a otros no menos virtuosos. Allí se expresaban por turnos las ventajas y las desventajas de la virtud y el vicio imperantes: por un lado, la sustancia de la vigilancia, la cizaña de la desidia, la luz de la humildad, el remolino de la ambición; por otro, la fuerza del amor, la inestabilidad de la tiranía, el resultado del buen ejemplo, el caos de la disolución; y por otro más, la sencillez de la verdad, la sonoridad de la sofística, la elegancia del refinamiento, el rudo estrépito de la barbarie. Allí se hallaba plasmada la fisonomía de los reinos divino, cristiano, humano y satánico, sus semejanzas y sus diferencias, sus leyes y sus menesteres, añadiendo en todas partes el desenlace, ya fuera éste feliz o triste. Allí se mostraba la apariencia del juicio final, en su aspecto más dichoso y en su aspecto más horrible, además de los premios de las virtudes y los castigos de los vicios, todo ello representado con gran ingenio. ¿Qué puedo decir? Me parece que nunca he visto el microcosmos en ninguna parte si no es allí, no

con derroches inútiles, sino dedicado por entero a la verdadera instrucción del hombre. Si comparamos todo esto con el cielo de los dioses, la tierra de los sátiros, el mar de Neptuno o el infierno de Plutón, ¡qué fríos y qué ridículos pareceremos, porque la mente humana, que no destaca ni sale a la luz más que en las fábulas y los sueños necios, aun así desea mantener entre los hombres la opinión y la fama del culto a lo divino, el amor a la patria y la destreza en la erudición!

XCIII LOS CONCEJALES²⁹

Los concejales son los más eminentes de todos los ciudadanos, distinguidos por su piedad, honestidad y laboriosidad, y abonados por una larga experiencia. En número son veinticuatro, escogidos entre los tres estamentos por igual, y los ciudadanos los honran y a la vez los aman debido al gran respeto que tienen por el Estado. No los han encumbrado a fin de alejarlos de las virtudes, sino para que sean las luminarias de las mismas para los demás ciudadanos. De ahí el celo con el que todos ellos profesan la religión, la paz y la sabiduría, de lo cual proviene una abundancia de todo lo que es bueno. Los concejales no gustan de pavonearse ante los demás, ni de extraerles la savia de sus bienes, ni de cebarse perezosamente, sino que, igual que brilla el sol, así ellos iluminan a todos, tienen en cuenta a todos, trabajan para todos. Si ocurre algo grave, ellos mismos imploran a Dios con ardor y exigen al pueblo sus preces. Se rigen por las hazañas meritorias de sus antecesores y las transmiten sin mácula a los sucesores. En ninguna parte he visto un estudio tan diligente del pasado, en ninguna parte una preocupación tan solícita por el futuro. Examinan el presente comparándolo con los ejemplos, y si encuentran que ha habido una desmejora, por más mínima que sea, la rectifican. Pero si hay algo que pueda mejorarse en cuanto al método, su regocijo es grande, porque esto les brinda la ocasión de legar a la posteridad el testimonio de que su vida no ha sido en vano, un pensamiento que ellos tienen por encomiable siempre y cuando se preserve la flor y la seguridad del Estado. Nadie abandona el camino señalado por la vida anterior de la nación, para que no parezca que se han convertido en otro pueblo en vez de seguir siendo la misma raza que atiende a sus deberes con una destreza acreditada. Por eso entre ellos el trabajo y las ocupaciones decentes ocupan un lugar de honor. A los débiles los honran más, y por tanto les imponen menos cargas, dejando que los más jóvenes les sirvan de apoyo; y para eso tienen otros doce sustitutos extraordinarios. Si cualquiera de éstos comete una falta muy grave, cosa que según ellos es casi imposible que ocurra, entonces lo despojan de su cargo y se investiga el asunto a fondo. La recompensa de todos es la conciencia de haber obrado con justicia, lo cual los llena de júbilo, pues gracias a la ayuda divina han podido propagar el evangelio, defender

a los súbditos, ennoblecer a la juventud, embellecer la tierra y aumentar el número de los habitantes del cielo.



XCIV LOS HUERTOS

Alrededor del colegio hay una doble hilera de huertos, una común y la otra dividida en parcelas, que corresponden a los distintos hogares de los ciudadanos; ambas están dotadas de más de mil especies de vegetales, de modo que son como un herbario viviente. No se les permite descomponer el orden de las plantas, las cuales, gracias a la habilidad del hortelano, están repartidas de acuerdo con las diversas zonas del firmamento en una admirable e ingeniosa combinación de colores que da la impresión de un lienzo pintado. Tienen pájaros en jaulas y abejas en unas colmenas que cuidan con mucho esmero. Las plantas que se usan para la medicina, la cocina o los ornamentos tienen sus parcelas aparte. De esto obtienen múltiples usos y placeres: la fragancia, la purificación del aire, la miel, los fármacos, el armonioso canto de las aves y la información. Hay agua en abundancia, que se reparte por medio de vistosas tuberías, y la música tampoco deja de estar en armonía con el agua. Evitan, sin embargo, el derroche excesivo. Por fuera de las murallas tienen unos huertos muy extensos, con cuyo cultivo satisfacen las necesidades de alimentación, pues los otros están plantados más bien para engalanar. Aquí aprenden a juzgar el valor de la hermosura humana, que es la suma de las flores recogidas en un solo año: nacemos, crecemos, alcanzamos la flor de la vida, nos marchitamos y nos consumimos. De nuestra muerte otros surgen y se multiplican. ¡Felices aquellos que entre saludables plantas aprenden también a confiar en Dios, que alimenta y viste las flores sin que ellas se esfuercen; aquellos que aprenden a tomar nota de la variedad y la diversidad de los dones divinos y vincular su agradable olor con Dios! Mas ¿para qué enumerar lo que el hombre debería aprender de las criaturas de Dios, si la hoja más diminuta contiene la lección entera? Extrañémonos más bien de aquellos que,

aun amando la tierra por encima de todo, se olvidan por completo de lo que la tierra tiene de mejor, su uso y su bello ornamento, y sin embargo no quieren ser vistos como una carga para la tierra, por más que la pisoteen con sus rudos pies. Lamentémonos por el paraíso perdido y deseemos su restauración. Porque si ahora vemos los objetos naturales con una visión defectuosa, cuando recobremos la vista por medio de la cruz ya no contemplaremos la mera superficie de las cosas, sino lo más profundo de ellas.

XCV EL AGUA

Cristianópolis posee tanta agua como opimas tierras. No diré nada sobre la navegación ahora, estando en presencia de algunos que, como los hongos, no se mueven nunca de su lugar. Tal vez en otra ocasión me detenga a explicar este asunto con mayor detenimiento. Ahora quiero explicar cómo se las arreglan para la bebida y la limpieza. Han dotado a la ciudad con un abundante suministro de agua muy límpida, que se distribuye primero a las calles y luego a las viviendas, con lo que el agua abunda en todas partes y es fácil de obtener. Después, mediante canales cubiertos, han conducido bajo las calles los arroyos provenientes de un lago para que el flujo del agua se lleve las inmundicias diarias de los hogares, algo más favorable para la salud pública de lo que fácilmente se podría concebir. Por eso me parecen muy sabios aquellos que quieren que se ayude y se asista generosamente al hombre, no sólo cuando está crestado y empenachado, es decir, vestido con decoro y a la usanza, sino también cuando se halla desnudo y cautivo de las necesidades humanas. Porque estas condiciones que nos censuran ante nosotros mismos y nos hacen bajar de las alturas de nuestra imaginación a la suciedad de nuestro fango, también nos aconsejan razones para que no vivamos suciamente. Por eso tienen baños, que usan desde el inicio de las edades, si bien en su mayoría suelen ser privados, no siendo públicos más que los de los niños porque recelan de las tentaciones de la desnudez. Los lavatorios sanitarios en lugares apartados y el lavado de la ropa que el hombre ensucia en diversas formas son otros de sus métodos para la higiene humana. ¡Ay, nuestro cuerpo, cuán sucio, cuán contaminado, cuán húmedo, cuán sudoroso, cuán escuálido, cuán inmundo! ¡Y no obstante agrada al alma, manda sobre ella, la agota y al final la destroza! ¡Ten compasión de nosotros, oh Tú, fuente de la vida, lava y purifica con tu santísima sangre esta suciedad, este cuerpo nuestro, esta sangre impura, para que los que somos tan repugnantes en nuestra impureza podamos vestir la túnica de tu inocencia, volvemos aceptables a los ojos de Dios y no avergonzarnos cuando remuneres a cada uno según sus obras!

XCVI LOS ANCIANOS

A los ancianos de ambos sexos los tienen en la más alta estima, por eso procuran especialmente que no sufran molestia alguna, pues la ancianidad ya es de por sí una enfermedad. Tienen, por tanto, personas designadas para asistirlos, darles ánimos, honrarlos y consultarlos. Como les fallan a un tiempo las fuerzas del alma y las del cuerpo, hay que sostenerlos y también inspirarlos con sangre joven, pues el desprecio de la vida humana y el recuerdo de tantos contratiempos y de sus propios errores los debilitan. Se han esforzado por la república con grandes trabajos y muchos méritos, con notable fidelidad y esmero, incluso hasta la decrepitud de la ancianidad, y por eso les parece que ningún honor y respeto son suficientes para agradecerseles. Y por último, son poseedores de las más grandes verdades de la vida humana, no gracias a las sutilezas de la teoría, sino a las asperezas de la práctica y la experiencia de las dificultades materiales, y por eso no es posible concebir nada tan ingenioso y sutil que, al frotarlo contra la piedra de afilar de la ancianidad, no pierda su opinión en gran parte y se avenga más a las condiciones humanas. Si cualquiera de los jóvenes supiera con cuánto de errores, sudor, bochorno, peligros y acechanzas los ancianos han adquirido estas verdades, todas las cuales han enterrado dentro de sí mismos y guardado bajo la simple palabra “CAVE”, “¡cuidado!”, nunca cometerían la temeridad de reírse de sus consejos y admirar sus propios designios. Pero los ancianos además tienen esta ventaja: han enviado a descansar a una gran multitud de conocidos; han visto que a fin de cuentas los buenos se elevan y muchos malos caen; han observado que el reino de Dios y la navecilla de la Iglesia resisten a los ataques y vendavales de Satanás y que acaban triunfando; han advertido que la progenie de las virtudes y los frutos de la piedad prosperan, y por estos motivos aceptan gustosos el término de la vida y elogian la naturalidad y facilidad de la muerte, en cuyo apego adelantan a todos. Porque todo nuestro estudio y toda nuestra sabiduría no son más que una cavilación sobre la muerte, y por tanto es propio que los que han dedicado mayor tiempo a sus cuestiones sean de ella los más expertos de todos los mortales.

XCVII LOS EXTRANJEROS Y LOS POBRES

A los extranjeros y forasteros los tratan con la mayor gentileza y generosidad, de lo cual yo mismo, hombre en situación calamitosa, soy testimonio evidente. No obstante, ponen mucho cuidado en que los ciudadanos no contraigan enfermedades debido a una licencia excesiva por parte de los huéspedes. Las costumbres malsanas de las tabernas, tan

habituales en otras partes, son para ellos cosa inaudita y desconocida; si supieran de ellas, las reprobarían de inmediato. Al huésped lo atienden frugalmente por un día o dos, al exiliado lo mantienen por largo tiempo y al enfermo lo cuidan con gran bondad. A los pobres los ayudan lo suficiente, y no permiten que se marchen sin ningún socorro material, pero los examinan a todos de palabra y de acto escrupulosamente antes de proceder a obsequiarles su caridad. No conocen de mendigos ni los toleran, pues juzgan que si hay alguien tan menesteroso, no hace falta recordarle a la república su deber; ambas, sin embargo, son cosas que no pueden ocurrir entre ellos, y esto es bueno que así sea. Si alguna persona es físicamente vigorosa, no le permiten de ninguna manera que niegue a la república sus esfuerzos, los cuales bastan para asegurarle el sustento. En otras partes, por el contrario, se descuidan estas dos cuestiones. Pues no siendo raro que los que padecen hambre sean aquellos que realizan los trabajos más arduos y que al sucumbir bajo su carga se les abandone y repudie, mientras que, por el contrario, a los que han rechazado vilmente los dones divinos y rehuido todo sudor debido a la blandura de su carne se les mantenga en gran parte gracias a los fondos del Estado, esto no puede suponer otra cosa sino que “se ha quitado el pan a los hijos para echárselo a los perros”. En esto estamos totalmente sojuzgados a la ley del mundo, donde la opulencia sirve en su mayor parte a los propósitos de la maldad y el lujo, y sólo ayuda en las obras de Cristo raramente, siempre con gran ofensa, razón por la cual se expone al latrocinio de impostores, timadores, charlatanes, músicos ambulantes y peluqueros, de tal suerte que vemos que a Cristo le repugna que unos bienes adquiridos por medios tan aviesos acaben en manos de un propietario tan inicuo. Entretanto, no le faltan recursos a Cristo para sustentar a los suyos, a quienes la pobreza provee de gran abundancia; ni faltan tampoco quienes se despojen de sus ropas y las extiendan para allanar el camino a Cristo. Yo mismo, que siempre he visto al mundo portarse avaro, mezquino e infame conmigo, he aprendido entre los ciudadanos de Cristianópolis que todavía hay algunos que, por Cristo y a través de Cristo, anhelan compartirlo todo.

XCVIII LOS ENFERMOS

Así como las enfermedades son de diversa índole, así también nuestra piedad debería ser múltiple. Esto es algo que observan con particular empeño los ciudadanos de Cristianópolis, que han aprendido a curar y aliviar las almas, los espíritus y los cuerpos afligidos. Todos ellos se esmeran a fin de que, en caso de necesidad, puedan asistirse a sí mismos y a los demás. La medicina, la cirugía y la cocina están todas a disposición de los enfermos por igual, y todos se muestran solícitos a ayudar. El que pertenece a un estamento superior no agota la provisión de fármacos, ni el inferior sufre por carecer de

alivio; no se forman turbas de médicos alrededor de los poderosos, ni languidece en la soledad la gente común, aunque al fin y al cabo en la Tierra son más los ricos que acaban siendo despachados que los pobres. Las casadas y las viudas tienen la mayor ocasión y competencia para estas cosas, por lo que el Estado les encomienda con gran gentileza el cuidado de los enfermos, e incluso tienen hospitales especiales para hacerlo. Junto a las demás medicinas, también acostumbran a dar ánimos a los enfermos y recordarles su vigor anterior, no sea que decaiga su fortitud cristiana. Luego les aconsejan retomar su acostumbrada templanza para que no agasajen en exceso sus agitados cuerpos. Y por último, los apremian también a obedecer las prescripciones médicas para que no rechacen las incomodidades del tratamiento impuesto. Con estas tres cosas, la cruz de Cristo es recibida, cargada y llevada. Cuando la peste los asuela, es cosa admirable ver lo poquísimo que hacen por huir: esperan la mano de Dios. Porque quien crea que la buena voluntad de Dios tiene un límite, nunca entenderá cómo puede sustraerse y apartarse. A los que tienen la mente trastornada o lesionada les permiten vivir entre ellos si es conveniente; si no lo es, cuidan de ellos con mucha bondad en otra parte. Esto es lo que hacen con los más violentos, pues la razón dicta que la sociedad humana debería ser más bondadosa con aquellos que la naturaleza no ha tratado tan bien. Porque a nosotros tampoco nos tiene Dios cual nos quisiera, y aun así nos tolera tal cual somos con infinita compasión y paciencia.

XCIX LA MUERTE

¿Quién dirá que los habitantes de Cristianópolis, viviendo tan bien, mueren de mala manera? Más aún: ¿quién va a dudar que, puesto que mueren cada día, al final vivirán por siempre? Más que ninguna otra, esta república no conoce la muerte, y sin embargo está muy familiarizada con ella. Cuando se alistan para el “sueño” (pues así llaman a la muerte) lo hacen con gran presencia de ánimo. Dan testimonio de su religión y tienen a Cristo por prenda de su fe. También dan testimonio de su amor por la patria y lo refrendan con una piadosa plegaria. El resto se lo dejan a Dios. No tienen necesidad de testamentos, pero si desean una última cosa se lo hacen saber a sus amistades. Si alguno está debatiéndose con la muerte, elevan preces públicas por la victoria del guerrero cristiano. Si hay un alma afligiéndose, los testigos e intérpretes de la verdad divina acuden raudos a demostrar que Dios desea el bien para todos los cristianos. Si sufren tormentos físicos, los contrarrestan con la garantía del consuelo futuro, la salud y la gloria eterna. Pero ¿para qué dilatarme en explicaciones? Cada caso requiere las palabras y acciones adecuadas, y ellos cumplen con esto. Junto al lecho de muerte se reúnen muchos para asistir al paso crucial de la vida humana a la cristiana, pues un solo ejemplo

obra en nosotros lo que no consiguen todas las admoniciones. Pero en su humildad y su equidad es bien poco lo que puede arrebatarnos la muerte, mientras que nosotros valoramos demasiado el propio cuerpo, del cual no se nos expulsa sin que temblemos de miedo, y nos llena de horror dejarlo atrás. Ruegan de todo corazón que Dios, ante quien están a punto de comparecer, sea favorable con los difuntos, y en vez de llantos inútiles le encomiendan el alma con un himno adecuado para la circunstancia. Por último, rezan para que, cuando Dios lo tenga a bien, ellos a su vez hallen beatífico descanso con un corazón contrito, devoto y firmemente afianzado en Jesucristo.

C LA SEPULTURA

El cuerpo exánime es vestido con una túnica blanca, y al día siguiente de la muerte se lo llevan con el rostro descubierto, acompañado por una numerosa comitiva. Los jóvenes van entonando los cánticos de Prudencio³⁰ y otros himnos sacros, y les siguen los allegados, casi todos con el semblante tranquilo y la misma ropa de siempre. Porque dicen que para un cristiano la enhorabuena es más apropiada que el duelo, y que esas ostentaciones de dolor no hacen más que extenuar a los que quedan con vida. Cuando el cuerpo ha sido introducido en la tumba y cubierto con la tierra de la que provino, escuchan la Palabra de Dios, que debe darles ánimos frente a la muerte e instruirlos sobre la vida. Muy rara vez ponen un epitafio para el difunto, pues dicen que es casi imposible hacerlo con justicia. Lo que cada uno ha sido Dios lo sabe, y la posteridad transmitirá los hechos. Esto es más seguro que una inscripción comprada, extorsionada o confeccionada. En sus archivos depositan una semblanza de los más insignes, y es muy elocuente que sean tan pocos, y muy sospechoso que entre nosotros se haga memoria de tal multitud y turbamulta de héroes. El camposanto es muy amplio y hermoso, pero está fuera de la ciudad, pues juzgan que la ciudad es para los vivos. En los muros vi una representación de la muerte conduciendo al sepulcro a todo género de seres carnales, pintada con gran habilidad e ingenio. No hay marcas para nadie, más allá de una cruz de hierro inscrita con el nombre del fallecido, a partir de la cual los descendientes llevan la cuenta de sus ancestros. Cuando el tiempo la vuelve inservible, la retiran e inscriben el nombre en el libro de difuntos, que es más fácil de consultar. No es de extrañar que sean un poco dejados con estas cosas, pues valoran muy poco esta vida y ansían la otra. Por tanto, no deben resultarnos absurdas ni estas ideas ni las demás particularidades suyas, pues es harto evidente que todo aquel que desee una vida futura dichosa debe creer igual que lo hacemos nosotros, pero vivir de un modo completamente distinto.



Éstas son, lector cristiano, lo que yo vi y escuché en esa bendita república de Dios, y que confieso sinceramente haber aprendido. Lo que me causa más pesar es que mi memoria no puede abarcar una gran variedad de cosas, ni mi elocuencia expresar aquellas que sí recuerdo, por lo que fácilmente echarás de ver que no soy un historiador. Bien quisiera poseer el estilo de los que pueden contarme más de lo que han visto, mas yo, por mi parte, confieso que nunca podré contarlo todo. Si no he aprehendido su significado, o no he dado cuenta de su institución con suficiente habilidad, tengo motivo para lamentar mi falta de agudeza y para conminar a mis lectores a no atribuir ningún defecto a los ciudadanos de Cristianópolis, sino sólo a mí. Puede ocurrir, me temo, que haya exagerado la importancia de las cosas menores y descuidado las cosas mayores, que haya relatado las cosas en orden inverso, que mi admiración por ellas me haya ofuscado, que no haya sido admitido en el seno mismo de su gobierno. Mas ¿qué esperabas? Soy un joven que no comprende aún el significado de los arcanos del Estado, sino que sólo capta la elegancia externa. Si algún día me es dado penetrar en ellos, no me faltará el deseo de compartir mis observaciones con los demás. Ahora queda por oír cómo me despedí de ese lugar. ¡Dios no permita que consienta yo jamás que me separen de esta república!

Pues bien, una vez que hube visitado todo me llevaron nuevamente ante el canciller para darle mi opinión sobre los ciudadanos.

—Has visto, querido amigo, cómo vivimos y dónde —dijo él—. Como los seres humanos somos todos imperfectos, no hemos podido mostrarte nada más allá de nuestra condición mortal. Sin embargo, confío en que hemos aligerado el peso de nuestra mortalidad, y que lo hemos hecho siguiendo el modelo que te hemos mostrado. No lo escogimos por ser el más perfecto, sino por ser quizás el más sencillo. Todas las desventajas que pudiera conllevar acaban por resolverse gracias a la vigilancia de la administración. Si el propósito de la vida es alabar a Dios y amar a nuestros hermanos, las menudencias de la vida humana no deben ser tan importantes que vuelvan ansioso al cristiano y lo aflijan. Cuando regreses con los tuyos, sé un intérprete indulgente y moderadísimo en todo. No ansiamos alabanza alguna, deploramos la envidia aunque, si es inevitable, la soportamos. Cuidamos de nuestras propias chozas: que los otros se ocupen de sus palacios. Si se enfurecen contra nosotros, rogaremos por que el mar no los conduzca hasta aquí. Adoramos al mismo Dios, profesamos la misma religión; si nuestras

costumbres difieren, esto no debe ser visto como un crimen, pues vivimos en cuadrantes distintos de la tierra. No imponemos nuestras costumbres a los demás ni las defendemos a ultranza. Que nos juzguen quienes sean mejores que nosotros, que nos instruyan y nos critiquen: verán que no somos menos moldeables que pacientes. Si ellos tienen excusas válidas para todas sus condiciones, nosotros censuraremos las nuestras y exigiremos que se remedien de inmediato. Mientras tanto, que sean pacientes con las paradójicas enseñanzas de una isla singular y diminuta. A ti te rogamos que sigas siendo uno de los nuestros, aquí y en cualquier parte.

No pude contener las lágrimas al comparar la dulzura de este hombre con la terquedad de los otros, y con voz trémula le dije:

—No me importa cómo me llamen los míos, seré de los suyos. A ustedes consagro mi cuerpo, pues otra cosa no me queda, a fin de que mi espíritu sea más libre. Permítaseme que regrese con los míos y que obtenga una honrosa dispensa, no sea que den en llamarme “fugitivo”.

Rióse entonces el canciller, y dijo:

—¡Cuán ansioso te veo de aferrarte al pasado, pero cuán reticente te muestras respecto al futuro! Mas ve a donde quieras, querido huésped, y compara nuestra república con otras mejores, para que puedas informarnos de las cosas buenas y aventajadas que encuentres en otras partes. Pues no queremos que se nos prefiera, sino que se nos compare con otros. Nadie es más grato a nosotros que quien contribuye a adecuar nuestro Estado al reino de los cielos, o lo que es lo mismo, a apartarlo de la Tierra. Es por eso que ansiamos desde hace mucho una morada que esté situada bajo el cielo pero al mismo tiempo por encima de las heces de este mundo conocido.

Entonces respondí:

—O me engaño por completo, o el lugar donde descansaré será entre ustedes. Si en otra tierra se vive mejor, tal vez no soy digno de vivir en ella. A esta su república consagro mis trabajos, mis esfuerzos, mis anhelos y mis oraciones. El mando de mi persona lo entrego a ustedes, que han aprendido a controlar a los demás. Comeré y beberé, dormiré y velaré, hablaré y callaré según sus órdenes. Con ustedes adoraré y veneraré a Dios. Sólo quisiera pedir un favor: que se me permita invitar a mis amigos, personas excelentes que están diseminadas por distintos países del mundo, a reunirse conmigo.

—Por supuesto —repuso el canciller—, pues no vivimos tan hacinados que no podamos dar hospedaje a un navío entero de gente honrada.

Mientras así hablaba sonaron las doce del mediodía y se oyó la dulce melodía de las campanas que avisan de la oración solemne. Entonces se despidió de mí con un saludo y me instó a que me fuera en el nombre del Señor y a que regresara sano y salvo bajo la guía de Dios con tantos compañeros como fuera posible. Y al extenderme la mano

derecha del amor de Cristo, me dijo:

—Ten cuidado, hermano mío, de no entregarte otra vez al mundo y apartarte de nosotros.

Y yo respondí con efusión:

—Donde tú fueres, allá iré yo; tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios, mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré enterrado. ¡Y que Jehová me sea propicio para que sólo la muerte me separe de ti!

Entonces recibí de él la bendición con el ósculo de paz, y me fui de allí, y ahora estoy caminando entre ustedes para que, si les place esta república, este culto de Dios, este trato entre hombres, esta forma de instruir, se reúnan conmigo y en buena y temprana hora nos vayamos allá en el nombre de Dios. Adiós, y sé fuerte en Cristo.

FINIS



-
- ¹ Para esta y las siguientes referencias al plano de la ciudad, véanse los diagramas en guardas.
- ² En el original en latín, *Agricultura et pecuaria*, que equivale *grosso modo* a “actividades agropecuarias”. [N. del T.]
- ³ Se trata probablemente de un error tipográfico en el original.
- ⁴ El término empleado en el original en latín, *mechanico*, es tan impreciso como el *mechanics* de la traducción al inglés. [N. del T.]
- ⁵ En el original en latín, *Praefectis*: prefectos, oficiales o intendentes. [N. del T.]
- ⁶ En el original en latín, *Politia*: el gobierno o la organización de la política. [N. del T.]
- ⁷ *Theologo* en el original en latín. [N. del T.]
- ⁸ *Ratione* en el original en latín. [N. del T.]
- ⁹ En el original es una *estagirita*, mujer oriunda de la ciudad griega de Estagira, cuna de Aristóteles. [N. del T.]
- ¹⁰ *Erudito* en el original en latín. [N. del T.]
- ¹¹ *Fastis* en el original en latín. Puede referirse tanto a los archivos, registros o anales de la corte como al calendario de actos civiles. [N. del T.]
- ¹² *Typographia* en el original en latín. [N. del T.]
- ¹³ *Theatro physico* en el original en latín. Nótese la falta de distinción entre las ciencias naturales y la física, que viene del original. El *theatrum* es un auditorio, sala o anfiteatro. [N. del T.]
- ¹⁴ Astrónomo danés, 1546-1601.
- ¹⁵ Éste es el segundo *theatrum*. [N. del T.]
- ¹⁶ En el original en latín se trata de los *auditorii*, que son “departamentos de enseñanza” en la traducción inglesa, pero que aquí traducimos como “aulas”. No confundir con los *theatra*, descritos anteriormente, que aquí son los “auditorios”. [N. del T.]
- ¹⁷ *Rhetorica* en el original en latín. [N. del T.]
- ¹⁸ *Dialectica* en el original en latín. [N. del T.]
- ¹⁹ Falta una frase en el texto en inglés. He aquí una traducción aproximada: “Los ciudadanos guardaban el mayor silencio y todos estaban sumidos en sus devociones”. [N. del T.]
- ²⁰ Véase la nota del capítulo XLVII [N. del T.]
- ²¹ *Politica* en el original en latín.
- ²² Franciscanos.
- ²³ Thomas Naogeorg, dramaturgo, 1511-1578.
- ²⁴ *Concionibus* en el original en latín. Puede referirse también a arengas, asambleas y discursos pronunciados en público. [N. del T.]
- ²⁵ Se refiere a la madre de San Agustín
- ²⁶ I Pedro, III: 3, 4.
- ²⁷ *Puerperio* en el original en latín. El puerperio es el periodo inmediatamente posterior al parto. A las parturientas que acaban de dar a luz se las llama púerperas. [N. del T.]
- ²⁸ En latín es *Senaculo*, si bien más adelante se emplea el término *prytaneum*. [N. del T.]
- ²⁹ *Senatoribus* en el original en latín. Estos consejeros o concejales (*councilors* en inglés) son los senadores de los capítulos XXVII y LXXXII.
- ³⁰ Aurelio Clemente Prudencio, 348-410, uno de los poetas cristianos más destacados de la Antigüedad.

EPÍLOGO

CRISTIANÓPOLIS: LA FICCIÓN EXTREMA COMO PODEROSO PARADIGMA

Armando González Torres

Como habrá constatado el lector, *Cristianópolis* de Johann Valentin Andreä (1586-1654) es una utopía cristiana que, por un lado, responde a las concepciones éticas y doctrinales de la Reforma luterana y, por el otro, refleja, como suele hacerlo este género (pues la utopía tiene mucho de autobiografía), la personalidad y tribulaciones del propio autor. Ya se sabe que Andreä proviene de una familia acomodada con larga raigambre luterana, sufre los rigores de las guerras político-religiosas y los altibajos de una carrera eclesiástica y emprende, sin gran éxito, diversos proyectos de reforma social. Andreä también desarrolla un prolífico trabajo intelectual, de índole eminentemente práctica en el que, a través de todo tipo de escritos, intenta crear conciencia e infundir valores cristianos. De este copioso acervo hoy apenas se leen los manifiestos de los Rosacruces (cuya autoría se le atribuye pese a su rechazo ulterior al movimiento) y su utopía *Cristianópolis*.

La fabulación de Andreä está enmarcada tanto en el flujo creativo del Renacimiento como en las complejas disputas entre las distintas corrientes de la cristiandad de la época, desde el catolicismo y los protestantismos hasta los movimientos apocalípticos e iluminados. Cristianópolis es un modelo de vida militantemente luterano en el que se busca una armonía perfecta entre la doctrina y la costumbre. Para Andreä, como para muchos contemporáneos suyos, Lutero ha hecho una reforma definitiva en la teología, pero ésta debe manifestarse en la vida cotidiana. Dada la dificultad de implantarla en la tierra, y el propio Andreä lo comprueba con los fracasos de sus empresas mundanas y las continuas rencillas con sus contemporáneos, esa comunidad puede proyectarse en un territorio imaginario perdido en el océano. Cristianópolis se erige en una isla llamada Cafar Salama, ubicada en el Antártico, a la que acuden los cristianos más puros y severos. Se trata de una ciudad pequeña, bien trazada, con campos fértiles y abundantes ríos y vegetación. En esta comunidad se pueden fusionar lo que Andreä considera las tres dimensiones de la religión: creer bien, obrar bien y entender bien. Ahí los hombres son justos, viven con austera dignidad y honran a la familia. El régimen político es aristocrático, pues sólo a Cristo corresponde la monarquía; la propiedad es colectiva y, aunque existe división del trabajo, todos se involucran en tareas comunes. La moneda

apenas es necesaria y el régimen jurídico es sencillísimo, pues las diferencias escasas y esporádicas se solucionan fácilmente con un arbitraje. El matrimonio es una institución sagrada y la armonía conyugal un alto valor, por lo que no suele verse el espectáculo habitual de que el marido le pegue a su mujer o que, al contrario, ésta lo gobierne y lo amoneste en público. Los hijos son propiedad comunal y a los seis años son enviados a instruirse en un espléndido colegio de enseñanza progresista y mixta, aunque ello no interrumpe los lazos familiares. Si bien los cristianopolitanos se ilustran fundamentalmente con la palabra divina contenida en la Biblia, hay una extraordinaria apertura al conocimiento profano que, a decir de Andreä, cuando es bien encauzado, lejos de debilitar, fortalece la fe.

En esta cerebral utopía, el autor establece un vuelco en las conductas colectivas y, por medio de una comunidad virtuosa, critica ferozmente los defectos sociales de su tiempo: la hipocresía religiosa, la falta de unidad entre la doctrina y la acción, la ambición, el individualismo y los vicios de la carne. Si bien la detallada descripción de la ciudad ideal que realiza Andreä tiene un tono admonitorio y un tanto gruñón, es asombrosa la claridad conceptual del autor que planea meticulosamente el diseño urbano, la cantidad de población y los valores, normas e incentivos idóneos para el comportamiento adecuado de los ciudadanos.

Lewis Mumford dice en su *Historia de las utopías* que la voluntad de utopía propicia que el hombre viva en dos mundos y que, al frecuentar este género, leemos la otra mitad de la historia de la humanidad.³¹ La propensión utópica es una manifestación de esa ansia perenne por cambiar y mejorar la condición humana, desplegando sus mejores potencialidades. La utopía es el género prototípico de la insumisión, de esa facultad de negación que desafía el rígido realismo y piensa en términos éticos e hipotéticos. En efecto, la utopía cuestiona los límites de la realidad, de la tradición y del sentido común y conmina a incorporar nuevos valores, que podrían parecer quiméricos, en los terrenos de lo aceptable y lo factible. La utopía es un género multiforme, altruista e idealista, en el que la convivencia humana aspira a ser pensada con el rigor de una ciencia y la libertad de un arte. Gracias a la utopía los inconformistas han tenido territorios imaginarios en los que refugiarse. Dichos territorios pueden funcionar ya sea como simple fuente de solaz y consuelo emocional o como dispositivos críticos con amplio poder transformador.

De hecho, un rasgo común del género utópico es su crítica de los valores y las normas de organización social vigentes y su propuesta de alternativas. La utopía puede ser un refinado divertimento intelectual, un loable ejemplo moral o un detonador del movimiento y el cambio social con propuestas concretas. Por supuesto, en algunos casos, como la propia Cristianópolis, la rígida planificación la puede volver cerrada a la imperfección o implicar una sobrevaloración de las capacidades de cambio del ser humano. Con todo, lo que separa a la utopía de la ideología es su carácter literario: la

utopía, concebida como un juego conceptual y de estilo, es una escritura subversiva determinada por su carácter propositivo y esperanzador, pero también por su ironía y ambigüedad. Al presentarse a menudo como una hechura ficticia, como una pieza de autor, y no como una verdad científica o política, la utopía establece una relación de complicidad con el lector y deja exclusivamente a éste la definición de su estatuto. La capacidad transformadora de la utopía depende, entonces, de la estrategia de lectura de quien se acerca a ella. No es extraño que la utopía se encuentre en las fronteras del manifiesto filosófico, el tratado social y económico, la sátira de las costumbres y el relato de viaje fantástico, que adopte formas plurales y a veces contradictorias y que cada quien la interprete de acuerdo a sus necesidades y circunstancias.

Por eso, pese a sus preocupaciones comunes (la forma de gobierno, la justicia social, las modalidades de propiedad, la educación, la organización del trabajo) la utopía adopta diversas formas retóricas y tonos. También alberga muy distintos paradigmas de organización social que abarcan, por ejemplo, desde esta frugal y devota *Cristianópolis* de Andreã hasta las fantasías del industrialismo socialista de Edward Bellamy o las comunidades lúbricas del Marqués de Sade, y desde la casi totalitaria vigilancia de las costumbres en la República platónica hasta los anhelos libertarios de los falansterios de Charles Fourier o de las utopías contraculturales del siglo pasado. Así, la utopía navega entre el elogio de la imaginación y el culto a la razón, entre la nostalgia del paraíso y la visión del futuro, entre la reivindicación de la libertad y la planificación más estricta, entre el humanismo y la eventual deshumanización.

La utopía puede concebirse como una ficción extrema, un refugio intelectual y sentimental a una realidad intolerable, pero también como un poderoso paradigma, susceptible de cambiar mentalidades e inspirar proyectos prácticos. Ciertamente, la utopía puede contener esquemas éticos exigentes, normas que responden a nuevas lógicas sociales, pero también numerosas e ingeniosas ideas prácticas, que no pocas veces se han materializado. Así, entre la utopía y la reforma social existe un parentesco y un antagonismo que es necesario entender y resolver. La continuidad, transfiguración y evolución de la utopía a lo largo de los siglos permite cultivar el optimismo; pensar que, pese a los extremos de degradación y violencia con que carga la historia, hay posibilidad de remisión y que la convivencia entre los individuos siempre puede replantearse constructivamente. Acaso la tarea de cada nueva generación de lectores ante la utopía sea refrescar su perspectiva sobre este género, explorar su valor de uso y disminuir esa distancia entre la planeación utópica y las crudas realidades. De cualquier manera, si no se puede matizar ese antagonismo, el lector ya se habrá deleitado con una de las manifestaciones más nobles y estimulantes de la imaginación humana.

³¹ Lewis Mumford, *Historia de las utopías*, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2015.

ACERCA DEL AUTOR Y LOS COLABORADORES

JOHANN VALENTIN ANDREÄ (HERRENBERG, 1586- STUTTGART, 1654)

Teólogo, pedagogo, filósofo, historiador, matemático, escritor y traductor, su obra abarca más de cien títulos e incluye comedias y sátiras, memorias, análisis historiográficos, teoría política, reflexiones morales y meditaciones religiosas. Viajero y diácono luterano, fue promotor de la educación integral, proyecto que incluía la enseñanza de idiomas, ciencias naturales y gimnasia, y que vio su obligatoriedad en Württemberg, siendo ésta la primera región de Europa en establecerla en 1645, escolarizando sobre todo a niños huérfanos o de familias pobres. Aunque poco ponderada por Andreä, su nombre ha guardado una estrecha relación con la orden humanista Rosacruz, fundada desde nociones cristianas, científicas y éticas, entonces con un grave carácter hermético, cabalístico y alquímico, y en la que se le ha adjudicado la escritura de *Nupcias [Al]Químicas de Christian Rosenkreutz* (1616), el tercer manifiesto de la fraternidad. Seguidor de Tommaso Campanella, se le considera uno de los precursores del pietismo y la Ilustración.

RAYMUNDO MIER G. (Apatzingán, 1953)

Es lingüista y doctor en filosofía por la University of London. Maestro e investigador del Departamento de Educación y Comunicación, y del Posgrado en Ciencias Sociales de la UAM-Xochimilco, también imparte cátedra en la ENAH, en materias como teoría antropológica y filosofía del lenguaje. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Ha sido profesor visitante en numerosas instituciones académicas de México, Argentina, Colombia y Costa Rica. Es autor de siete libros, de alrededor de 100 capítulos editados en diversos volúmenes y de cerca de 150 artículos especializados publicados en distintas revistas académicas. De su trabajo destacan *Construcciones* (México, UNAM, 1982), *Malinalco, la congregación de las historias* (México, UAEM,

2003) y *Freud and the Baroque* (Milán, IPAC, 2013). Ha ocupado las cátedras “Virginia Wolf”, de la UNAM y el Consejo Británico, y A. J. Greimas, de la BUAP y la Université de Limoges.

ARMANDO GONZÁLEZ TORRES (Ciudad de México, 1964)

Es poeta y ensayista. Estudió en El Colegio de México. Publica en diversos suplementos y revistas del país y del extranjero. Ha ganado varios premios nacionales, como el “Gilberto Owen” de poesía y el “Alfonso Reyes” y “José Revueltas” de ensayo. Es autor, entre otros, de cinco volúmenes de poemas, de los ensayos *¡Que se mueran los intelectuales!* y *Las guerras culturales de Octavio Paz*, y de los libros de aforismos *Sobreperdonar* y *Salvar al buitre*.

ULISES MORA (Ciudad de México, 1967)

Artista visual interdisciplinario, estudió pintura en la ENPEG-La Esmeralda del INBA, además de estética y curaduría en talleres y diplomados impartidos por Harald Szeemann, Fernando Castro, Gerardo Mosquera y Catherine David, entre otros. En 1990 cofundó el colectivo 19 Concreto, enfocado a la creación de *performance* e instalación. Codirigió el espacio independiente Art Deposit, donde coordinó encuentros y exposiciones con sede en la Ciudad de México y Nueva York. Como ilustrador y autor de textos sobre arte contemporáneo, ha publicado en medios impresos y electrónicos desde 1982. Su obra es parte del acervo de instituciones como el MUAC, y ha sido expuesta en los museos Carrillo Gil, Ex Teresa Arte Actual, MUCA Roma y Universitario del Chopo, las galerías de Arte Mexicano e Hilario Galguera, y núcleos alternativos de varias partes de México y ciudades como Quebec, La Habana, París y Nueva York. Ha recibido las becas Jóvenes Creadores, Fomento a Proyectos y de Apoyo a Exposiciones en el Extranjero del Fonca. Actualmente es profesor de tiempo completo en La Esmeralda y preside su propio Salón de Ilustradores *Ulichí*. Vive y trabaja en Xalapa y la Ciudad de México.

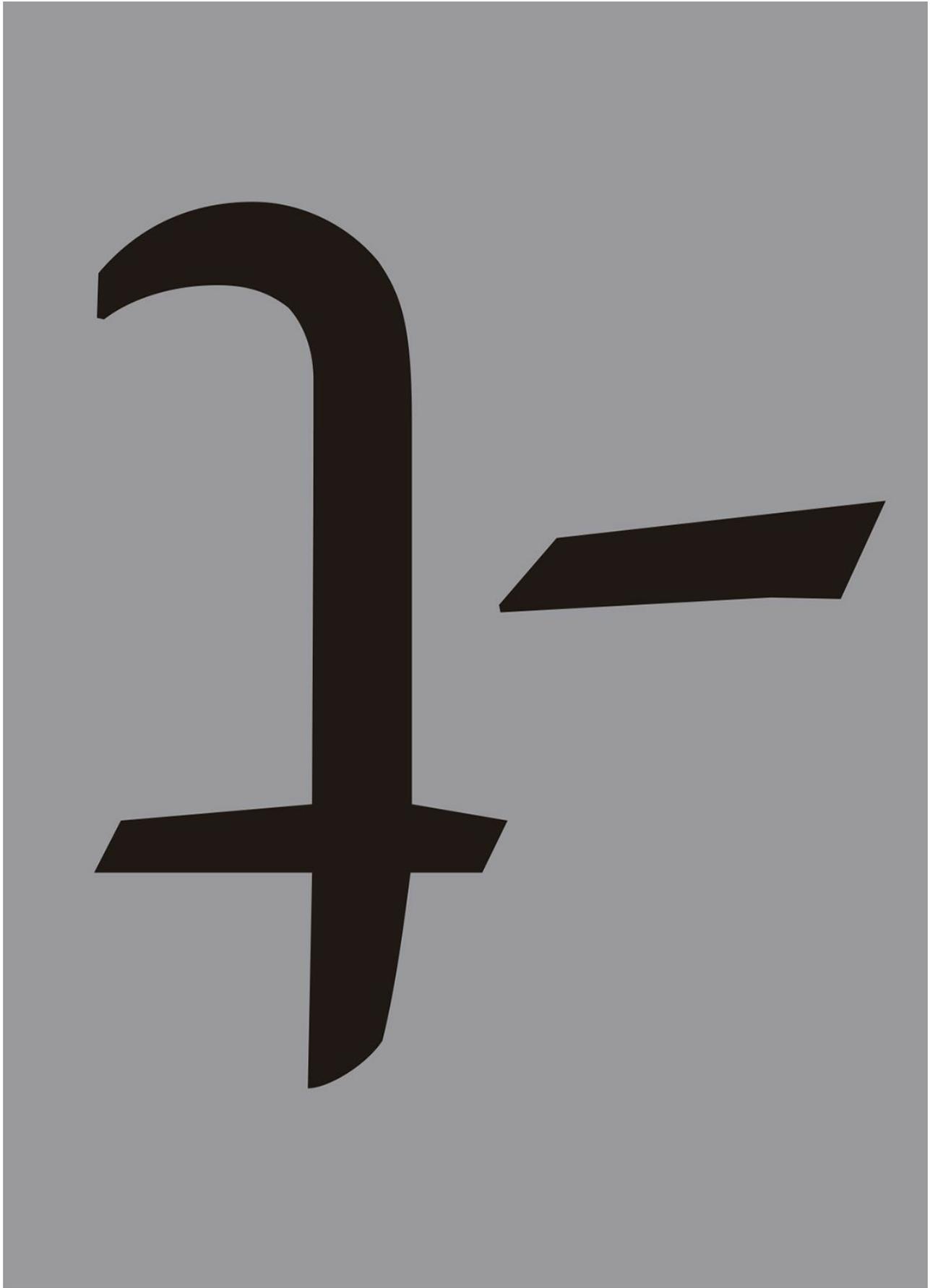
REIPUBLICÆ
CHRISTIA-
NOPOLITANÆ
DESCRIP TIO,

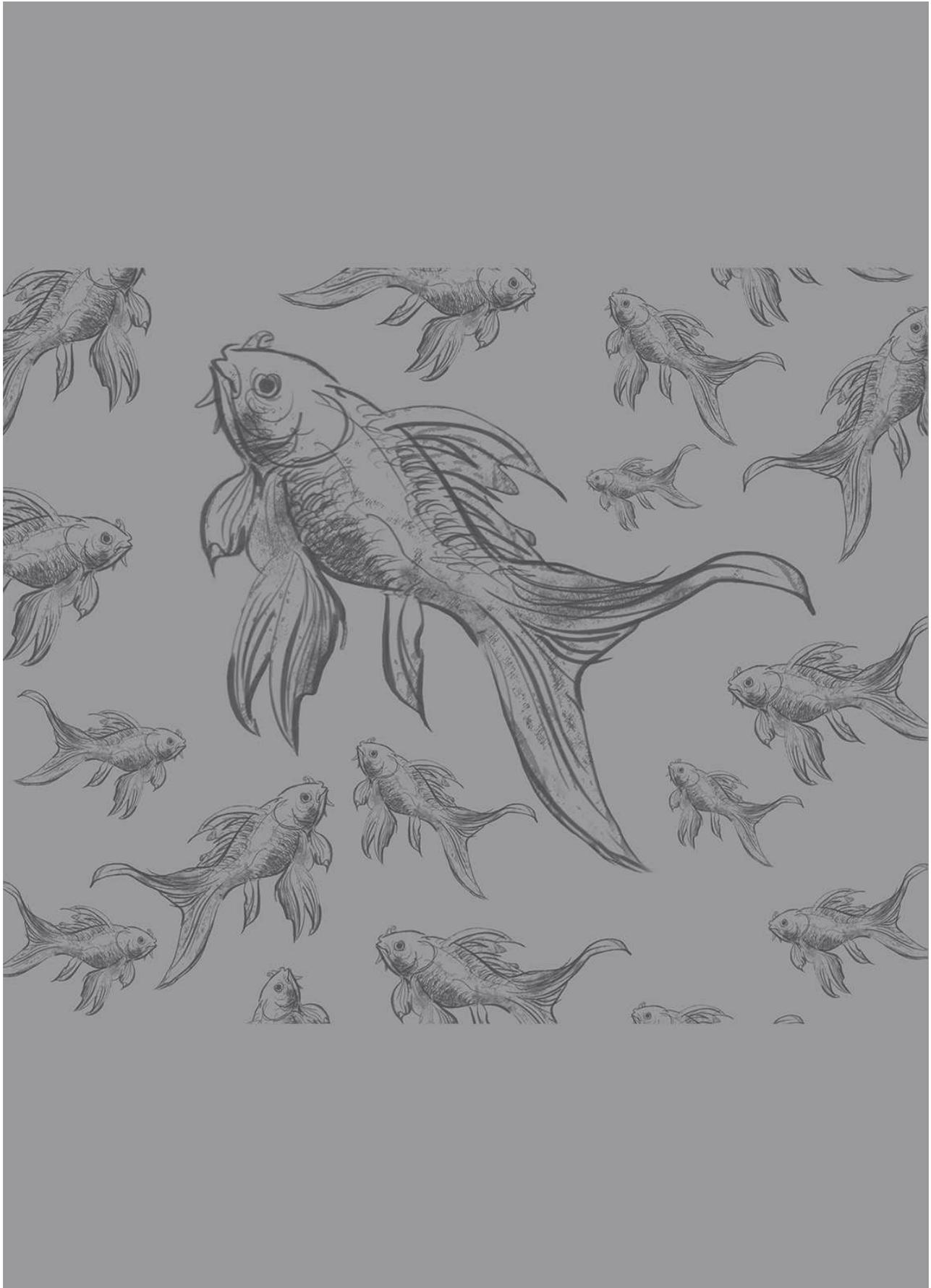
PSALM. LXXXIII.

*Præstat dies unus in DEI atrijs quàm alibi mil-
le: malum in DEI mei domo ad lumen esse quàm
in impiorum tabernaculis habere. Nam
Solus propugnaculum Iehvæ DEVS; Iehova
gratiam, gloriâq; confert qis, qui se gerunt
innocentes, eius bona non denegans.*



ARGENTORATI,
Sumptibus hæredum LAZARI ZEIZNERI,
Anno M. DC. XIX.





No esperes [...] encontrar en los descansos de esta nación las diversiones de los necios o el alboroto de los viajeros sin rumbo, sino más bien un relajamiento del espíritu, concentrado en un solo propósito, y sobre todo una reflexión sobre las cosas que nos preservan para la vida futura y nos impiden pensar en algo máspreciado o sublime que Dios.

El ingreso a Cristianópolis no es solo el desenlace de una epifanía: la incorporación del viajero a la ciudad reclama un estado previo de pureza, la exhibición de una pureza que anticipa la fertilidad de la estancia: es preciso dar testimonio de la voluntad a la convivencia armónica [...] Es preciso mostrar la evidencia de una vida fundada en el rechazo del mal y la barbarie, una vida asentada en la serenidad, la modestia, la contención del lenguaje, su relevancia, la quietud de la mirada.

RAYMUNDO MIER G.

Cristianópolis se erige en una isla llamada Cafar Salama, ubicada en el Antártico, a la que acuden los cristianos más puros y severos [...] En esta comunidad se pueden fusionar lo que Andreã considera las tres dimensiones de la religión: creer bien, obrar bien y entender bien [...] En esta cerebral utopía, el autor establece un vuelco en las conductas colectivas y, por medio de una comunidad virtuosa, critica ferozmente los defectos sociales de su tiempo: la hipocresía religiosa, la falta de unidad entre la doctrina y la acción, la ambición, el individualismo y los vicios de la carne.

ARMANDO GONZÁLEZ TORRES

Índice

PRÓLOGO. Cristianópolis: la utopía como purificación y trayecto hacia la virtud, Raymundo Mier G.	18
BIBLIOGRAFÍA	28
CRISTIANÓPOLIS	31
Al respetable y muy honorable señor John Arndt, padre reverendo en Cristo	34
Salve, lector cristiano	37
SOBRE EL ESTADO DE CRISTIANÓPOLIS	45
I. Motivo del viaje y naufragio	46
II. Arrojado a la isla de Cafar Salama	49
III. Origen de Cristianópolis	52
IV. Examen primero del extranjero, que inquiera sobre su parecer y costumbres	52
V. Examen segundo, sobre su persona	53
VI. Examen tercero, sobre su nivel de cultura	57
VII. Descripción de la ciudad	57
VIII. Las actividades agrícolas y la cría de animales	61
IX. Los molinos y las panaderías	61
X. Los mataderos y las despensas	62
XI. Los metales y los minerales	63
XII. Las viviendas	64
XIII. Las labores mecánicas	64
XIV. Las plegarias públicas	65
XV. La comida	66
XVI. Las ocupaciones	67
XVII. Las vacaciones	67
XVIII. Las recompensas	68
XIX. Los castigos	69
XX. La nobleza	70
XXI. Los oficiales	70
XXII. Las obras públicas	71
XXIII. Las casas	72
XXIV. Los enseres domésticos	73
XXV. El alumbrado nocturno	74

XXVI. El colegio	74
XXVII. El triunvirato	75
XXVIII. La religión	76
XXIX. La organización del Estado	78
XXX. El pastor o presbítero	79
XXXI. La conciencia	80
XXXII. El cura o diácono	81
XXXIII. El juez	82
XXXIV. El entendimiento	86
XXXV. La medida	86
XXXVI. El consejero de erudición	87
XXXVII. La verdad	91
XXXVIII. La lengua	91
XXXIX. La biblioteca	92
XL. El arsenal	93
XLI. Los archivos	94
XLII. La imprenta	94
XLIII. El erario	95
XLIV. El laboratorio	96
XLV. La farmacia	96
XLVI. La anatomía	97
XLVII. El auditorio de ciencias naturales	98
XLVIII. Las pinturas	99
XLIX. Los instrumentos matemáticos	102
L. El auditorio de las matemáticas	102
LI. Las aulas de enseñanza	103
LII. Los maestros	104
LIII. Los alumnos	105
LIV. Las características de la enseñanza	105
LV. La gramática: primera aula	109
LVI. La oratoria	109
LVII. Los distintos idiomas	110
LVIII. La lógica: segunda aula	111
LIX. La metafísica	112
LX. La teosofía	116

LXI. La aritmética: tercera aula	116
LXII. La geometría	117
LXIII. Los números místicos	118
LXIV. La música: cuarta aula	119
LXV. Los instrumentos musicales	120
LXVI. El coro	120
LXVII. La astronomía: quinta aula	121
LXVIII. La astrología	122
LXIX. El cielo de los cristianos	125
LXX. Las ciencias naturales: sexta aula	125
LXXI. La historia	126
LXXII. La historia de la Iglesia	127
LXXIII. La ética: séptima aula	128
LXXIV. El gobierno	129
LXXV. La pobreza cristiana	130
LXXVI. La teología: octava aula	131
LXXVII. La práctica de la teología	132
LXXVIII. Las profecías	133
LXXIX. La medicina	134
LXXX. La jurisprudencia	134
LXXXI. Los aposentos de los jóvenes	135
LXXXII. El templo	136
LXXXIII. La vocación	140
LXXXIV. Las prédicas	140
LXXXV. La salmodia sagrada	141
LXXXVI. Los sacramentos	142
LXXXVII. La absolución y la excomunión	143
LXXXVIII. El matrimonio	144
LXXXIX. Las mujeres	145
XC. El parto	146
XCI. La viudez	147
XCII. La sala del concejo	148
XCIII. Los concejales	149
XCIV. Los huertos	150
XCV. El agua	151

XCVI. Los ancianos	152
XCVII. Los extranjeros y los pobres	152
XCVIII. Los enfermos	153
XCIX. La muerte	154
C. La sepultura	155
EPÍLOGO. Cristianópolis: la ficción extrema como poderoso paradigma, Armando González Torres	161
ACERCA DEL AUTOR Y LOS COLABORADORES	167